



Historias naturales

J. ANTONIO TAMEZ-ELIZONDO

CERTAMEN **GANADOR**
INTERNACIONAL
DE LITERATURA **2018**
Sor Juana Inés de la Cruz

Historias naturales

J. Antonio Tamez-Elizondo obtuvo el premio único de cuento en el X Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2018. El jurado estuvo integrado por Mónica Lavín, Alberto Chimal y Emiliano Pérez Cruz.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

J. ANTONIO TAMEZ-ELIZONDO

Historias naturales



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Evelyn Osornio Jiménez, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Historias naturales

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Juan Antonio Tamez Elizondo

ISBN: 978-607-490-259-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/22/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mamá, que ha creído siempre en todas mis locuras

Hay objetos en los que predomina la energía,
como un rayo de sol o el entorno de un imán. Y
hay objetos en los que predomina la información,
como un pedazo de ADN o un poema.

JORGE WAGENSBERG

I recalled how in space certain truths seemed so
brilliantly clear, truths that somehow became
obscured within the atmosphere of the Earth.

EDGAR MITCHELL

Agradecimientos

Es trillado ponerlo por escrito, pues ya es casi un tópico, pero es cierto que llevar a término un proyecto como éste es difícil si se recorre una senda solitaria. A Mercedes Abad, con mucho cariño, le debo sus insistencias, regaños y grandes lecciones, pero sobre todo el haber creído en mí cuando yo era incapaz de hacerlo. De la misma forma, de no ser por los consejos, experiencia y observaciones de Jorge Carrión y Robert Juan-Cantavella, este libro no estaría aquí. A Pau Pérez le debo su amistad y toda la ayuda que me proporcionó durante los años en los que tuve acceso a los ricos recursos de la Escuela de Escritura, así como la oportunidad de disfrutar, si al menos por un tiempo, del Ateneu Barcelonès.

Cariño y buenos tiempos le debo a la pequeña sociedad no tan secreta de escritores ateneos. A Irene Larroy, por su confianza y las

puertas que me abrió, a Carolina Saavedra, Ana Andreu Baquero, Enric Juvanteny, Judith Rectoret, Joaquima Bolsa, Leonardo de la Torre, Daniel González Gil, Maite Corroto, Yolanda Bravo Vergel, Carmen Caparros y Juan Virosta, siempre les agradeceré su amistad y críticas tan constructivas.

A mis padres, por la paciencia que me han tenido, el amor inagotable y todas las largas y sabias palabras que durante estos años han sido un refugio en un bosque de dudas. A mi hermana Aurora, por escucharme y comprenderme de la manera en que sólo pueden hacerlo las mejores almas. A mi sobrina, Valeria, por ser la pequeña luz de curiosidad y alegría que me hace ser optimista por el mundo del mañana. A mi gran amiga Viveca Santana, que ha estado ahí en las buenas y en las malas, incluso después de la media noche y ya bien entrada la madrugada.

A Isabel Cristina le debo mucho más que sus sugerencias editoriales para estos relatos. Sólo espero que algún día encuentre estas líneas y lo sepa.

Pero el agradecimiento más especial lo reservo para Santiago Ambao, quien, con un mate en sus manos, me dijo a finales de 2011: “Olvídate de la arquitectura y dedícate a la literatura”.

Barcelona, marzo de 2019

Las piscinas vacías

Cerca de la casa de mis padres, a cinco o seis minutos a pie, hay un parque al que todos en la colonia llamábamos el Hundido, aunque no supe sino hasta hace poco que su verdadero nombre es Tamayo, como el pintor. Es un valle pequeño e irregular, cubierto de álamos, encinos y algunas jacarandas, que en las condiciones de luz ideales da la impresión de ser un bosque embrujado en lugar del sitio modesto, casi abandonado, que en realidad es. Fue ahí donde hice no todas pero sí bastantes de mis lecturas de la infancia y adolescencia, la mayoría fantásticas, y supongo que fue la combinación de esos textos con aquella atmósfera la que hizo que tuviera un cariño especial por ese parque en específico y no por los otros —más grandes, más hermosos— que había alrededor o sólo un poco más allá.

En el centro del Hundido, en la única zona plana, hay dos lagos artificiales que por aquel entonces me parecían inmensos y que hoy no puedo evitar ver como minúsculos si los comparo con los que he visto en los parques de otras ciudades. Sus aguas fueron siempre oscuras, llenas de aceite, con nubes de insectos sobre ellas y algunas veces con restos de basura a la deriva, lo que no impedía las carreras de barcos a control remoto o que algún niño se atreviera a nadar de una orilla a la otra. Sus condiciones no eran demasiado salubres y en los años que frecuenté el parque jamás vi a alguien que se encargara de la manutenzione del agua o, incluso, del resto del lugar.

Sobre los lagos flotaban varios lirios individuales, además de cúmulos de otras plantas acuáticas que hasta mucho tiempo después supe identificar. Formaban círculos casi perfectos, con un diámetro de entre uno y dos metros en los que se posaban ranas y pájaros pequeños. Había cuatro de esos cúmulos en el lago mayor, tres en el otro, y desde muy pequeño esas figuras me llamaron la atención. Los árboles rodeaban el área central del Hundido, formando un óculo con los bordes interiores del dosel, directamente encima de los lagos. Una fosa vegetal por la que el sol llegaba ahí abajo y que, mezclado con las zonas más tenues alrededor, hacía del conjunto una imagen espectral.

De niño me gustaba pasar las tardes en alguna de las bancas frente a los lagos y pensar en lo que podía existir bajo el agua. Muchas veces quise organizar expediciones al fondo de ambos, pero a Marisa, mi hermana, no le interesaba mancharse de lodo, y Rogelio, mi hermano, se consideraba demasiado mayor para esos juegos. Imaginaba que los cúmulos de plantas debían ser las espaldas de sapos gigantes que dormían durante el día, animales enormes que

debían cargar con el peso de un mundo en miniatura, igual que esas imágenes de tortugas soportando al nuestro que había visto antes en los libros de mitología. Por las noches, creía, los sapos debían salir del Hundido para buscar su comida en las calles y las casas sin enrejado. Eso me explicaba el porqué de todas esas personas desaparecidas que los noticieros reportaban a diario y que tanto angustiaban a mis padres. En el fondo de los lagos, pensaba, debía haber tantos restos humanos como árboles alrededor, e incluso un día que me asomé al agua, cuidando de no aturdir la paz de los cúmulos, me pareció ver la luz de un fantasma que me devolvía la mirada. Pensé en contárselo a mamá, revelar el secreto del parque, pero incluso en ese entonces ya sospechaba lo poco tolerante que la gente mayor puede llegar a ser con lo extraordinario.

La imaginación y el horror dieron paso con el tiempo a otras lecturas más científicas e informadas y a los quince años me declaré astrónomo y ateo, en ese orden. Así, los fantasmas se esfumaron del Hundido, y con ellos se fueron los enormes sapos comehombres, aunque en la ciudad la gente continuó desapareciendo y mis padres no dejaron de angustiarse. Eran los días en que la telefonía celular dejaba de ser un servicio accesible sólo para los adinerados y por insistencia de papá, por mi seguridad, me dijo, comencé a cargar con un Nokia, tan incómodo como la biblia que todos los días debía llevar a la escuela e igual de inservible.

A pesar de haber perdido su encanto sobrenatural, los lagos y sus cúmulos de hojas no dejaron de fascinarme. Al contrario, pasaron a ser un misterio activo que yo pensaba podía resolver con sólo aplicar la razón y el método científico. Aprendí que la naturaleza, sumada a una apreciación sincera por sus elementos, era suficiente para

causar en mí una sensación de lo Sublime divorciada de la fe celestial de mis padres y abuelos. Con ese reduccionismo, pensaba, podía encontrar la respuesta a cualquier incógnita del mundo y quien no estuviera de acuerdo con eso debía tratarse de un inepto, a lo menos un iluso. Los cúmulos de plantas sobre las aguas, deduje con la ignorancia propia de los engreídos que se creen muy listos, debían de ser colonias hechas a base de decenas de elementos individuales; un macroorganismo unido por un sistema de raíces entrelazadas, tensión superficial y el conocimiento genético adquirido después de millones de años de evolución vegetal.

Conforme crecía me alejé más y más del Hundido. Mis notas en la escuela eran ordinarias, muchas veces mediocres, pues mi atención no estaba en los estudios sino en los juegos de video y la música. Se acercaba el día en que, con sólo dieciocho años, debía escoger una carrera que me representaría profesionalmente por el resto de mi vida, aunque yo aún no tenía idea de lo que era estar vivo. Elegí una ingeniería, más por la obligación familiar en decidirme por una profesión remunerable que por un interés auténtico, pues si se me hubiera dado la oportunidad, habría estudiado ornitología, lenguas o filosofía. Para animarme a quebrantar mis propios intereses, me convencí de que en cinco o seis años estaría construyendo robots y trabajando en alguna agencia espacial fuera del país, máquinas de plata y oro que pisarían otros mundos y verían otros soles, pues todos nosotros, me di cuenta entonces, tenemos que engañarnos de vez en cuando si queremos seguir adelante. En esos primeros días de universidad, cuando las clases aún eran sencillas, volví al Hundido algunas veces para releer algún cuento de Robert Aickman o Algernon Blackwood, o para imaginar la estructura de las raíces

entrelazadas bajo los cúmulos de plantas y pensar en los sapos comehombres en los que, de alguna forma, quería volver a creer.

La universidad se volvió una constante de trabajos nada inspiradores, notas aprobatorias, aunque regulares, y más insatisfacción personal de la que hubiera preferido tener a esa edad. Aunque dormía en casa de mis padres, pasaba los días en el campus, incluidos sábados y algunos domingos. Mis ratos libres los pasaba leyendo en mi habitación o con mi novia de por aquel entonces, una pelirroja simpática con la que lo único que tenía en común era el día de mi cumpleaños. Ya sólo de vez en cuando volvía al Hundido, pues fue ahí donde intenté mis primeros encuentros sexuales que, como todo o casi todo en ese entonces, fueron una decepción.

En un par de ocasiones volví ahí solo para pasar un par de horas junto a los dos lagos, turbado como estaba por una angustia interior de la que jamás he podido librarme. No sé en qué momento ocurrió; lo ubico entre los veintidós y veintitrés años, cuando un tedio se fue apoderando de todo lo que yo hacía y pensaba, de todo lo que alguna vez me interesó. Pero no debía preocuparme, pues el Futuro, me decían los profesores, el Futuro con f capital, estaba ahí para que yo lo tomara, y lo que fuera que se había metido en mi cabeza, me prometieron, algún día tendría que pasar. Y yo se los creí, al menos por un tiempo, pues hasta el pesimismo más fundamentado es sólo una creencia más que puede sustituirse por cualquier otra.

Conseguí mi primer trabajo gracias a las influencias de papá. Era algo que tenía muy poco, casi nada, que ver con la etiqueta de mi título, pero yo ya sabía que las cosas funcionan así. Para llegar a la oficina debía manejar casi dos horas y permanecer en mi escritorio otras nueve, siempre con una buena cara y aceptando las órdenes y

caprichos de unos superiores igual de frustrados y estúpidos como yo. Sólo durante los fines de semana encontraba tiempo para mis proyectos, que se limitaban al sueño perezoso por las tardes y la lectura, siempre la lectura, en algún café cerca de nuestra casa. Perdí el interés en tantas cosas, y con los meses preferí quedarme en mi habitación en lugar de salir a decepcionarme con lo que había sido de mí y de mi idea del mundo.

El último día que visité el Hundido supe, y sólo por boca de don Lucas, uno de los vecinos de alrededor con el que me topaba de vez en cuando, que durante los últimos años una lechuza inmensa había estado viviendo en el tronco hueco de uno de los árboles. La encontré flotando en el lago grande, dijo. Creo que murió a mitad de vuelo. Esa noche investigué todo lo que pude sobre las lechuzas, tanto que hubiera podido escribir un ensayo, pero lo único con lo que me he quedado de esas búsquedas por internet son las imágenes de ojos oscuros, interminables, donde parece que el universo entero se puede ver. Una vez leí que John Dee, entre otras tantas hazañas místicas, aprendió la lengua de los ángeles después de observar por horas la superficie de su espejo mágico, que era en realidad obsidiana pulida llevada a Europa después de la conquista. Los chamanes y los brujos siempre han identificado los espejos con visiones y el futuro, pero de todos es sabido que, si se mira con atención hacia el centro de la oscuridad, tarde o temprano se invocarán las formas que uno quiera, e incluso algunas que no.

Tiempo después encontré otro empleo en una compañía internacional. A eso le vino el cambio de ciudad, luego de país y al poco rato de continente. Por unos tres o cuatro años viví en la zona del Mediterráneo europeo, ocupándome de poca cosa además de mis

responsabilidades profesionales. Era un empleo que me dejó mucho dinero y tiempo libre, pero poca disposición para hacer algo más que no fueran caminatas, todas ellas solitarias y muy tranquilas hasta los bordes de la ciudad en turno, la cual cambiaba cada dos o tres meses, pues mis jefes requerían ese tipo de flexibilidad. Ésas fueron sus palabras: flexibilidad y movilidad, como si describieran alguna tecnología ubicua e inservible.

Fue así, gracias a mis obligaciones contractuales, como pude ver otros parques en otras ciudades, algunos de ellos como valles, otros incluso con lagos, pero ninguno de ellos como el Hundido. En un inicio, cuando el cambio de una región a otra era novedad, mantenía la comunicación diaria con mis padres. Eran sesiones de teléfono o video en las que hablábamos por horas sobre cosas triviales, también sobre la gente de la ciudad, que seguía desapareciendo para después ser encontrada hecha pedazos en el interior de bolsas negras. Luego las llamadas se hicieron más cortas y esporádicas hasta el día en que nos limitamos al correo electrónico, la mensajería móvil y mis ¿cómo-están? y sus nosotros-bien-¿y-tú?, y mis caminatas, más extensas, nocturnas y continuas, pues no había forma de que fueran más solitarias.

Se dio entonces la oportunidad de ir al Norte. Conocí a alguien y dejé mi trabajo, llevado por una ficción romántica no muy diferente a cualquier otra fantasía que hubiera imaginado de niño o adolescente. Los dos subimos y subimos y subimos y luego las cosas se resquebrajaron y yo seguí subiendo por mi cuenta, hasta que me encontré en Noruega sin recordar muy bien por qué había llegado hasta ahí. Me quedé dos años en Oslo y otros tantos en un pueblo espantoso más arriba aún, donde conocí a Liv. En ese tiempo viví

de la caridad de los amigos que hice entre esos nortños, además de ciertos atajos legales, aunque de haber sido tan valiente como me gustaba creer que era, hubiera seguido subiendo hasta perderme en la nieve y el hielo, como John Franklin, Vladimir Rusanov y no sé cuántos otros hombres grandes que se dejaron llevar por el blanco del Ártico.

Una noche de invierno, una de esas en las que se ven auroras, Liv me contó sobre los tipos de *trolls* que se supone siguen apareciendo de vez en cuando en las montañas y los bosques para sustituir niños en sus cunas y alimentarse de la gente que se ha extraviado por los caminos de su país. Me recordaron mucho a mis sapos gigantes en los lagos del Hundido y le hablé de ellos. Pero el *troll* no es un sapo, me dijo, representa a una fuerza incontrolable. Ni el mar ni el aire, continuó, se doblan ante ninguno. Tampoco la piedra o el tiempo. Le dije que yo no había visto un solo *troll* en el tiempo que llevaba ahí. Me dijo que eso era porque no los quería ver.

Toda esa conversación me deprimió aún más de lo que ya estaba, y durante los dos o tres días siguientes comencé a planear el regreso a casa, mucho a mi pesar y más por necesidad que por gusto. Lo hice sin anunciar que volvía y no fue sino hasta mitad de vuelo sobre el Atlántico, justo cuando miraba por la ventanilla las luces urbanas que brillaban en Teranserí, cuando me lamenté de no haber informado al menos a mi hermana para que me recogiera en el aeropuerto, aunque eso tal vez fue lo mejor. Tenía el cabello sucio, la barba sin forma y en general un aspecto nada presentable. Lo primero que hice al cruzar aduanas fue comprar un paquete de navajas y afeitarme en el baño del aeropuerto.

Mi familia no se sorprendió tanto al verme como yo a ellos. Papá estaba más gordo; mamá, menos alegre; Marisa se había enamorado de no sé qué imbécil y Rogelio era, literalmente, un prófugo buscado por fraude y evasión de impuestos. Aun así creo que les agradó tenerme de regreso, al menos por un tiempo. Mi habitación estaba tal y como la había dejado. La libreta a cuadros con mis dibujos de naves espaciales abierta sobre el escritorio, los libros de astronomía desordenados en la estantería, detalles como esos que mamá preservó en caso de que yo no volviera jamás. Pero ahora que ya estaba ahí —con nada salvo decepciones personales y una gran insatisfacción con la cual justificaba mi regreso después de una ausencia tan larga— me pareció que debíamos sentarnos en la sala y decirle que todo lo positivo que ella podía creer de mí no era cierto, que los fantasmas y los sapos comehombres, que el Futuro con f capital y el lenguaje de los ángeles de John Dee y los *trolls* de Liv habían desaparecido para siempre y que ya no había ninguna fábula con cual mantenerme de pie.

Esa tarde volví al Hundido con la intención de no pensar en absolutamente nada, pero en lugar de encontrarme con los dos lagos y sus cúmulos de hojas acuáticas, lo que vi fueron unas piscinas de concreto sucio, irregulares, drenadas hacía no mucho. Aquello me causó tal impresión que no fue sino hasta casi dos o tres minutos después cuando descubrí que no se trataba de piscinas, sino de los mismos lagos de toda la vida, delimitados por una cerca de malla.

Me quedé ahí parado sin saber qué pensar, como si el choque con ese aspecto destruido de mi pasado, de nuestro pasado, me hubiera dejado sin voluntad. Y digo de nuestro pasado, pues poco a poco me percaté de las otras personas ahí conmigo, igual de tías,

con la misma mirada que tal vez yo debía tener en el momento en que vi a los lagos como unas piscinas vacías. Ninguno de esos rostros se me hizo conocido, pero no dudé que debían ser amigos olvidados de juegos viejos, niños que volvieron de los lugares en donde se habían hecho hombres y mujeres, traídos como yo por un instinto o premonición para observar lo que había sido de nuestra infancia.

Más extraño aún, al menos para mí, fue descubrir finalmente que los cúmulos de plantas acuáticas no sólo no eran las espaldas de unos sapos enormes, sino tampoco macroorganismos vegetales unidos por un sistema de raíces. Eran en realidad cultivos de hojas enredaderas, soportados por montículos toscos hechos de ladrillos comidos por el agua, tal vez de unos sesenta o setenta centímetros de alto. Pasé una hora, tal vez un poco más, parado ahí con las manos apretadas en la cerca de malla, tanto que mis nudillos se pusieron blancos y la única satisfacción del día fue sentir la sangre cuando volvía a su sitio.

Quise creer que la desaparición de los lagos se debía a una causa mórbida y misteriosa. Alguien, un niño tal vez, se habría caído y ahogado en uno de ellos. Su cuerpo con los días se habría disuelto en las aguas y su esencia filtrado en el sistema de riego. Por las noches los árboles gemían y soñaban con el mundo de los muertos y los pastos brillaban con la fosforescencia de los espectros. La gente, imaginé, habría comenzado a tener visiones y recuerdos ajenos que la llevaría a drenar los lagos para encontrar en el fondo un esqueleto diminuto.

Pero no es cierto que la realidad supera a la ficción. En el Huido no hubo ningún muerto, me dijo papá durante la cena, ni

siquiera un perro ahogado. Se trataba sólo de un plan de desarrollo iniciado por la gente de Servicios Públicos después de que varios vecinos, parejas de mi edad o más jóvenes recién instaladas, se quejaron por la falta de zonas de juegos para sus hijos. Los lagos, me dijo, serían cubiertos por una plancha de concreto y arena y adornados con resbaladeros, columpios y trampolines.

Esa noche, la primera en casa en muchos años, me revolví sobre la cama hasta que entendí que no valía la pena forzar al sueño. Hojeé entonces mis libros viejos de astronomía con la esperanza de encontrar, si no el cansancio, al menos algún dato nuevo o que hubiera olvidado en todo ese tiempo. Pero eran ediciones de los ochenta e inicios de los noventa, otras más viejas aún, y el entendimiento del Universo, o algo que se aproximaba al Entendimiento, ya había progresado lo suficiente como para considerar esos libros, si no obsoletos, al menos sí como descripciones románticas de otra realidad, una en las periferias de la nuestra.

Salí a dar una vuelta a las tres de la madrugada, pues creía que podía continuar con esas caminatas largas, unas nocturnas, que tanto me habían gustado en el extranjero, pero sólo tuve que ver la espantosa luz de la ciudad, allá no tan lejos, para apreciar todo lo que había dejado atrás a cambio de un poco de estabilidad emocional. Me limité a vagar por la colonia, a reencontrarme con las casas viejas de dueños nuevos y no tardé en volver al fondo del Hundido, frente a los lagos secos que brillaban como si acabaran de ser construidos.

Encontré un agujero cerca de la malla que rodeaba al lago mayor y me las arreglé para cruzar al otro lado. Era tan poco profundo. Caminé entre los montículos de ladrillo y me acosté en el del centro,

sobre la hierba enredadera ya seca y la poca tierra que aún quedaba. Por el óculo formado entre los bordes interiores del dosel arbóreo, justo encima de mi cabeza, siete estrellas hacían su recorrido y no pude dejar de notar que la posición de cada una en el cielo era muy parecida a la de los siete montículos en los dos lagos secos. Cuatro en el mayor, tres en el menor.

Recordé entonces una historia, seguramente apócrifa, que Liv me contó en una de esas noches de auroras noruegas. Ocurrió durante la segunda década del siglo diecinueve, cuando Joseph Johann von Littrow, convencido de la existencia de vida inteligente en la Luna y Marte, sugirió la excavación en el Sahara de zanjas enormes con formas geométricas. Estas zanjas, sugirió, serían inundadas con agua y keroseno, que al incendiarse servirían como señales para informar a cualquier civilización lunar y marciana sobre nuestra existencia en este desgraciado planeta. La propuesta, me dijo Liv, tuvo mucha acogida entre quienes creían en la pluralidad de los mundos, pero la escala del proyecto, además de su poco valor comercial y científico, ganó la burla de otros hombres mucho más prácticos e influyentes que Von Littrow, hasta que la idea se encogió lo suficiente como para ser guardada en el cajón de lo inservible y ridículo para no ser retomada jamás.

Yo podía recuperar eso. Podía prender fuego a los montículos alrededor y decirles a quienes estuvieran allá en esas siete estrellas que yo estaba ahí abajo, que los había estado esperando toda mi vida y que los despreciaba por nunca haber llegado. Entonces sólo tal vez vendrían a mitad del sueño para llevarme lejos, a Magonia, y confirmarían al fin todo eso que alguna vez sospeché y creí del mundo, pero que con la edad —ya fuera por decepción, necesidad

o cinismo— se fue perdiendo hasta quedar en la nada. Luego despertaría poco antes del amanecer y no recordaría una sola palabra escuchada, una sola imagen fantástica, y mi vida continuaría como si nada hubiera cambiado, salvo tal vez por una sensación esperanzadora en el horizonte de la memoria, pues los encuentros con lo Sublime, por desgracia o tal vez por fortuna, siempre son efímeros.

Qlippoth

Nadie me recibió la tarde en que volví a casa; habían ido a la playa para ver al monstruo. Apareció muerto en la orilla esa misma mañana, y cuando el morbo de todos quedó saciado, mis padres me encontraron en la sala tomando limonada. Papá, sin humor ni vergüenza, quiso saber por qué mamá no había mandado cambiar la cerradura de la entrada dos años antes, cuando hubo tiempo de hacerlo. Ella le pidió que no dijera esas cosas.

Después del reencuentro, mamá fue a preparar algo para comer mientras papá y yo hicimos lo posible por llevar una conversación que sólo se limitó al cómo-te-ha-ido, bien, qué-bueno. Ofreció ayudarme a cargar mis maletas, pero no quise molestarlo también con eso. Tu cuarto está donde mismo, dijo. Mi cama había desaparecido. En su lugar, un escritorio escualido se torcía bajo libros de química,

plantas secas, piedras, un microscopio y fajos de exámenes y reportes por calificar. Abajo en la cocina papá y mamá susurraban algo, pero en cuanto me vieron entrar guardaron silencio, de esa manera torpe como hacen quienes creen que no se les ha visto conspirar. Les pregunté qué había pasado con mis cosas. Reclámase lo a tu hermano, dijo papá, y salió a fumar.

No fue sino hasta después del mediodía cuando Ernesto llegó a casa. Dejó caer su maletín como si fuera un bulto de cemento, me abrazó y pidió que le contara todo lo que había ocurrido en mi vida desde la última vez que nos vimos. Luego se puso a hablar del monstruo. El rumor le llegó primero por boca de un alumno, después por profesores más enterados que él. Toda la mañana la curiosidad picó en su estómago, incluso le causó algo de malestar, como cuando te atragantas con algo demasiado dulce, dijo. La inquietud por ver a la bestia se vio reflejada en sus obligaciones académicas; incapaz de dar más clase, prefirió pasar el resto de las horas hablando con los estudiantes sobre las maravillas del mundo, por lo desconocido que se oculta bajo los mares, aunque puede ser que a ninguno de esos adolescentes le importaran esos temas.

Yo también estaba feliz de verlo.

Nos sentamos y lo acompañé mientras comía. Cada una de sus palabras se peleaba contra la sopa con carne que mamá había preparado; se manchaba la camisa de pura emoción. Vámonos, dijo en cuanto terminó con su plato. Subió a su habitación por ropa cómoda, yo serví más limonada en un termo y salí a esperarlo bajo ese sol tan detestable de nuestros veranos. No tenía ningún interés en ir a ver lo que el mar había escupido, pero tampoco quería quedarme ahí en casa lamentándome por el rumbo que mi vida comenzaba a tomar.

En la playa encontramos grupos de curiosos reunidos alrededor del animal. Hablaban entre ellos, y aunque alguna risa de vez en cuando se le escapaba a alguien, la cosa muerta ahí ante todos no tenía nada de gracioso. Lo primero que me llamó la atención fue su blancura, dolorosa para los ojos a esa hora de la tarde. El cuerpo era una colección de pliegues hinchados, parecido a un barril cubierto por una manta rugosa, y de ambos extremos asomaban dos bultos de los que crecían cinco o seis apéndices. En su costado, como salida de una herida, brotaba una mata de fibras que se extendían ocho o diez metros sobre la arena, de la que prendían varios peces, cangrejos, camarones y otras cosas que no supe identificar. El animal debía de medir unos diez metros de largo, las olas lo mecían y ninguna gaviota se atrevía a tocarlo aún.

Al entusiasmo de Ernesto le siguió una calma que sólo fue interrumpida por lo repentino de mis preguntas. Arrastrando las palabras, no supo explicarme qué era esa cosa. Podían ser los restos de un calamar gigante mutilado por otro depredador allá en lo profundo. Me acerqué hasta notar un olor dulce mezclado con sal. Anillos finos, miles de ellos, recorrían el cuerpo de un extremo a otro, como un acordeón cilíndrico lleno de costras. No lo toques, dijo Ernesto. Habló sobre la manera correcta de preservar la evidencia, la forma indicada de tomar muestras, dejar a la naturaleza continuar con sus procesos y otras tantas cosas que aprendió gracias a los manuales de naturismo para aficionados que papá solía regalarle cuando aún era un niño prodigio.

Ése fue el momento más íntimo del día. Después de una hora me senté en una barca desvencijada que estaba ahí cerca. Ernesto iba de un lugar a otro, dibujando a la bestia y tomando fotografías,

a pesar de toda la chusma que se amontonaba alrededor. Cuando al fin se sentó a mi lado le ofrecí un trago de limonada, pero no hizo caso, o tal vez no me escuchó, pues no era tan importante como explicarme sus bosquejos y las notas que había hecho en su libreta azul.

De camino a casa, por sugerencia suya, nos desviamos rumbo a un restaurante junto a la playa. Aquél sería el momento en que me atacaría con sus preguntas, incluso con alguna broma, pensé, pero a Ernesto no le interesaba hablar de mis días en el seminario, sino sobre la cosa muerta que acabábamos de ver. Seguro debía de tratarse de algún tipo de calamar, me lo repitió, pues su forma no encajaba con la de otros animales. Yo nunca había visto un calamar como ése, en el cine o en los libros, y se lo dije. Está mutilado, apresuró él, seguramente por un cachalote o una orca. Las otras estructuras en el cuerpo, los apéndices y la mata de fibras, según él, debían ser órganos y ligamentos expulsados por la violencia del encuentro con su asesino, así como por los cambios de presión al surgir el cuerpo del mar. Tomó cuatro cervezas más para acompañar su ceviche y con la confianza en alto me juró sobre las páginas de su libreta azul, sobre sus dibujos perfectos y su letra artística, que aquello no era otra cosa más que un jodido calamar despanzurrado, y tenía a todo el jodido saber científico de su lado para probarlo, maldita sea.

Cuando regresamos a casa, ya de noche, subió tambaleándose a su habitación y no volví a verlo sino hasta la mañana. En la sala papá leía el periódico de dos días atrás, cómo siempre había hecho. Me preguntó qué opinaba sobre la presencia americana en Afganistán, pero de esos asuntos yo nunca me he interesado. Dio un bufido más propio de un perro enfermo y enojado. Todo por unas torres

bien feas, dijo, y ya no quiso saber nada más. Fui a mi habitación, la oficina de Ernesto, e improvisé una cama con mi ropa y unas sábanas que encontré en el vestidor. Nadie me llamó para cenar. Me quedé dormido en el suelo, sólo para despertar tres o cuatro horas después y descubrir la casa en un silencio tremendo y una oscuridad aún peor.

Sobre la mesa de la cocina encontré un plato de sopa fría. Lo único a esa hora en la televisión era un servicio de noticias que repetía las historias de la jornada. En alguna parte de la casa tronó una baldosa, y desde la puerta de la cocina, tomada del marco, mamá me observaba. Se sentó a mi lado y me abrazó. ¿No me vas a hablar del seminario? En la televisión un reportero con un bigote ridículo apuntaba al monstruo. Dentro de poco, según decía, expertos en vida marina volarían desde la Capital para estudiarlo. Mamá no dejaba de apretar mi brazo. Tal vez a tu papá no le importa, pero a mí sí.

Terminé con la sopa y le hablé de algunas cosas, aunque no todo fue cierto.

Ernesto desayunaba cereal que salpicaba sobre su camisa y las páginas del número de junio de *National Geographic* que tenía abierto sobre la mesa. Papá y mamá no estaban. Perdón por robarme tu cuarto, dijo, y prometió buscar una cama o un buen sustituto pronto. ¿Comemos después de clases? Luego guardó la revista, sus papeles y unos libros en su maletín, todo encima de todo, y se despidió. Lo vi alejarse en su auto hasta que lo perdí

en algún punto del paisaje, después volví adentro a tomar café y a pensar en nada de importancia, hasta que el peso de un hogar cavernoso se volvió aparente.

Los grandes espacios tienen la costumbre de entrometerse con las emociones y los procesos normales de la mente. Perdí toda la mañana deambulando por ahí: en la sala, la cocina, el comedor, en el cuarto de herramientas —vacío salvo por un par de martillos y un hacha vieja— y en todas las habitaciones. La de Ernesto, junto a la mía, era un santuario al buen gusto; la de mis padres no tanto, más bien seca, grosera a los sentidos, excepto por algún mueble barroco o las estanterías a reventar con libros sobre historia y arquitectura que papá coleccionaba pero que nunca lo vi leer.

Así fue parte de mi día dentro de esa casa a la que se me dificultaba volver a pertenecer. La necesidad de distraerme me llevó a salir, y la curiosidad me arrastró de vuelta al monstruo. Más allá de la localidad, todo el mundo se había enterado sobre esa cosa muerta, y a pesar de la hora y el sol, aquello parecía ya un centro turístico en lugar de la playa fea de un pueblo miserable.

La policía había acordonado un perímetro considerable alrededor del cadáver, sólo Dios sabe por qué. La necesidad de la gente, que cruzaba el cordón como si no existiera, no entendía sobre abstracciones como la autoridad y los límites. Aun así, todos respetaban una distancia instintiva cuando se encontraban frente al cuerpo sacudido por las olas, todos excepto una mujer de cabello recogido y pinta de ser importante con la que me acerqué a hablar. Se llamaba Alejandra Montemayor, era bióloga marina y venía de la Capital, aunque según me dijo también era nativa del pueblo. A pesar de todos los años en los que había vivido ahí, le dije, no recordaba

haberla visto alguna vez. Sólo porque es un lugar pequeño no significa que todos tengamos que conocernos, contestó.

Le pregunté qué era lo que hacía una bióloga marina trabajando en la Capital, a tantos kilómetros lejos del agua. Me dio sus razones, ninguna convincente, aunque yo sé que para largarse de aquí cualquier excusa es buena. Mientras hablábamos se nos unió otra mujer, una extranjera, quien después de saludarme tomó a Alejandra del brazo y se la llevó para hablar a gusto. El griterío de los curiosos no permitió que me inmiscuyera en su conversación, la cual parecía sólo importar a la extranjera a juzgar por la forma en que agitaba las manos. Alejandra permaneció ahí como una piedra malhumorada, sólo aprovechando una distracción de la otra con su teléfono para rodar los ojos y ajustar el equilibrio de su cuerpo de esa manera como lo hacen las mujeres cuando ya se han cansado de alguien. Luego se quedó sola, muy distraída con el venir de las olas, y tal vez no le gustó que yo interrumpiera sus pensamientos con mis tonterías. ¿Estaba todo bien?

El problema, así lo llamó ella, era la llegada de otros dos biólogos, sin aviso ni lugar dónde hospedarse. Que más gente viniera significaba que la cosa muerta debía tratarse de un misterio, algo extraordinario incluso, y no pude ver dónde estaba el inconveniente para alguien como Alejandra, que había querido dedicar su vida a los enigmas de la naturaleza. Supuse que, como todos, de vez en cuando ella también debía cansarse de su trabajo y ya no quise molestarla más. Se disculpó para volver junto al monstruo, que ya había comenzado a llamar la atención de niños pequeños y sus padres irresponsables. Aún quedaba una hora antes de verme con mi hermano y permanecí ahí hasta que el escándalo de los fisgones me aturdió.

El camino desde la playa hasta la escuela donde Ernesto trabajaba sólo es largo si se hace a pie bajo el sol, que fue lo que hice. Como ocurre con casi todos los exalumnos que vuelven a sus institutos, el lugar me siguió pareciendo el mismo a pesar de las ampliaciones y los cambios de pintura. Compré una botella de agua y tomé asiento en una esquina de la cafetería. La nostalgia que meforcé en sentir en realidad era un desdén lleno de recuerdos más agrios que dulces: tardes de estudio, malas notas y reportes de disciplina. Ahí no quedaba alguien que significara algo para mí, ningún amigo, y todos los profesores habían sido sustituidos ya por la asquerosa generación de mi hermano, que se hacía obvia en el ambiente anes-tesiado que flotaba por el aire.

De no ser por la llegada repentina de Ernesto, me hubiera sumergido en todo tipo de pensamientos dañinos. Ahí estaba él, con su cabello estúpido y gafas sin aumento para darse un aire de intelectual, café en la mano y ni rastro del borracho apasionado de la última noche. ¿Estás bien? Se sentó frente a mí y dio tres sorbos en silencio. Así pasa, es normal, dijo. Me pasó lo mismo cuando vine a la primera entrevista. Luego me dio un recorrido por las nuevas instalaciones y cuando se percató que nada de eso me interesaba, apresuró su presentación de las reformas en la escuela y caminamos rumbo a su auto.

Me llevó a un restaurante inmenso y perturbador. Las paredes estaban decoradas con frescos de ballenas, tiburones y caballos de mar fuera de proporción. Ernesto insistió en que sólo se trataba de retoques hechos a un lugar antiquísimo que solíamos frecuentar con papá y mamá desde que éramos niños, pero yo no lo recordaba de ninguna parte. Nos atendió un camarero diminuto y

muy moreno. Para mi hermano un robalo, ¿eh?, dijo Ernesto, acentuando la vocal equivocada y repitiéndose dos veces más, con énfasis en la mala rima por si el muchacho era demasiado inepto para apreciar su astucia. Sus payasadas comenzaban a fastidiarme y le pedí que no hablara tan fuerte. El sol de la tarde, me dijo, había afectado mis nervios después de haber vivido tanto tiempo en latitudes más frescas y lo que necesitaba era relajarme. Lo explicó como si se tratara de un diagnóstico médico o un hecho de fe incuestionable. Llevaron a la mesa jarras de cerveza y platos con trocitos de cangrejo y pulpo para abrir el hambre. Ernesto invitaba.

Nuestra conversación no dio ningún giro interesante, hasta que le pregunté si recordaba a una tal Alejandra Montemayor. Puede ser, reflexionó. Es difícil llevar cuentas de todos los que empacan sus cosas y se van de aquí. Lo dijo como si le ardiera la garganta. Yo disfrutaba con mi róbalo; le conté todo lo ocurrido en la playa esa mañana, sobre los biólogos de la Capital y los misterios que podían desvelar con el estudio de esa cosa venida de las oscuridades del mar. Ernesto soltó una risilla apesada de alcohol. Supongo que tú sabrás mucho de misterios, dijo. Le respondí que el universo está lleno de ellos y me preguntó si eso fue lo que aprendí en el seminario.

Como se dio cuenta de que aquello no me molestó ni que tampoco tenía intenciones de hablar sobre mis años en el extranjero, la cerveza no dejó de fluir en nuestra mesa sino hasta ya bien entrada la tarde, pero, a pesar de sus intentos por embriagarme, de mi boca no salió ninguna confesión. Cuando terminamos, el camarero me ayudó a llevarlo al auto, lo recosté en el asiento trasero y le ordené que me diera las llaves. Durante el viaje habló de una novia que

había tenido durante mis años de ausencia, una belleza, me dijo, que lo había dejado para trabajar como secretaria de embajada en algún país europeo. Luego se quejó de la mala disposición de sus alumnos, sobre todo de un pelirrojo insolente al que moría por reprobado y darle un escarmiento, pero no podía hacerlo, pues el muchacho era brillante, un genio incluso. Luego volvió al monstruo. Es un calamar. Los biólogos me darán la razón, amenazó, y luego guardó silencio el resto del camino. Ya en casa, sin pena ni gracia, se arrastró como pudo a la seguridad y sombra de su habitación.

El otro sábado por la mañana, mientras mamá y Ernesto aún dormían, papá me encontró en el comedor. Su mal humor a esas horas es legendario, pero en esa ocasión parecía estar en paz. No se molestó en servir su propio café; tomó del mío y, sin hacer caso a la política de la casa, fumó sin siquiera abrir una ventana. ¿Qué haces? Le mostré lo que leía: un libro sobre mapas náuticos medievales. Su frente se volvió rugosa, no sé si por problemas de vista o desaprobación, con él daba lo mismo. ¿Y eso para qué te sirve? Para nada, contesté. No hubo mucho qué decir por un momento y eso fue hermoso, hasta que mencionó el resucitado hábito por la bebida de Ernesto. Ya estaba sano, dijo. Y entonces volviste.

No esperaba sus ataques a esa hora. Que Ernesto no pudiera manejar sus vicios tenía poco que ver conmigo, le dije, y más con otras circunstancias fuera de mi control. Yo no entendía cómo mi presencia, que nunca había significado otra cosa más que la de un hermano

inservible, pudiera perturbarle de esa forma. Aquello sólo era un caso más de papá utilizándome como chivo expiatorio. De ser necesario, no dudaría en culparme no sólo del renovado alcoholismo de su pequeño, sino de todo lo malo en la familia, el pueblo e incluso el país entero. El haberme ido lejos, para él, había sido una bendición, un sueño, y no le agradaba en lo más mínimo tenerme de vuelta.

Apagó el cigarro en un plato y escupió dentro de mi café, que de cualquier forma ya estaba frío. No me vas a decir qué pensar, dijo. Conozco muy bien a los pedazos de mierda como tú. Tal vez engañarás a tu madre con el cuento del seminario, continuó, pero a mí no. Y como si yo fuera de verdad un sacerdote ordenado y jurado, lo que siguió a ese berrinche fue una confesión dolorosa que fue subiendo de tono, hasta que estuvo gritando, libre al fin del peso de una decepción conmigo que no le había dejado nunca, incluso con los miles de kilómetros que por años existieron entre nosotros. A papá no le gustaba que nadie le sostuviera la mirada, pero ¿qué me podía hacer, si no era más que un viejo?

—No me veas así.

—¿Cómo?

Así, y se levantó, muy decidido a parecer imponente a pesar de su cuerpo marchito. Preguntó cuánto tiempo pensaba vivir con ellos, pues yo parecía estar demasiado cómodo. Si iba a dormir bajo su techo, me dijo, más me valía encontrar un trabajo. Yo ya tenía planeado buscar algo, tal vez vendiendo libros o atendiendo algún bar. Eso no es trabajo, dijo y me dejó ahí, con el café frío y el estómago torcido, intentando recordar de nuevo todas las razones con las que me convencí de que volver a casa sería una buena idea, e incapaz de validar de nuevo una sola de ellas.

Salió a dar uno de sus paseos en auto que tanto le gustaban, a lo largo de la costa, lo que me dio oportunidad de descansar la espalda en el sofá de la sala. Aquellos primeros días los pasé sin una cama de verdad, contrario a las promesas de mi hermano. A pesar del colchón inflable que mamá pudo conseguirme, comenzaba a pagar las noches con una sensación en los huesos que no sufría desde hacía mucho tiempo. No quise quedarme dormido sobre el sofá, pero eso fue lo que pasó. Cuando desperté, la mesa estaba lista y sólo mamá y yo nos sentamos a comer. Me pidió que le hablara de San Onofre y de la manera en que pasaba mis tardes libres en el seminario. Me dio miedo lo fácil que uno puede llegar a creer sus propias mentiras. Papá no volvería sino hasta después del mediodía y Ernesto había salido para atender una conferencia en el gimnasio de la escuela, donde los biólogos de la Capital explicarían sus conclusiones sobre el monstruo.

En sólo una semana esa cosa había pasado de ser la maravilla local a convertirse en una piedra más en el paisaje. Los mirones comenzaron a quedarse en sus casas, la gente de fuera no vino más y salvo por los abuelos y los niños que aún sentían curiosidad genuina, la playa volvió a ser el vacío de siempre. No sólo por esa forma repentina en la que todo lo extraordinario termina por volverse común, supongo, sino también por el leve tufo agridulce que el cuerpo, hinchado ya casi al doble de su grosor, comenzaba a desprender. Aquel cadáver fue capaz de sobrevivir a las condiciones del mar, a las imprudencias de unos pueblerinos demasiado torpes para apreciarlo, pero al tiempo eso le importaba poco. Ni una gaviota, ningún carroñero de ningún tipo, había querido aún tomar parte en el inmenso festín bajo el cielo. Ninguno salvo el tiempo.

Lo que yo quería era estar solo. Después de la comida salí rumbo a la playa hasta toparme con el monstruo y los restos del cordón divisorio que se aleteaba con el viento. Olía mal, pero aún no era del todo insoportable. Dejé atrás la escena para dar un paseo por la orilla, zapatos en mano, demasiado consciente de todas las sensaciones que pasaban por mi cuerpo. La luz a esa hora de la tarde es siempre como la del ámbar prehistórico, y es fácil dejarse extraviar en reflexiones que pueden ir de lo personal a lo absoluto, de lo magnífico en la naturaleza a las profundidades más abyectas del ser. No fue sino hasta el final de mi introspección cuando me di cuenta de que ya me encontraba demasiado lejos, en una región donde la gentileza de la arena da paso a rocas, algas, cangrejos y los restos de cuatro barcas pesqueras en las que mi hermano y yo jugábamos cuando éramos niños.

Y ahí, donde no esperaba encontrar a nadie ni nada más que recuerdos, sentada y fumando sobre unas rocas, estaba Alejandra. Apenas la reconocí con esas gafas negras de aviador y los pantalones descosidos por las rodillas, pero supe que era ella por la sonrisa insípida que me dedicó y su hola-cómo-estás. Le pregunté si no debía estar en la conferencia, junto con sus compañeros, explicando a la gente lo que fuera que habían descubierto sobre el monstruo. Me dijo que de esos imbéciles no quería saber nada y que mejor no le hablara de ellos. De hecho, continuó diciéndome, no quería pasar ahí ni un minuto más y no podía esperar su vuelo de regreso a la Capital dentro de dos días.

Entiendo esas situaciones tan bien que no me molesté en preguntar las razones de esa reacción violenta. Me senté a su lado y le pedí un cigarro, aunque tenía cuatro o cinco años sin fumar. Tosí

como un perro y mis ojos se llenaron de agua, algo que en cualquier otra situación hubiera hecho reír a otra persona que no fuera ella; tan desesperada estaba por largarse de nuevo que era incapaz de divertirse con las pequeñas miserias de alguien como yo.

Yo respetaba eso. Era una posición estoica que podía tomar como defensa ahora que yo también estaba de vuelta, sólo Dios sabía por cuánto tiempo. Pero las decepciones tienen una manera de suavizar el carácter en algunos de nosotros, y yo en ese momento estaba demasiado decepcionado conmigo mismo para, además, tener que aparentar una firmeza que no tenía. ¿No me vas a preguntar por esa cosa en la playa? Alejandra me miraba; ni un rastro de la sonrisa de antes. Yo quería encontrar sus ojos detrás de esas gafas de mosca, pero sólo encontré mi cara inflamada por la distorsión del cristal. Pensé que no quería hablar, dije. Ella no quería hablar de sus padres. No quería hablar de sus amigos de la infancia, todos unos buenos para nada, ni del pueblo ni de los biólogos imbéciles ni de ninguna otra cosa que no fuera el monstruo.

Que hablara de lo que quisiera; a mí eso no me importaba.

Encendió otro cigarro con lo que quedaba del viejo.

—No sabemos nada de nada —dijo—. Piensa en todos los kilómetros sin explorar bajo el agua. Ese animal no debería existir, no hoy. Pero ahí está, tostándose en la arena.

—¿Es un calamar?

—Claro que no. ¿Cómo se te ocurre eso?

—Yo no sé, sólo pregunto. Mi hermano cree que lo es.

—Pues no lo es. En nada se parecen.

La extranjera que había visto antes con ella —la doctora Harter la llamó Alejandra— tenía una hipótesis, pero a falta de otros

especímenes con cuales cotejarla y la dificultad de hacer pruebas de laboratorio en aquellas condiciones, hacía difícil que no fuera otra cosa además de una simple idea. Según ella, debía tratarse de uno de los últimos miembros de una especie sin catalogar; incluso podía ser el último miembro. Una especie imposible de vincular con cualquier otra en el planeta, un elemento truncado de la evolución, un fósil vivo, ahora muerto. Pero eso no era lo extraordinario, según Alejandra, que guardó un silencio demasiado teatral, como esperando a que yo le suplicara por el resto de la historia y cuando se dio cuenta que no lo haría entonces continuó. Harter cree que los anillos que recorren el cuerpo son como los anillos de crecimiento de un árbol, dijo, cada uno representando un año de vida. Si eso es cierto, concluyó sin mirarme, ese animal debía de haber tenido miles, si no millones, de años antes de morir.

Eso, hasta donde yo entiendo la vida, era imposible, pero ¿qué sé yo? Un año en el ciclo vital de un animal desconocido puede equivaler a sólo unos meses del nuestro, o cinco décadas. Era sólo una hipótesis, según Alejandra, un modelo, pero eso no significaba que dejara de ser una idea de implicaciones escandalosas. Un organismo cuya edad se mide en tiempo geológico ajusta las perspectivas. Qué pequeño se me hizo el pueblo entonces, qué horriblemente viejo me pareció el universo y qué insignificantes todas mis preocupaciones, aunque sólo fuera una sensación de algunos momentos, pues cuando se habla de lo trascendente al *shock* inicial le sigue siempre el regreso a lo frívolo y mundano, a menos que uno pertenezca a esa clase de personas con una mente propensa a ciertas sensibilidades.

Me acordé entonces de un libro que encontré en una tienda de viejo, en el barrio religioso de San Onofre, cuando aún no sabía si

mentía o no sobre mis intenciones de unirme al seminario. Era uno de esos librillos de magia muy comunes en los setenta, de esos que mezclaban disciplinas y creencias en formato New Age. Los secretos esotéricos del Cosmos a precio de bolsillo. Su autor era alemán o austriaco y entre los términos y fórmulas mágicas mencionaba al qliphoth, la cáscara hebrea que cubre la identidad divina, como el vestigio de una estirpe demoniaca anterior a la creación del universo.

Pensé que ese podía ser un buen nombre para referirse al monstruo, un animal pretérito a nuestro tiempo. Fue la primera y última vez que escuché la risa de Alejandra, y creo que fue forzada. Ningún científico aceptaría llamar a un nuevo descubrimiento de esa manera, me dijo, pues ésas eran fanfarronadas místicas. Yo no veía nada de malo en eso. Le recordé la letanía de mitologías griegas, romanas, hindús y persas con las que los astrónomos han bautizado a planetas, estrellas, cometas y otros tantos cuerpos más allá de la atmosfera, muy lejos en el cielo, fuera de nuestro alcance como si fueran auténticos dioses.

Alejandra arrojó el cigarro al agua. Lo que sea, dijo. Tomó sus cosas y se despidió con la excusa de otros asuntos por atender, aunque a mí no se me ocurrió qué cosa podía ser tan importante para justificar su prisa en irse y desde entonces no la he vuelto a ver. Yo no tenía nada mejor que hacer por el resto de la tarde, además de perder más tiempo sentado ahí, pensando tonterías, y así lo hice hasta que la noche me despabiló. La playa a esa hora me pareció el crepúsculo de otro mundo. Desde donde yo estaba el monstruo se veía como un tumor blancuzco bajo la luna. Más allá, las luces del pueblo vecino abrazaban la costa, hasta el punto donde el fin de la

tierra se confundía con la región en la que la oscuridad del cielo se unía con la del mar.

Cuando llegué a casa mamá leía un libro o al menos fingía hacerlo. Algo sobre los sueños, de un autor con nombre como trabalenguas y una portada chillona con un ojo morado en el centro. Me preguntó si sabía qué le pasaba a mi hermano. Había vuelto a casa después del mediodía y desde entonces no salía de su habitación. Tal vez tiene muchos exámenes por calificar, dije, o está cansado. Mamá me dijo que no podía ser, pues aún no era el periodo de evaluación en la escuela. No le di importancia; lo que yo quería era interesarme por lo que ella leía, pero lo único que conseguí sacarle fueron evasivas o respuestas a medias. Le prometí que hablaría con Ernesto después de la cena, lo que pareció tranquilizarla un poco, aunque su humor volvió a decaer al poco rato hasta que nuestra conversación terminó en un silencio entre los dos.

Subí a la habitación de Ernesto luego de cenar, pero por mucho que intenté convencerlo no quiso hablar conmigo, incluso ni se molestó en abrir la puerta. Se sentía mal, me dijo desde el otro lado, algo que había comido o el estrés acumulado. A mí eso me parecía una colección de coartadas y no razones justificables. Cuando me cansé de eso volví a mi habitación; esperaba que el hambre lo llevara más tarde a la cocina, donde podría interrogarlo. Pero nada de eso pasó y me acosté en el colchón inflable a esperar que el sueño llegara, pero lo único que llegó fueron los ronquidos de papá, amortiguados por el espacio. Mientras tanto mamá, la imaginaba, debía seguir abajo hojeando su libro de sueños, angustiada no sólo por lo que ocurría con su hijo sino también por sus propios terrores nocturnos.

Y mientras todo aquello pasaba por mi cabeza, los ronquidos de papá fueron suplantados, poco a poco, por un sollozo descarnado que cruzó la pared que divide mi habitación de la de Ernesto. Un sollozo que me estremeció por toda su carga oculta, que en mi ingenuidad quise atribuir a esa novia misteriosa que lo dejó por un puesto burocrático en algún lugar de Europa. Algo que no podía ser, ya que nunca alguien, me parece, ha llorado así por otra persona, pues nadie vale ese tipo de lágrimas, que son las de quienes no sólo han perdido la esperanza en este mundo, sino también la confianza ciega de alguna vez haberlo comprendido.

A los quince o dieciséis años comencé a jugar con la idea del seminario. Lo imaginé como una alternativa, el último recurso de alguien demasiado vago para comprometerse con una carrera profesional, pero demasiado delicado para una vida de trabajo en el puerto o en alguna fábrica. Pensaba que era una buena idea, algo que me garantizaría un techo y comida, así como cierto prestigio y refinamiento, pues en esta cultura nuestra no hay nadie más prestigioso y refinado que un cura, qué más da si es o no sincero en sus creencias. Por lo general este tipo de proyectos adolescentes se debilitan con el tiempo y se revelan como los planes juveniles que en realidad son. Que aquella idea se reforzara con la edad, supongo, dice mucho sobre las flaquezas de mi carácter.

Ernesto, por el contrario, fue siempre la pequeña gran maravilla de papá, y aunque mamá profesó el mismo amor por nosotros dos,

sus esperanzas invariablemente estuvieron puestas en él. Mientras yo producía malas notas y reportes disciplinarios, él ganaba la miniolimpiada matemática y los primeros lugares en el cuadro de honor de la escuela. Una vez —él debía tener dieciocho años; yo, veintitrés— fue él quien se presentó en la cárcel y con su propio dinero pagó la fianza por ebriedad y perturbación pública por la que me tenían encerrado, pues papá ya no tenía paciencia conmigo ni con mi falta de oficio. Supongo que aquello de alguna manera fue un mal ejemplo para Ernesto, o tal vez se trató sólo de nuestra genética propensa a la borrachera, pues por un tiempo le tomó el gusto a las botellas, algo que comenzó a menguar cuando papá lo asustó al convencerlo de que si continuaba de esa forma podría terminar como yo.

Ahora sé que desde un inicio papá sospechó sobre la honestidad de mis intenciones cuando anuncié que me uniría a un seminario en Teranserí. La sangre conoce a la sangre. Aun así, eso no lo molestó. Al contrario, el cáncer de la familia se largaba lejos y no podían haberle dado mejor noticia. Incluso financió mi aventura, tal vez viéndolo no como un desperdicio de dinero, sino como una buena inversión. Me iba sin ninguna intención de volver y aquello a papá debió colmarlo de alegría. Podría al fin concentrarse en Ernesto, su pequeño prodigio, y sentir que sus esfuerzos al menos resultarían en una sola persona con decencia y valor para la comunidad.

Es por eso que, con el disgusto de tenerme de vuelta en casa, debió ser duro para papá tener que ver a Ernesto pudriéndose en una depresión de la que nadie supo cómo rescatarlo. Comenzó con el pretexto de un dolor de estómago que lo ausentó por unos días de sus obligaciones en la escuela, poco después de esa noche en

que no quiso hablar conmigo. Nada grave, decía, pero los días se alargaron y después de un mes y medio presentó su carta de renuncia. En casa se excusó con el descontento profesional, la insolencia de sus alumnos y la insatisfacción con un sistema de reglamentos que cada vez se deslizaba de vuelta al estricto régimen marista en el que él y yo habíamos crecido, pretextos que mamá aceptó sin problemas, sólo tal vez para tener una razón que explicara el repentino cambio de ánimo de su hijo. Pero no papá. Para él los problemas de mi hermano estaban relacionados con mi regreso. Así es como me lo dijo, en una de las escasas ocasiones en que se dignó en dirigirme la palabra.

Luego un día Ernesto dejó de hablar.

Todo aquello hubiera sido más soportable de no ser por el olor agri dulce que la brisa traía desde la playa, donde el monstruo, pues sólo yo le llamaba Qlippoth, continuaba hinchándose. Desde la conferencia dada por los biólogos, el poco interés que aún quedaba por esa cosa se volvió indiferencia, a pesar del asco que el tufo debía causar a todos. Las autoridades se desligaron del asunto, pasándose unos a otros las responsabilidades de limpieza. Aquéllos ya eran los días de la canícula y el olor a muerte comenzaba a impregnarse en los edificios, las calles y la gente. Se reportaron casos de náuseas y desmayos, e incluso un día en el que el calor fue insoportable tuve que subir a mamá al auto de Ernesto y manejar a lo largo de la costa para que la sal del aire pudiera curarla del malestar causado por aquella miasma.

A mí aquello no me importaba demasiado, aunque el efecto combinado del calor y la peste me volvía algo lento y desinteresado cuando permanecía en casa o cerca de la playa. Por ese entonces

había conseguido trabajo como mesero en una marisquería y pasaba la mayor parte del día a puertas cerradas, disfrutando del aire acondicionado. Eso no significaba que yo fuera inmune a los efectos más sutiles del hedor, que invadía incluso los sueños. Al igual que todos en el pueblo, las autoridades incluidas, esperaba que la naturaleza se encargara pronto de aquella cosa, aunque parecía como si el olor hubiera ahuyentado incluso a la naturaleza misma. Las gaviotas seguían sin atreverse a tocar el cuerpo, contentas sólo con volar alrededor.

Ernesto encontró consuelo en la televisión, la que veía casi todo el día sin discriminar entre la alta cultura y los programas de chismes. Mamá me contó que papá y ella quisieron hablar con él, pero lo único que encontraron fue una mirada hueca que no tardaba en volver su atención al aparato. Incluso las amenazas de papá le tenían sin cuidado. Lo pondría en la calle si no buscaba algo que hacer, le dijo, le conseguiría trabajo como cargador en el muelle, como mecánico en un taller de autos, cosas de esas que en nada sirvieron para animarlo.

Pasaba las noches en vela o al menos eso me parecía. Dos madrugadas lo encontré frente a la ventana de la sala, viendo quién sabe qué. Sólo viendo. Ni una palabra ni una respuesta, tan libre de voluntad era, como un títere, e igual de ligero. En ambas ocasiones lo tomé de los hombros y lo llevé a su habitación, para luego volver a la mía, que ya había dejado de ser su oficina. Esperaba escucharlo decir algo en la oscuridad al otro lado de la pared, lo que fuera, aunque sabía muy bien que de esos labios no saldría nada.

Esos fines de semana papá manejaba a otro pueblo más al norte, donde aún vivían algunos amigos de su juventud, los últimos que

le quedaban. Yo tomaba el auto de Ernesto, pues tenía esos días libres, y con él, como una bolsa de verduras en el asiento de atrás, y con mamá en el asiento de junto, viajábamos en sentido contrario para evitar toparnos con papá en caso de que volviera. Eran paseos largos y despreocupados en los que nos deteníamos en algún centro de turismo local o en un mirador donde tomábamos café frente al Pacífico. Fue en uno de esos viajes cuando mamá me pidió que fuera honesto y le explicara por fin la razón por la que había abandonado el seminario.

Le dije que fue por un cambio de opinión, por dudas de fe, que no es demasiado diferente de lo que en realidad ocurrió, o al menos eso me gusta pensar. No le dije que en verdad nunca me presenté ante las puertas del seminario, que me gasté el dinero en lujos y pretensiones. No le dije que cuando me quedé sin un centavo me volví una rémora con todos quienes quisieron ayudarme, hasta dejarlos secos o cansados. No le dije que me volví el juguete mantenido de una sueca vieja a la que dejé sin aviso cuando supimos que un embarazo a esa edad, al parecer, no era imposible, pero a quién le importa eso, pues el dinero lo arregla todo y sólo sería otro niño muerto entre tantos otros. Le dije muchas cosas que justificaban el abandono de mi plan católico y recto, pero en ningún momento se me ocurrió decirle la verdad.

Luego, al final de esos viajes, volvíamos a casa a seguir aparentando que las cosas continuaban siendo normales. Así fue por algunas semanas más, hasta que el tufo que venía de la playa se volvió un elemento más de nuestro paisaje, como el océano, el sol y la sal.

Algo importante pasó la noche en que el silencio de mi hermano terminó. En el comedor cenábamos mis papás y yo. De la sala nos

llegaba la música de lo que Ernesto veía en el televisor. Papá se quejaba de las autoridades por haber dejado al monstruo tanto tiempo pudriéndose. El cuerpo se había hinchado casi cuatro veces su tamaño y algunas personas en la calle ya usaban paños húmedos y cubrebocas para aliviar un poco el olor. Dejamos que hablara hasta que se dio cuenta de que ni mamá ni yo no podíamos hacer algo para solucionar el problema, o que simplemente no nos interesaba. Fue a la cocina por un café sin siquiera haber terminado la comida y dio un portazo tan fuerte en su habitación que me pareció escuchar algo caer en otra parte de la casa.

Quise ayudar a mamá con la limpieza, pero sólo me permitió hacerle compañía, pues me dijo que no quería sentirse inútil. No había nada de qué hablar y estuve ahí como tonto, diciendo obviedades, hasta que recordé el libro sobre sueños que ella había estado leyendo desde hacía un mes o más, y le pregunté por él.

Mi curiosidad la animó. Me contó la historia de su autor, nacido en Sandango pero de apellido sueco, de sus teorías sobre sueños premonitorios y de los muchos casos registrados y documentados en las casi trescientas páginas de texto que aún no terminaba de leer. Casos que me parecieron más cuentos de surrealistas que los sueños plácidos y bobos que yo tenía. Si aquello parecía de esa forma, me dijo, era porque los veía de manera literal y no dentro de la lógica de una persona que está dormida. Si todos tus dientes se te caen ahora, dijo mamá, te vas a asustar. Pero si se te caen en un sueño, concluyó, vas a pensar que es normal, pues esas cosas son normales ahí dentro.

Habló entonces de un sueño que comenzó poco después de mi regreso y que desde entonces se repetía cada dos o tres noches.

Comenzaba con ella preparando un pez negro y muy largo, como una serpiente. Está a punto de cortarlo en trozos cuando se da cuenta de que, en lugar de escamas, el cuerpo está cubierto de piel, con cicatrices, poros, verrugas e incluso cabellos incrustados. En eso el pez tiembla, a pesar de estar muerto, o al menos eso parece, y de los costados, de cabeza a cola, crecen patas de cangrejo con las que el pez se endereza y sale de la casa rumbo al mar.

Mamá, que por lo general siempre ha sido muy reservada, parecía sentirse mejor después de contarme eso. No supo explicar cuál era el significado de esas imágenes, pues el libro, me dijo, no era un diccionario de símbolos, sino un manual para reconocer las formas en las que el subconsciente se comunica en el tiempo. Yo era más ignorante que ella sobre esas cosas; no podía opinar al respecto, pero esas imágenes tan grotescas sólo lograron que me preocupara por su salud y estado de ánimo.

Salí a ver las estrellas, que ahí en ese pueblo se amontonan por todas partes. Estaba pensando en el sueño de mamá, en todas sus ramificaciones, cuando de la nada Ernesto se me acercó para darme una taza de café que me había preparado. Con leche y azúcar, ¿verdad? A mí siempre me ha gustado negro y frío, pero no le dije nada pues era una sorpresa volverlo a escuchar. Se sentó a mi lado apuntando hacia algunas estrellas, refiriéndose a ellas por sus nombres mitológicos, su clase y sus tamaños, casi todas diez, veinte, treinta veces más grandes que nuestro ridículo sol. Luego me dijo que escuchó a mamá hablar de su sueño, que el animal alongado era seguramente un pez remo que ella debió haber visto en alguna revista o programa de televisión, o tal vez en uno de los mercados, un pez que podía alcanzar hasta veinte metros de largo y ha sido la base de

cientos de leyendas sobre serpientes marinas. Dijo que su transformación en un ciempiés no era más que un truco de la mente, que siempre busca cómo catalogar toda experiencia extraña en algo conocido, y que mamá no debería de molestarse en encontrar algún significado a todo eso pues, desde luego, no tenía ninguno.

Y ésa fue su conversación por casi una hora, un monólogo de todas las cosas que se quedó callado durante todas esas semanas de silencio que inesperadamente llegaban a su fin. Para él no quedaba un solo misterio en el mundo; todo estaba descubierto y comprendido, y lo que estuviera fuera de ese orden cartesiano se trataba sólo de un pequeño ajuste por hacer. Como el calamar en la playa, dijo, como Qlippoth, pensé, que seguro se trataba de un animal cualquiera, continuó explicándome Ernesto, tan mutilado por algún otro depredador que su cadáver dejaba correr a la imaginación. Tan irreconocible que pudo engañar a Alejandra, a la doctora Harter y a los otros biólogos que en la conferencia lo habían explicado como un monstruo milenario, como un animal de edad imposible más antiguo que la civilización.

Le recordé que se trataba de expertos, de gente bien preparada que no arriesgaría su reputación de esa forma a menos que estuviera justificada, pero Ernesto sólo me interrumpía y se burlaba. ¿Qué podía saber un cura sobre esas cosas? Le dije que no fuera imbécil, que yo ni siquiera había puesto un pie en el seminario. Pero la sola idea de haber pensado en hacerlo, en su opinión, me volvía un hombre de sotana y, por extensión, ignorante de cualquier otra cosa que no fueran cuestiones de fe. ¿Por qué volviste, preguntó de golpe, si todos estábamos tan bien sin ti? ¿Eres tan bueno para nada que ni en la casa de tu dios te necesitan?

Apreté la taza contra su pecho, le di las gracias por el café y lo dejé gritando todas sus idioteces. Me fui a caminar por el pueblo, por calles manchadas de ese amarillento luminario público. Aún no era medianoche, pero todo estaba como si lo hubieran abandonado: ni un perro suelto ni un borracho llorando o perdido; todo apesta-do por la fetidez de Qlipboth. Caminé hasta las afueras, luego aún más allá, donde comienza el cementerio y la oscuridad vuelve a ser densa y los muertos duermen con las puertas abiertas. Fui por cada tumba buscando algún pariente a la luz de la luna, pero papá nació más arriba, en el Norte, y mamá vino de otro país. Supuse entonces que la responsabilidad caía en mi hermano y en mí; que era nuestro deber iniciar una dinastía con nuestro apellido para ser enterrada en ese trozo de tierra que, en algún momento en el futuro, terminará por ser engullida por el océano. Qué risa me dio todo eso entonces.

Cuando volví a casa, papá y mamá esperaban fuera, junto a la puerta astillada. Mamá me preguntó a gritos dónde me había me-tido y por qué tardé tanto en volver. Ernesto, dijeron, había enfurecido y después de patear la puerta varias veces, tomó el hacha del cuar-to de herramientas, despedazó su habitación y salió corriendo sin decir a dónde iba o qué era lo que pensaba hacer.

Yo sabía muy bien dónde encontrarlo.

El olor agrídulce se hizo más insoportable conforme nos acerca-mos a la playa, aunque el estrés y la expectativa tienen sus maneras para que uno no haga demasiado caso a esas sensaciones tan des-agradables. Ernesto golpeaba el cuerpo hinchado de Qlipboth con la intensidad y la ignorancia de quien nunca ha utilizado un hacha en su vida. Lo rodeamos, manteniendo la distancia. Mamá le pidió que dejara en paz al animal y volviera a casa con nosotros; papá lo

amenazó con castigos que no tenían mucho sentido en esas circunstancias. ¿Y yo? Yo sólo me quedé mirando cómo el hacha entraba en la carne de esa cosa enorme, una carne como hule cargado de gas y aire que esperaba el momento del quiebre. ¿Crees que no es un calamar?, gritaba Ernesto con cada golpe. ¿Crees que no es un puto calamar?

En verdad creo que no era un calamar. Y que Dios nos libre.

La carne de Qlippoth explotó sobre Ernesto y de aquella ruina marina surgieron miles de parásitos negros, largos como serpientes, que se han aferrado no sólo a la terquedad de nuestros cuerpos, sino también a la eternidad de nuestros sueños.

La mantis

Marcos prefería no ir a la cabaña, no por las horas que le tomaba llegar ahí, sino por su hermana. Cada visita la encontraba esperándolo, sentada sobre los escalones de piedra, con una taza de café a modo de cenicero y la misma ropa de siempre, el cabello tan revuelto que ya era difícil saber cuánto le había crecido, aunque a veces intentaba disfrazar el desorden con una trenza o dos.

Poco mitigaban los árboles el escándalo de la camioneta, de su motor achacoso y los neumáticos que crujían sobre las ramas y bellotas con las que se encontraban en el camino, una franja de tierra y roca que ya comenzaba a perder el calor de la tarde. Salomé se puso de pie en cuanto la vio cruzar la verja de madera, dejó el cigarro humedeciéndose dentro de la taza y se limpió las manos sobre los pantalones deshilachados. Cuánto tiempo, dijo al ver a su hermano.

¿Te ayudo? Marcos inclinó la cabeza y salió de la camioneta sin devolver el saludo. Entre los dos bajaron algunas cajas que apilaron dentro de la cabaña.

Marcos encontró la sala como la última vez que estuvo ahí, puede ser que peor, cubierta por una estela de polvo en los muebles, las ventanas y el aire, de vez en cuando visible sólo por los ángulos de la luz que se filtraba entre las cortinas sin color. Preguntó a su hermana si el desorden no le molestaba, pero Salomé no le hizo caso, ocupada como estaba en atender alguna obligación en la cocina. Marcos sacudió el sillón con un trapo que encontró en el suelo, luego se dio cuenta de lo absurdo que era molestarse en tareas intrascendentes. Salomé volvió con dos vasos.

—¿Agua?

—Traje la mía.

—Siempre tan precavido.

—Así debe ser.

Salomé se sentó junto a él sin saber por cuál de todas las cajas comenzar. Se decidió al fin por la que guardaba sus libros, la mayoría sobre entomología y ornitología, aunque también encontró algunas novelas, casi todas en inglés o francés. Bien, bien, dijo. Cuando veas a papá dale las gracias de mi parte; muchas veces se pone aburrido aquí. Marcos no le hizo caso; se distraía con lo que pudiera ver al otro lado de la ventana. Las sombras crecían; al sol le quedaban algunos minutos antes de esconderse detrás del bosque. Salomé dejó sobre la mesa de centro una biografía de William Beebe y fue a encender algunas lámparas.

Las luces diminutas sacudieron a Marcos de su reflexión. Dio un par de sorbos a la botella de agua que guardaba en su mochila

y continuó observando los árboles más allá de la franja de ventana que tenía de frente, cada vez más confusos en la creciente oscuridad exterior.

Cuando Salomé volvió a la sala, Marcos ya se había quitado la chaqueta, dejando ver el revólver que colgaba de su pistolera. Qué incomodidad, dijo ella. ¿No te cansas de cargar esa cosa?

—Nunca sabes cuándo la puedes usar.

—Aquí arriba no veo cómo.

Marcos dio otro sorbo a su botella y la observó de esa manera en que los hermanos mayores creen que aún pueden ejercer su autoridad sobre los menores. No la traje para espantar pájaros.

Salomé se encogió de hombros. Tú sabrás. Continuó revisando las cajas, acomodando sus libros en el suelo junto con los champús, cremas, botellas de perfume y otras tantas cosas que Marcos le había llevado. Después de un rato miró el reloj; quiso darle orden a todo antes de la cena, pero después de media hora se cansó y volvió a sentarse junto a su hermano. En cualquier momento, dijo, apuntando hacia el cofre de cristal sobre la mesa de centro. La espera se extendió por unos minutos, hasta que finalmente la mantis salió a pasos torcidos desde el follaje en el interior del terrario. Salomé dejó escapar una risa con la que partió la calma de alrededor. Le gusta bailar, dijo. Tomó del suelo una lata vacía de cerveza y un cuchillo plegable que guardaba en el bolsillo de su pantalón. Hay otras dos ahí dentro, dijo. También encontré algunos machos en un árbol; ya es temporada de reproducción.

Puso una sonrisa de niño y lo miró como si buscara su aprobación para algo. Marcos pasaba la mirada entre el terrario y la ventana. ¿Has estado saliendo?

—Sí, sí, algunas veces, sí. A buscar comida para la mantis.

—Papá ya se ha metido en demasiados problemas ayudándote como para que además lo arruines todo saliendo de aquí.

Con su cuchillo Salomé comenzó a cortar la lata de cerveza hasta que tuvo un sustituto de cenicero. La mantis se había quedado congelada en el espacio, puede ser que en el tiempo también. Sólo el bamboleo de las antenas sugería vida, o al menos vida como se entiende. No puedo quedarme encerrada aquí todo el día, se defendió. Además, el silencio aquí dentro me desespera.

—Si lo que quieres es contacto con la naturaleza te puedo traer documentales de National Geographic.

—No es lo mismo; además, aquí no hay televisión.

—Si lo que necesitas es una televisión, te la puedo traer la próxima vez que venga.

—Qué amable eres.

Ya se había hecho demasiado tarde para que Marcos volviera a casa. Su hermana dejó el cuchillo en la mesa, junto al terrario, y encendió un cigarro. Sus manos aún conservaban un cierto cuidado, a pesar de los raspones y la mugre bajo las uñas. El silencio se acentuó entre los dos, Salomé fue por algo a la cocineta y Marcos se concentró de nuevo en la ventana frente a él. Al otro lado, los árboles cortaban su silueta ante la luna y se intuía una masa espesa que se formaba alrededor de la cabaña. Su hermana regresó con una taza humeante, se asomó hacia afuera y dio un suspiro, o al menos eso le pareció a Marcos, que se acomodó de nuevo sobre el sillón para combatir el sueño que comenzaba a pesar sobre él. No debes salir de aquí, dijo. Alguien te puede ver.

—Me gusta caminar afuera, me gusta creer que puedo perderme.

—Eso es lo que te va a pasar un día.

—Me gusta creer que puedo perderme en el estómago de los árboles, de las piedras y el musgo, en los ríos, el viento, la tierra. Ayer tuve un sueño; hace mucho que no me pasaba. Soñé que me moría allá afuera, que mi alma flotaba sobre mi cuerpo y podía ver su descomposición en carnes, huesos, fluidos y esencias. Veía a zorros, ratas y otros carroñeros que se daban un banquete con el cadáver; luego venían los gusanos, las moscas verdes y las bacterias, y al final, cuando todo ya había desaparecido, un parche de tierra fértil. A veces, cuando me alejo demasiado de aquí, me quedo dormida bajo algún pino y cuando despierto encuentro arañas o ardillas sobre mi pecho. Fue así como la encontré a ella.

Tomó de nuevo su cuchillo y con la punta dio unos golpecitos al terrario, pero la mantis ni siquiera se perturbó. Por un rato todo permaneció igual hasta que del follaje apareció otra mantis más pequeña. Vamos a ver algo interesante, dijo su hermana y se sentó junto a él en el sillón. Marcos tomó un sorbo de su agua y fue hacia la ventana. Las estrellas se amontonaban en el cielo sin luna. Cómo necesitaba estar en su casa, con su esposa, allá lejos en la ciudad. Si papá se entera que has estado saliendo de aquí, dijo, ya no te va a ayudar.

—No tiene por qué enterarse. Mira, ven, quiero que veas esto.

Junto a la ventana, en unas estanterías, Marcos encontró tres cajas de madera tosca con tapas de cristal empolvado. Parecían recién hechas y cada una guardaba escarabajos, mariposas y arañas de diferentes tipos que tal vez hacía no mucho habían vagado libres por entre los árboles de alrededor. Volvió al sillón por su mochila, sacó la carta que su padre había escrito y se la entregó a su hermana. Ella la arrojó como si nada sobre la mesa. Con la punta

del cuchillo apuntaba al terrario. La nueva mantis se aproximó a la otra, que era dos o tres veces mayor que ella y no se percataba aún de su presencia. Los machos son pequeños, opacos y enclenques; no tienen gracia y dejan mucho que desear, dijo Salomé. No como las hembras, que son la gracia de su especie.

El macho buscaba cómo equilibrarse por encima de la hembra, que se sacudió un poco, aunque no lo suficiente, para deshacerse de él. Salomé opacaba de vaho el cristal del terrario. Algunas veces tienen suerte y logran fecundar a más de una a lo largo de sus vidas, dijo. De todas formas, siempre se encuentran con la que les pone un alto a sus aventuras románticas.

Marcos se asomó sólo para aparentar interés. Quería retirarse a la habitación de atrás y dormir, pero su hermana le pedía que se fijara en la manera en que el macho montaba a la hembra e intentaba calmarla con el movimiento de sus antenas. A ellas no les gusta que ellos se les echen encima, dijo Salomé. Pero, bueno, se supone que la vida debe continuar.

Lo único que se escuchaba era el canto de las chicharras, de vez en cuando el ruido de algún otro animal o pájaro de la noche. Salomé continuaba con su monólogo. Hablaba de la conducta reproductiva de las mantis, daba detalles anatómicos, información adicional que a nadie más podía interesarle, periodos de gestación y número promedio de crías. Una penumbra colgó sobre la sala y la luz de las lámparas ensució de un color ámbar el interior del terrario. Entonces la pareja de insectos se sacudió por un momento muy breve. Lo primero que la hembra devoró fue la cabeza del macho, pero eso no detuvo la cópula. Por varios minutos el cuerpo del macho continuó bombeando dentro de ella, impulsado por

una misteriosa fuerza vital que recorría su cuerpo, cada vez con más fuerza, hasta que la vida se evaporó de todas sus células y la hembra pasó a ocuparse del cadáver, que, según Salomé, sería una fuente rica en nutrientes necesarios para la puesta de su prole. Qué fácil sería todo si en nuestro mundo las cosas fueran así, continuó Salomé. Cuántos problemas nos ahorraríamos.

—¿Y no crees que ya te ha sido demasiado fácil?

—Sí, un poco, gracias a ustedes.

—A mí no me metas en esto.

—Gracias a papá, entonces.

Marcos tomó la carta de la mesa y se la arrojó. Pues contéstale, dijo. Si va a seguir escondiéndote aquí es mejor que sepa todo lo que tienes que decir.

—¿Y qué quieres que le escriba?

—Tú sabrás. Yo no soy quien aún debe convencerse de lo que hiciste.

—¿No te gustaría saber los detalles?

—A mí eso no me interesa.

—¿Sabías que son mentiras eso que dice la gente sobre cómo todos terminamos por aceptar nuestra muerte? Se necesita demasiado valor, o desinterés, y casi nadie lo tiene. Tal vez Juan tenía aún cosas por hacer, cosas importantes. O al menos eso creo. Nunca me lo dijo. Yo no me di cuenta de otra cosa que pasara por sus ojos esa noche que no fuera rabia o miedo o desesperación. Bueno, en verdad nunca me di cuenta de nada entre nosotros.

—Yo tampoco.

Salomé se puso de pie, dobló la carta y guardó el cuchillo, ya plegado, en el bolsillo del pantalón. Encendió otro cigarro; ya iba

por el cuarto o quinto de la noche. Veré que le escribo a papá, dijo. La mantis seguía devorando a su pareja, lo ocurrido entre ella y él no le había afectado, aunque no tenía por qué hacerlo. Era tan sólo un insecto. Marcos se asomó de nuevo por la ventana. Salomé se le unió. ¿Me ayudas a preparar la cena?

—Traje algo para mí.

—Siempre tan precavido.

Marcos no pudo dormir. El mismo malestar de las visitas pasadas, la sensación de algo que le devoraba, tal vez el bosque o sólo la incertidumbre. Desde la habitación de junto escuchaba los pasos de su hermana, sus silbidos, sus risas, una silla o un escritorio arrastrando de un lugar a otro. Sólo a mediados de la madrugada llegó el silencio, repentino y pesado, como una mordida en toda la carne. Maldito fuera su padre y malditas las lealtades filiales. Afuera las chicharras habían dejado de cantar; sólo le pareció percibir el ruido lejano del planeta mientras giraba, indiferente, en su eje. La masa de árboles, rocas y bestias engulleron lo que quedaba de la noche hasta que al fin el sol se asomó por las ventanas de la cabaña y encontró a Marcos sentado junto a la cama, con los ojos sobre la puerta de la habitación y la mano aferrada al revólver que descansaba en sus piernas, la mente agobiada aún por el recuerdo de la cabeza roída de Juan.

Esa mañana Salomé esperaba a Marcos en la cocineta con el desayuno listo. Sabía que el desagradecido no lo aceptaría, pero aun así lo preparó por tradición o idiotez, que al final son lo mismo. En cuanto lo vio aparecer, con su ropa arrugada y rostro trasnochado, le preguntó si deseaba los huevos con café negro o con leche.

Marcos tomó de su mochila un paquete de galletas. Traje lo mío. La sonrisa de su hermana le pareció sincera, aunque con ella nunca se sabía. Entonces será otra ofrenda para el bosque, dijo ella. Sobre la mesa, dentro del terrario, la mantis devoraba las últimas carnes del macho, pues ya sólo quedaban las alas y algunos restos espinosos, demasiado duros para servirle de alimento.

Salieron de la cabaña sin decirse una sola palabra. La mañana estaba brillante y todo en el mundo seguía igual. Marcos subió a la camioneta después de revisar las llantas y tomar agua tibia de su botella. Salomé le deseó un buen viaje. Marcos se le quedó mirando desde la cabina, como si después de tantos años aún no supiera quién era ella en verdad. ¿Tienes algo que darme? Salomé le entregó un sobre amarillo. Dile a papá que no se preocupe demasiado; no tengo prisa en irme de aquí.

Marcos tampoco tenía prisa en volver.

Teoría de parques y jardines

En aquellos días no parecía haber futuro. Fue uno de esos periodos en los que la gente de una nación, gustosa, hace de lado a lo civilizado y se permite regalarse cualquier arrebató. El castillo y la fortaleza, alguna vez sinónimos de la monarquía y el poder, pasaron a ser el rostro del refugio y el miedo, aunque se vendieron a todas esas personas como símbolos de la afluencia económica y el alto nivel social. La mercadotecnia, se sabe, funciona así y varias fueron las agencias inmobiliarias y constructoras que lucraron con el escape de familias aterradas por los cadáveres que se amontonaban en las calles de aquella ciudad. Huían a las periferias, rumbo a las nuevas torres residenciales o los complejos amurallados que surgían de la nada cada dos o tres semanas.

Aquellos eran proyectos miserables con nombres como Naturaleza, Senderos del Bosque o Flores del Vergel. Terrenos vastos en los que se

levantaban casas insípidas que sólo se diferenciaban unas de otras por el color de sus fachadas, o por detalles sin importancia como el tipo de molduras alrededor de las ventanas. Según el enfoque económico de cada uno de esos diseños, ahí se apretaban entre cuarenta y doscientas casas, todas ellas resguardadas por una pared periférica de concreto, otras con enrejado eléctrico y algunas pocas, las más exclusivas, por un ejército privado.

Pero ése no era un negocio infalible y de vez en cuando ocurrían desperfectos. El dinero se malgastaba y la calidad de los materiales sufría, las fechas de entrega se adelantaban de improviso o la mano de obra era menos cuidadosa. La culpa, casi siempre, la tenían los mismos planificadores y sus intrigas de oficina, las ambiciones de las inmobiliarias y los malentendidos con los arquitectos que imaginaban esas construcciones tan viles. Nadie, desde luego, admitía su papel en esos asuntos y de esa forma la ineptitud de los pocos fastidiaba el bienestar de los muchos.

Fue gracias a un descuido de este tipo que uno de aquellos complejos amurallados quedó sin espacios verdes. Se llamaba Sauces del Valle Escondido y era una agrupación de cubos blancos y grises conectados por una cuadrícula de calles. En su centro, en lugar del parque prometido por las imágenes digitales en los cartelones de venta, había una mancha inmensa de tierra café y roja, que en el verano de ese año se filtró por las grietas de las paredes para asentarse al fin en las habitaciones y las bañeras de todas las casas.

Eso fue un escándalo, pues no era la arena milenaria de un desierto africano o de otro lugar exótico, sino el descuido de unos adinerados irresponsables. Después de discutirlo con representantes legales de la empresa detrás de ese fracaso, los vecinos obtuvieron

un reembolso por el parque ausente. Además de eso, los socios constructores prometieron hacerles llegar los contactos de algunos especialistas en paisajes, gente que podría hacer algo de provecho con toda esa colección de tierras. Incluso les aseguraron que podían llegar a un acuerdo para solventar parte de los costos que el nuevo proyecto exigiría, pero eso fue algo que nadie quiso creer.

Los vecinos, que eran tan ingenuos como democráticos, decidieron que ellos mismos solucionarían el problema. Tras hablarlo durante varias reuniones, café y disgustos, concluyeron que lo mejor sería organizar un concurso en el que el mejor parque sería elegido de entre las propuestas de cuatro voluntarios creativos que vivían en esa comunidad. Dos de ellos, arquitectos jóvenes y arrogantes como lo son todos en esa profesión, pidieron que la elección se acatara al juicio y rigidez de un comité técnico, tal vez creyendo que de esa manera tendrían ventaja sobre los otros dos participantes: una artista ya mayor, dedicada al diseño de fuentes y mobiliario público, y Alberto Landa, un profesor de pintura distraído y triste, con una debilidad por los jardines, el senderismo, los paisajes góticos y cualquier otra cosa que le ayudara a olvidar que vivía en ese país tan desgraciado.

Después de acordar los criterios de selección, se decidió que las propuestas se entregarían en dos meses. Los arquitectos, acostumbrados a la presión y las fechas límite, comenzaron a trabajar esa misma tarde con sus ideas y los primeros bocetos. La artista, menos preocupada por la velocidad del tiempo, se retiró al silencio de su casa y permaneció hasta ya entrada la noche buscando inspiración en sus propias inquietudes. Alberto, que ignoraba la magnitud de la responsabilidad que él mismo se había ofrecido a tomar,

continuó leyendo una novela de Wilkie Collins que había iniciado tres días antes.

No fue sino hasta después de dos semanas, un día en que una de sus alumnas le mostró las acuarelas de algunos jardines que había visitado con sus padres en la Capital, cuando Alberto se percató de que no había pensado aún cómo sería posible diseñar el parque comisionado por los vecinos. No sólo eso, tampoco tenía idea de qué era en realidad lo que debía hacer. El paisajismo y la jardinería, como el arte, pensaba él, son más que la representación de lo real; son interpretación. Y aunque Alberto lo sabía todo sobre la interpretación del mundo en un lienzo o un papel, ignoraba la clase de abstracción necesaria para ordenar árboles, pastos y arbustos en una imagen de la naturaleza domesticada que no fuera vulgar y corriente.

Visitó la biblioteca de la escuela en la que enseñaba. Encontró libros gruesos que dolían de sólo cargarlos, manuales fotográficos que detallaban cada aspecto de la vida vegetal, planos técnicos imposibles de entender, listas con los nombres de diversas especies arbóreas, sus climas y sus plagas, estudios sobre tipos de tierras y su salinidad. Aquello que antes le había parecido tan libre, era en verdad una ciencia, y le frustró saber que jardineros ilustres, como André Le Nôtre y Lancelot Brown, habían sido, además de paisajistas, expertos en óptica, matemática, botánica e ingeniería, un currículo que un simple dibujante y pintor como él, se apuñaló, apenas podía soñar en superar.

Trabajó con lo que conocía. Hurgó en la sensibilidad de románticos y victorianos y eso resultó en dibujos de iglesias en ruinas comidas por la maleza, jardines ingleses y fantasías pastoriles. Comenzó a planear entonces una abadía descuidada que sería

construida sobre aquel lote de tierra roja; la cubrirían de musgo y estaría habitada por vagabundos traídos de las calles. Eso daría a su propuesta no sólo autenticidad estética, sino también el enfoque social que siempre se espera de toda gran obra. Por desgracia, pensó, la gente en ese tipo de comunidades privadas tiende a temer a quienes malviven al otro lado de sus murallas, algunas veces les llamaban bárbaros, y no sería fácil convencerlos de alojar en su interior al menos a dos de los más inofensivos. De igual forma sabía que el anacronismo de su propuesta, por muy acertada que a él le pareciera, era contraria al gusto de sus vecinos por todo lo inmediato y moderno. Guardó entonces sus dibujos en varias cajas y se resignó a la melancolía de todas las cosas que nunca podrán ser.

Desde que era adolescente, Alberto se consideraba un personaje trágico atrapado en la novela equivocada. En secreto deseaba convertirse en el protagonista de una de esas tramas fantasmagóricas que tanto le gustaban, pero la vida se había encargado de frustrar esos anhelos. Su mayor desgracia fue ser el único descendiente de un matrimonio al que jamás se le acabaría el dinero. Tuvo la libertad de estudiar lo que fuera en cualquier universidad, viajó por América, Australia y Europa, aprendió a hablar cinco idiomas y se defendía con otros dos. Cada mes recibía una pensión envidiable sólo por haber sido hijo de sus padres, y la única razón por la que trabajaba era para tener algo provechoso por hacer. No le debía nada a nadie, todos los días comía bien. Lo único que le faltaba para ser feliz era la miseria y la condena metafísica.

El problema de jardinería en el que se había metido, le pareció, podía ser el germen de una tragedia pequeña. Lo tomó como una amenaza existencial, pues presentarse sin una propuesta de

parque al jurado de vecinos y expertos invitados le haría quedar como un imbécil. Lo considerarían un fracasado, un despreciable, como un leproso incluso, y no podría volver a salir de su casa sino hasta que se escondiera el sol. Fueron ideas que le preocuparon y animaron por igual y sólo pudo olvidarse de ellas cuando comenzó a hacer su maleta, pues pasaría la semana de vacaciones con su primo Eusebio. Eso sería una distracción, y tal vez el nuevo ambiente inspiraría en él lo necesario para diseñar un jardín más acorde a los gustos y usos contemporáneos.

Dos días después llegó a San Onofre, y su primo, un rubio de orejas como abanicos, lo esperaba en el aeropuerto. Bienvenido a Teranserí, dijo, como si se tratara de una experiencia nueva y emocionante, aunque no era la primera vez que Alberto visitaba aquel país. Dejaron el equipaje en su apartamento, minúsculo, y después fueron a cenar a una pescadería en el puerto. Luego caminaron en silencio rumbo al centro, a un bar donde Alberto tomó sólo agua con gas mientras que Eusebio reunía el valor que podía de toda la cerveza que no dejaba de tomar. Le dijo al fin que lo sentía mucho, pero tendría que pasar las vacaciones solo, pues por la mañana él se iría a Portugal con una mujer que había conocido hacía no mucho. Muy guapa, de mucha clase, en verdad; ya verás cuando la conozcas.

Aquella noticia a Alberto no le incomodó demasiado, siendo él una persona que siempre había preferido la soledad. Al otro día despertó temprano; había dormido en un sofá cama donde le fue imposible descansar, y los ecos con los que se encontró en ese apartamento tan pequeño le hicieron sentir como si caminara de pronto por una caverna. Sobre el comedor había una nota en la que Eusebio le pedía disculpas de nuevo y suplicaba que no pensara mal de

él por no haberse despedido, pues no lo había querido despertar. También le dejaba copias de las llaves y los números de la policía, hospital y bomberos, además de un dinerillo, lo escribió así, por si lo necesitaba para algo. De todos los insultos de su primo, aquél fue el que más le ofendió.

Esos primeros días Alberto los llevó en silencio. Caminó por las periferias y las callejuelas de la ciudad vieja. Subió al Diente del Santo, el monte más elevado, y desde ahí estudió con binoculares la fachada de la catedral, las plazas, los monumentos y las playas, ya que detestaba mezclarse con los demás turistas. Peregrinó entre museos olvidados y librerías llenas de polvo, y compró ediciones inglesas y anotadas de cuentos de Le Fanu y Machen que encontró en la Albion Bookstore. Por las noches volvía al apartamento a preparar algo para la cena y no dormía sino hasta dos o tres horas antes del amanecer.

Fue a mitad de semana cuando aceptó que había hecho lo posible por no pensar en el parque. Eran sus vacaciones y no debía malgastarlas en problemas o proyectos, o al menos de eso intentó convencerse. En realidad, el problema era que no sabía por dónde comenzar: si primero debía trabajar con un concepto o si era mejor imaginar antes un paisaje para después llenarlo de significado. Ignoraba qué era lo que se esperaba de un parque moderno, y admitió a su pesar que tal vez la predilección por los paisajes solitarios y las ruinas románticas era sólo una preferencia suya y no la falta de gusto de los demás.

Una tarde visitó los jardines botánicos, allá en las colinas, más por curiosidad científica que por necesidad de diseñador. Fue un paseo poco interesante, y nada de lo que vio ahí le inspiró una idea

original para la planeación del parque que necesitaban sus vecinos. Los jardines, leyó en una placa, eran una colección de montículos elevados sobre los cimientos de una fortaleza que había sido destruida en la Segunda Guerra de Independencia, durante un combate en el que murieron un par de capitanes, algunos soldados, varios sacerdotes y cientos de campesinos.

Todo eso le pareció una desgracia, pues no entendía cómo un lugar tan insípido como ése podía crecer sobre las ruinas de un evento tan siniestro como aquél. Qué triste le pareció entonces el mundo, pero no había nada que él pudiera hacer, siendo un simple dibujante como era, menos que polvo en el ojo de Dios. Pasó el resto de las horas vagando por entre los árboles, preocupado en pensar cualquier otra cosa que no fueran sus inquietudes.

En algún momento dio una vuelta no marcada en el recorrido. Dejó atrás el adoquinado y pisó tierra; se hizo camino a través de la maleza y encontró un pino imponente que miraba hacia abajo, al puerto y el Atlántico, que a esa hora se confundía con el cielo. Se recostó contra el tronco; la brisa lo relajó. Poco después siguió caminando hasta que encontró una muralla amarilla, alta como una casa, sobre la que se asomaban las copas de árboles. Recorrió su circunferencia en busca de grietas o agujeros por los que se pudiera asomar, pero no encontró defectos en la albañilería. Al otro lado podía escuchar cascadas, ríos y el canto de los pájaros. También percibía el aroma del pasto, las flores y el susurro de bestias. Pensó que se trataba de un jardín privado, ordenado en diversos niveles, con plazas y caminos secretos adornados con fuentes y esculturas. Caminó así por un rato, construyendo imágenes de lo que podía haber detrás de la muralla, hasta que se dio cuenta de

que debía estar dando círculos, pues llevaba días andando sin encontrar acceso. ¿Quién podría tener tanta codicia para construir un jardín como éste, oculto a los ojos de todos? Pensó en gobernantes, en reyes y emperadores, pero incluso los monarcas de este mundo disfrutaban de mostrar a los siervos el tipo y la cantidad de sus riquezas. Luego pensó en otros órdenes de poder, en tronos y dominios, en principados y potestades, en el Logos y el Numen. Tal vez éste es el primer jardín, pensó, ese al que ya no podemos regresar. Reflexionaba sobre eso cuando al fin encontró una puerta negra, sin detalle alguno. No tenía cerradura, tampoco pomo, y no parecía haber forma de abrirla. Se escuchó un silbido a lo lejos, creció, se hizo un estruendo y Alberto despertó. Abajo, en el puerto, un crucero llegaba. El viento estaba frío y la luna hinchada de luz.

Alberto supuso que habían pasado ya algunas horas y a su alrededor no se escuchaba nada ni nadie. Encontró el camino de vuelta a la entrada principal, pero eso fue lo único que encontró ahí. Ni siquiera un guardia nocturno, y cuando se dio cuenta de la altura del enrejado que lo separaba del exterior, supo que pasaría la noche ahí. Compró una botella de agua y una bolsa de dulces en una máquina expendedora que brillaba azul en una esquina. Esperaba que el ruido de la transacción alertara a alguien sobre su estado, y se sintió estúpido por pensar eso. Se resignó entonces a esa suerte, buscó dónde esperar el paso de las horas e intentó recordar el jardín con el que había soñado.

Un encargado de limpieza lo encontró por la mañana, acostado entre los geranios y los helechos. Alberto le explicó lo sucedido, describió el pino y la vista de la ciudad, consciente de que todo eso sonaba improbable. Pero el conserje le escuchó sin decir una sola

palabra; se rascaba el bigote y las arrugas del rostro. Aquel hombre debía estar acostumbrado a encontrar en su trabajo situaciones como ésta y ya nada podía sorprenderlo. O tal vez estaba cansado de la vida y contemplaba lo absurdo del Todo en la historia estrambótica que Alberto le contaba. De cualquier forma, Alberto se disculpó de nuevo con el hombre y se marchó al apartamento de su primo sin detenerse en dar explicaciones a los guardias en la entrada ni a la muchacha de las gafas que le miraba detrás de la taquilla.

Pasó el resto del día haciendo bosquejos de la muralla de su sueño y los paisajes que imaginaba al otro lado. Jardines colgantes sostenidos por sistemas de cadenas, explanadas rodeadas de esculturas y buganvillas, anfiteatros cubiertos de enredaderas y flores espinosas, torres sumergidas en lagos, envueltas con algas y habitadas por monstruos de agua dulce. Ya entrada la madrugada el hombre hizo que abandonara su trabajo, y mientras cenaba un plato de cereal se acordó de que debía hacer la maleta, pues al otro día tomaría su vuelo de regreso a casa.

Pero el recuerdo de sus responsabilidades le desanimó, y la poca claridad mental que había logrado hasta entonces desapareció en el momento. Su lápiz se volvió como una piedra que no encajaba en la mano, las hojas de papel se quedaron vacías. Sintió orugas dentro del cuerpo, salió corriendo a la calle con la excusa de encontrar la inspiración que acababa de perder, pero en realidad se trataba de angustia. Afuera sólo encontró el cristal, el concreto y la luz eléctrica de las nuevas urbanizaciones, los pasos suaves de los demás insomnes, las burlas de los vagabundos y las risas de las prostitutas que le lanzaban besos y sugerencias. Regresó al apartamento después

de que saliera el sol, se desnudó y cayó sobre la cama. Fue un sueño cansado en el que no vio nada, y si lo hizo, lo olvidó.

Dos días después su primo regresó de las vacaciones. Encontró acuarelas de jardines en la sala y dibujos a carboncillo en el comedor. Alberto descansaba en la terraza, atento a las maniobras de las gaviotas en el cielo y no supo cómo reaccionar cuando Eusebio le preguntó qué era lo que hacía él ahí. Primero le dijo que había olvidado la fecha de su vuelo, después que lo perdió. Luego le dijo que aún no había terminado de ver todo lo que la ciudad tenía por ofrecer y al final admitió que, en realidad, no quería irse todavía y preguntó si era posible pasar algún tiempo más con él.

Aquello debió molestar a Eusebio a juzgar por su gesto, pero, a pesar de todo, seguían siendo familia y desde luego que podía quedarse todo lo que quisiera, incluso. Entre ambos recogieron las acuarelas y dibujos y lo guardaron todo dentro de cajas robustas que Alberto no tuvo idea cómo podría transportarlas dentro del avión cuando decidiera volver a su país. Luego salieron al mercado y compraron lo necesario para darse una gran cena por la noche. Hablaron de varios asuntos, casi todos relacionados con las vacaciones portuguesas de Eusebio y poco con las impresiones de Alberto sobre San Onofre. Sólo ya cuando estuvieron de vuelta en el apartamento tocaron de nuevo el asunto de la estancia de Alberto. Su primo le aseguró que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, o al menos hasta cuando su visado se lo permitiese, y si necesitaba alguna cosa en especial, lo que fuera, sólo debía pedirla. Mejor que todo aquello, Eusebio sonaba sincero de verdad. Fue un trato, una sorpresa, que Alberto no esperaba. Pensó que tal vez, gracias a esa crisis del espíritu creativo por la que pasaba, la relación entre ambos se fortalecería incluso más.

Entonces llegó Viviana. Era alta como ellos, con el cabello hasta la cintura y no se cansaba de hablar. Miraba a Alberto con la piedad falsa con la que se mira a un perro de la calle, exageraba sus cariños con Eusebio, le llamaba con diminutivos ridículos y no lo dejaba de manosear. Hemos pensado que lo conveniente es vivir juntos, anunció más tarde durante la cena. La paternidad es complicada y lo más sensato es que primero nos conozcamos mejor. Eusebio sólo reía, una de esas risas a mitad de camino entre el tedio y la desesperación.

Ésa fue una semana que a nadie agradó. Eusebio trabajaba hasta las siete de la tarde en una oficina de contaduría y luego se demoraba dos horas más en un bar. Viviana no abandonaba el apartamento; caminaba de una habitación a otra como si no tuviera nada más importante por hacer: golpeaba las puertas, encendía la aspiradora, hablaba por teléfono durante horas con sus amigas y su madre. Cuando Alberto volvía de sus paseos encontraba algunos de sus dibujos manchados de comida o esmalte de uñas, algunas veces en otro sitio o incluso no los encontraba del todo. Perdóname, decía ella, debí haber limpiado y los tiré a la basura sin querer. Pero son sólo dibujitos, ¿no? Si pudiste hacerlos una vez, puedes hacerlos dos, ¿verdad? Por las noches, cuando cenaban los tres, a Viviana le gustaba hablar sobre amigos suyos que tuvieron que deshacerse de sus mascotas el día en que sus novias se mudaron a vivir con ellos. Fantaseaba sobre lo agradable que sería vivir en un lugar más amplio. ¿Verdad que sí, Eusebito? ¿No crees que sería lindo tener más espacio para nuestras cosas? ¿A qué no, Eusebín? Cuando terminaban de comer, mientras Alberto lavaba los platos, Viviana arrastraba a Eusebio hacia la habitación, desde donde se escuchaban quejidos y maldiciones. Una mañana, Eusebio le pidió a Alberto que lo

acompañara a la oficina, pues le dijo que quería mostrarle el lugar donde trabajaba, además de otras cosas de interés. Tomaron la ruta panorámica con vista al Atlántico, después cruzaron despacio el Paseo Marítimo, entre los grandes hoteles y casinos, donde Eusebio no dejó de comentar sobre lo guapas que eran las turistas belgas y francesas y lo barato que era el alojamiento ahí. Tan barato, que Alberto no lo podría creer, se lo repitió una y otra vez. Finalmente, se despidieron después del almuerzo y Alberto le agradeció a su primo toda su atención y ayuda. Caminó de vuelta al apartamento, empaqué sus cosas y se marchó. Pensó en despedirse de Viviana también, sólo por educación, pero por primera vez en esos días ella no estaba en casa.

Por la tarde encontró una habitación en un albergue en ruinas cerca del barrio religioso, a faldas de la Colina del Santo. Tenía su propio baño, un escritorio que crujía sin excepción a las tres de la madrugada y vista a un patio interior decorado con basura, polvo y plantas secas. Podía pagar algo mejor, un sitio acorde a sus medios, pero se había convencido de que encontraría la inspiración jardinera en un lugar aislado como ese claustro. Envío un correo electrónico a la administración de la escuela donde trabajaba. Les informó que no podía salir de Teranserí a causa de una inexistente crisis política que había colapsado los aeropuertos; no sabía cuánto tiempo tardaría en regresar, así que lo mejor sería que no lo esperaran ni un día más. A sus padres les escribió una carta, de tinta y papel, sin remitente, en la que les prometió que regresaría cuando sintiera que era lo correcto.

Para ese entonces, Alberto había perdido ya los parámetros del proyecto para el parque de los vecinos. No recordaba las dimensiones del terreno, ni las fechas en que se entregarían las propuestas.

El diseño de jardines, para él, se había vuelto la manera de llegar a un ideal que existía independiente de las necesidades prácticas de un espacio público, una forma de encontrarse con el Absoluto. Jardinería por amor a la jardinería. Dibujaba mandalas de cipreses, colinas de musgo escalonadas, poliedros hechos de flores. Trabajaba hasta que le ardía la mano y dormía cuando las noches daban paso a las mañanas. Esperaba un día encontrarse de nuevo con ese jardín que imaginaba perfecto tras la muralla que había visto en sueños.

No abandonó el albergue durante las primeras tres semanas. Salía de su habitación sólo para comer lo que preparaba la casera y tomar algo del poco sol que caía en el patio. Su aspecto era despreciable y nadie hubiera sospechado que bajo esa barba llena de grasa y cabello enmarañado había un artista cuyos fracasos de ninguna manera invalidaban su sensibilidad. La casera, enorme y supersticiosa, lo tomó del cuello una tarde en la que se toparon en uno de los pasillos interminables del albergue, y le dijo que no sabía de dónde alguien como él sacaba dinero para pagar el alquiler, pero más le valía que no fuera con drogas, mujeres o armas, pues aquél era un negocio cristiano. Alberto, que siempre fue sumiso y cobarde, no supo cómo explicarle que él era un hombre rico, o que al menos lo eran sus padres. Ofreció dar clases de dibujo a los demás inquilinos, así probaría que era una persona honrada que podía ganar un sueldo, aunque nada de eso le dio réditos. A la gente que suele hospedarse en lugares como ése no le interesa recibir lecciones de ningún tipo, mucho menos en las sutilezas del arte, por lo que Alberto pasó a tomar algunas labores de mantenimiento para así estar del buen lado de la casera.

Pintó las habitaciones de azul y blanco, desempolvó los corredores y dio orden al patio. Luego se encargó de lavar sábanas, cortinas y almohadas. Dos meses más tarde pasó a ocupar un cargo oficial dentro del escaso personal de limpieza. Era un trabajo mecánico que le daba la libertad de imaginar parques y jardines sin la responsabilidad de pasar el día entero frente a una hoja o lienzo. Dibujaba por unas horas cuando se retiraba a su habitación y éstos fueron los momentos más productivos de aquel periodo de su vida. Algunas de sus acuarelas sirvieron para adornar la sala y la recepción del albergue. Incluso la casera vendió algunas de ellas a espaldas de Alberto, aunque tal vez se arrepintió al recordar la cantidad de trabajo que él hacía por ella, pues al final le entregó el diez por ciento de las ventas.

Una tarde, cuando parecía que se había olvidado del mundo, Alberto salió del albergue. Eran finales de septiembre, pero las calles y plazas del barrio religioso en aquella colina parecían haber quedado en la primavera. Tomó café en una pastelería administrada por la orden de las Hermanas Hospitalarias, y por primera vez en mucho tiempo no pensó en jardines. ¿Qué hacía él ahí y dónde estaba su casa? Recordaba a sus padres, una vida acomodada, obligaciones como profesor de pintura en una escuela de señoritas en un país sangriento, ¿pero en cuál de todos?, si incluso en los que hay paz se asoma la posibilidad de la guerra. Continuó caminando por la colina y disfrutó de la calma, las sombras y el incienso. Pasó por capillas insípidas, cementerios embrujados e iglesias construidas sobre los altares de dioses más viejos y espantosos que el del Antiguo Testamento.

En la cima, detrás de un bosquecillo de abetos, encontró una muralla color ocre. No tenía fisuras ni orificios por los cuales

espiar el otro lado, y los ojos ardían de sólo verla brillar bajo el sol. Aceleró el paso, impaciente por conocer al fin el sitio con el que había soñado bajo el pino en los jardines botánicos; parecía tanto tiempo ya. Llegó a la puerta negra sin detalles, sin pomo ni cerradura, y llamó durante quince o veinte minutos, pateando, golpeando, pidiendo a gritos que en nombre de Dios le abrieran, por favor. Entonces la puerta crujió y se asomó un viejo de aspecto tan deplorable como el de Alberto, vestido con un hábito amarillo desgastado por el sol.

—¿Qué es lo que quiere?

—Déjeme ver su jardín.

—Mejor lárgrese.

Alberto le explicó quién era, le habló de jardines y la importancia personal del sueño que había tenido, pero nada de eso sorprendió al cenobita. Las puertas del monasterio, le dijo, se abrían sólo una vez al año, y eso había sido tres meses antes. Alberto preguntó si se podía hacer una excepción en su caso y el viejo, que parecía no haber reído en toda su vida, rio. Luego cerró la puerta y gritó desde el otro lado que no los volviera a molestar.

Regresó al albergue sin mucho ánimo, pero al menos con la seguridad de lo que debía hacer a continuación. Tomó un baño caliente en el que se demoró un par de horas y al otro día buscó una peluquería. Ahí charló de todo lo que se le vino en mente, mientras el peluquero se demoraba en dar forma a todo ese cabello, una mata musgosa desde la que sólo se asomaban los ojos de Alberto. Por el peluquero supo que el monasterio se abría al público cada doce de junio, el primer día de las fiestas del santo patrón de la ciudad, el mismísimo Onofre. Pero no espere encontrar algo interesante ahí

dentro, dijo el peluquero. Detrás de esas piedras sólo hay hombres mudos y depravados.

Después de su corte, vagó por la ciudad toda la tarde. Fue a la playa para ver a los turistas, visitó un museo y quiso comprar un libro en la tienda de regalos, pero su tarjeta fue rechazada. Más tarde revisó el balance de la cuenta y la encontró en cero. Sus padres, que tal vez lo creían muerto, o sólo por darle una lección, habían dejado de consignar su pensión mensual. En otras circunstancias aquello le hubiera molestado, incluso aterrado, pero ganaba suficiente con su trabajo en el albergue para solventar las necesidades básicas de su estancia.

A partir de entonces, Alberto salió de ahí sólo para dar paseos de quince minutos o para comprar materiales de dibujo, casi siempre de calidad pobre. Ya había olvidado todo sobre la supuesta importancia del concurso del parque, la verdadera razón de su exilio, y sólo le daba curiosidad saber quién, de entre los dos arquitectos arrogantes y la artista vieja, había ganado el primer premio. Aun así, continuó imaginando parques y jardines. Sus propuestas se hicieron más teóricas, derivadas de ese jardín del Edén que imaginaba tras la muralla del monasterio. Los días se volvieron un tedio tolerable gracias a la certidumbre de saber que lo visitaría al concluir ese periodo de espera. Sus acuarelas también le sirvieron, al menos como distracción durante los momentos de insomnio.

Una de esas noches, la casera, que tampoco dormía, lo invitó a tomar una copa de vino y a picar salchichas en el comedor. Había seguido haciendo algo de dinero con las acuarelas que Alberto colgaba en las estancias, estaba contenta con su trabajo y le agradaban sus esfuerzos por seguir decorando con sus imágenes las paredes del

albergue. Pero lo único que veo son jardines, dijo con un movimiento de sus manos enormes, como si así abarcara el lugar entero. ¿Por qué no hacía algo más vistoso? ¿Por qué no paisajes de castillos o casas de campo o bailes de gala en el Palacio de los Poderes? ¿O por qué no retratos de ella, que había sido hermosa cuando joven, la envidia de todas sus amigas y cortejada incluso por uno de los hijos del rey? Alberto se le quedó mirando por un momento. Apresuró el vino y dio una explicación rebuscada sobre el arte y las preocupaciones estéticas. Tiempo después, ya de vuelta en su habitación, se arrepintió de esas palabras. Primero, porque él se consideraba más un técnico mediocre que un artista verdadero. Segundo, por haber ofendido a la mujer. Culpó al alcohol por haber dicho todo aquello, pero por la mañana continuó sintiéndose engreído y arrogante. Se deshizo de su libreta de bosquejos, desgarró las acuarelas que faltaban por terminar. Desde entonces ya no dibujó más.

Actuó así no por un sentido de la vergüenza, sino por la insatisfacción que comenzaba a sentir por el medio. El lápiz, la tinta, los pigmentos, las miserables dos dimensiones del lienzo y el papel. Descubrió, como hicieron otros tantos antes y después de él, que los fantasmas que se esconden dentro de uno mismo rara vez salen al exterior. Que la intención y la fuerza de lo imaginado nunca es como uno espera, ya sea por las limitaciones del intérprete o por la misma banalidad del mundo que pudre hasta los sueños más vigorosos y siempre ha sido un sustituto deficiente de la experiencia interior.

Pasó entonces a escribir, creyendo que tal vez encontraría así una excepción a esa regla. Comenzó con cartas que jamás enviaría a sus padres, a las mujeres con las que fantaseaba y a los amigos que nunca tuvo. Ahí les hablaba sobre jardines secretos, parques

en el interior de torres medievales, valles enteros configurados por leyes matemáticas según los diseños de paisajistas ilustres con los que había hablado durante sus viajes. Luego dejó la pretensión de la epístola y comenzó a describir todos esos lugares ficticios en un diario. En Praga, escribió, había visitado un jardín en forma de cubo, construido con fresnos entrelazados. En Moscú visitó un parque con un palacio en su centro, y dentro de ese palacio había otro parque con un palacio en su centro, y dentro de ese otro había también otro parque con un palacio en su centro, y así como una matrioshka mística.

Después de unos días de aquello, Alberto dedujo que sus esfuerzos no eran suficientes, pues un jardín necesita de gente para validar su existencia. Durante los siguientes meses comenzó a poblar uno de esos jardines ficticios con los dramas literarios de un matrimonio de la clase media. Días de campo con los niños, discusiones bajo un árbol, malentendidos, encuentros a media noche de la mujer con otro hombre. El esposo que, luego de esperar la oportunidad, estrangula al amante de su esposa y lo entierra tras los rosales. El jardinero que, por una de esas casualidades que existen sólo para justificar una trama rebuscada, no sólo es testigo del crimen, sino también tiene un rostro idéntico al de la víctima. Luego ocurren las apariciones del jardinero mientras el esposo se relaja por las tardes en el parque. Aún no ha logrado procesar el crimen que ha cometido, y la presencia del jardinero, imagen viva de su víctima, lo turba. Cree que es perseguido por el fantasma del muerto o sólo tal vez por su propia desazón que ha tomado esa forma para castigarlo. Al fin una tarde, el jardinero, que tiene las manos toscas y llenas de callos como lo exige su oficio, lo enfrenta. Se hace

pasar por el alma en pena del difunto. Acusa al asesino de mancharse las manos con su sangre y después lo amenaza: si no quiere peores tormentos lo mejor será que dé un donativo al estado para el mantenimiento de ese parque tan descuidado. Y el esposo, crédulo como cualquier católico, contesta que sí, desde luego, claro que sí, que es lo menos que puede hacer por la memoria del hombre al que ha matado. Luego de ese encuentro le siguen secciones extensas en las que el jardinero explica la configuración de un parque perfecto, habla de la historia natural de cada especie de árbol, flor y pasto. Página tras página de argumentos, la importancia de la sombra, de la luz, del abono, de las herramientas indicadas para una buena poda, la importancia de los monocultivos, cómo deshacerse de las plagas. Pone en términos exagerados las bases de su teoría sobre parques y jardines, recita la Biblia, recuerda la dominación del hombre por mandato divino sobre todo lo que se encuentra en la Tierra. El esposo se pregunta cómo ese espectro sabe todo eso si en vida aquel hombre con el que se escapaba su esposa era sólo un contador obsesivo; uno de esos que permanecen hasta tarde en la oficina y no le quedan ánimos de hacer otra cosa que no sea inmiscuirse con las mujeres de los demás. Una noche, el esposo vuelve tras los rosales para exhumar el cadáver. Lo que encuentra le aborrece, pero se da cuenta de que ese cuerpo sin vida que su esposa prefirió sobre el suyo tiene unas manos pequeñas, delicadas incluso, a pesar del resto de la carne corrupta. Sospecha entonces lo que ha ocurrido, aunque le parece demasiado fantástico para ser cierto. En eso aparece el jardinero con su sonrisa triste. Todo jardín, le dice, es fantasía de hombre. El cuidado cosmético de una parcela de tierra hace bien en mantener distancia con los estragos del tiempo.

Todo jardín, le sigue diciendo el jardinero al esposo, es una vanidad, sí, pero también un recordatorio de la muerte, pues ¿cuántas arañas, lombrices, escarabajos y huesos de animales y hombres no hay enterrados en los campos del mundo, bajo los pies de todos nosotros? Entonces el jardinero se le echa encima al esposo y le revienta la cabeza con dos o tres golpes de su pala. Bajo la luna lo en tierra tras los rosales junto con el cuerpo del amante, luego se lamenta por la falta de donativos que condenará de nuevo a ese parque al descuido. Con los siglos los árboles se pudren, las plantas se marchitan, pero en ese trozo de tierra que cubre dos esqueletos secos, las rosas son las más fuertes y numerosas.

Esa ficción, en un principio, le pareció a Alberto fantástica, genial incluso, pero al igual que en la pintura y el dibujo, se dio cuenta de que en la escritura también las intenciones son siempre superiores al resultado. Sus diálogos eran torpes, las analogías obtusas, el simbolismo demasiado obvio o tan oculto que parecía ausente. Además, sus pretensiones literarias habían tomado más la forma de una fábula que el tratado de jardinería filosófica que tenía en mente. No sólo eso: durante el repaso de sus notas descubrió que en muchas ocasiones no entendía su propia letra, seguramente llevada por la rapidez de la emoción creadora. Páginas enteras, capítulos completos, ilegibles.

Sólo después de una lectura paciente, encontró escondidas entre las líneas de texto las impresiones del jardín amurallado con el que soñaba, el del monasterio, según él. Las retomó y las pulió en un texto puro, libre de designios novelescos. Sólo descripciones de cortezas, hierbas, aromas, semillas, flores. Trabajó así y con el tiempo volvió a soñar con la muralla amarilla, los

árboles que se asomaban sobre ella. Eran visiones esporádicas, encuentros de sólo algunos minutos, casi imperceptibles.

El nuevo año llegó sin gloria ni desgracias, y nada importante ocurrió por algunos meses. El cielo sobre San Onofre amaneció sin nubes el 12 de junio, de un azul cobalto que dolía de sólo mirar. Desde las siete de la mañana las calles se llenaron de gente local y turistas extranjeros y nacionales, de trompetas y carros alegóricos, de niños con máscaras de moscas, buitres y hienas. Era el primer día de las fiestas del santo y las puertas del monasterio, recordaba Alberto las palabras del peluquero, permanecerían abiertas hasta la medianoche.

Guardó sus cosas en dos maletas, limpió la habitación y cambió la bombilla del baño. Tomó su desayuno en el comedor, acompañado de un par de viejos que habían llegado la semana pasada, gente que se guardaba del resto y prefería no decir nada a nadie. La casera apareció para servir el café y Alberto la saludó como a una abuela a la que no se ha visto en muchos años. Le dijo que a la mañana siguiente volvería a su país, pues creía que esa tarde concluiría con su búsqueda. La casera, que desde aquella conversación privada a luz del vino había mantenido una relación estrictamente profesional con él, le preguntó qué quería decir con aquello. Alberto no se lo pudo explicar sin parecer un demente.

A pesar de las celebraciones, encontró poca gente en el barrio religioso, sólo algunos hombres comprando máscaras para ellos o sus hijos y unos cuantos monjes que bajaban del monasterio para visitar a sus familias o predicar el fin del mundo; arrastraban los hábitos llenos de mugre, como sus cabellos y barbas, aunque los había también calvos y con el pecho al aire.

Alberto subió la colina. De vez en cuando descansaba bajo la sombra en una de las callejuelas empolvadas. De lejos le llegaba la música y el alboroto en la ciudad, que fue perdiéndose al llegar al bosquecillo de abetos en la cima. Ahí reposó un poco más. Esperaba encontrarse con algún monje, o quizás con alguien como él, camino al monasterio, pero lo único que encontró fue mirlos, urracas y cuervo capuchinos. Frente a él apareció la muralla, que bajo ese cielo parecía de oro opaco. La rodeó hasta dar con el portón abierto, siguió un pasillo iluminado con antorchas, giró a la derecha, luego a la izquierda y llegó a un anillo de tierra roja.

No había edificios o capillas ahí dentro, ni siquiera una cabaña. Sólo ese anillo, una franja de ocho o diez metros de grosor alrededor de una masa de árboles que parecían el recuerdo de una época prehistórica. ¿Era ése el jardín perfecto que había intuido en su sueño, y cómo podía serlo, si parecía más una selva mutilada? Algunos monjes dormitaban sobre la tierra, otros andaban sin rumbo o comían fruta. Unos cuantos lo miraban sin expresión y otros tantos con lascivia. Alberto los hizo de lado y desapareció entre los árboles.

Marchó hasta que sus pies se agrietaron, pero no encontró el otro extremo. Volvió por el mismo camino y tal vez dio un giro equivocado, pues no regresó al lugar de donde había partido. Se sentó sobre una roca manchada de moho y pensó que debía estar caminando en círculo, de otra manera estaría fuera. Continuó en una dirección cualquiera, convencido de que encontraría la misma piedra mohosa en caso de repetir el recorrido. Pero la noche comenzó a llegar, la roca no apareció de nuevo y los árboles no quisieron terminar. Más tarde escuchó un estruendo que lo sacudió de su automatismo. En alguna parte, la puerta del monasterio se había cerrado.

Tres días después seguía sin encontrar la salida del bosque. Llegó a un río que nacía de una cueva. Su camisa estaba desgarrada; la garganta era una bola de sal. Bebió hasta sentir calambres en el estómago, después durmió, aunque eso le ayudó poco. Soñó con un buitre negro que le veía desde el interior de la cueva, en la que había ropa y comida y mujeres como las que sólo se encontrarían en un palacio. Lo despertó el hambre, que hasta entonces había ocultado con algunas frutas que había encontrado por el camino, cosas pequeñas y ácidas. Fue hacia la cueva y en lugar de las riquezas con las que había soñado, encontró una liebre muerta, a medio roer por los carroñeros. La observó por un rato y se dijo que no lo haría, no se rebajaría a eso, aunque sabía que tarde o temprano tendría que ceder. Salió a explorar un poco, aún con la esperanza de encontrar el otro extremo del bosque, pero estaba cansado y aquello sólo servía para distraerle de lo que sabía que tendría que hacer. Más tarde volvió al mismo sitio. Temía que algún animal se hubiera llevado a la liebre, pero la encontró como la había dejado y de alguna manera eso lo decepcionó.

Era inútil engañarse. Se demoró buscando lo necesario para hacer un fuego. Ramas, hierba, trozos de su ropa. Después recordó que no tenía cerillas o mechero, ningún tipo de combustible con cual encender la fogata. Pensó en todos esos libros de aventuras y supervivencia que había leído, escritos por auténtica gente intrépida, pero de nada le sirvieron esos recuerdos, pues no se le ocurrió algo más efectivo que golpear piedras o frotar madera. Era posible que pudiera lograr las chispas necesarias o la fricción suficiente, pero las manos se le cansaban e ignoraba cuál era el mejor ángulo de acción. Ese era conocimiento antiguo, y como todo saber práctico, un misterio para él.

A falta de fuego, incapaz de seguir discriminando alimento, tomó a la liebre con ambas manos y la despellejó de la manera más civilizada que pudo. Aquello duró varias horas y cuando al fin terminó de hacerlo ya había perdido el apetito. Lavó el cuerpecillo en el río, aunque lo rojo de ninguna manera se le quitó. Lo envolvió con los restos de su camisa y de inmediato pensó en un sudario. Los árboles se cerraban cada vez más sobre él; le costaba reconocer dónde se encontraba, a pesar de llevar horas sentado bajo el mismo pino. Por la noche mordisqueó la pierna cruda de la liebre y engulló un poco de la carne. Su estómago pareció retorcerse; la piel se le erizó. No pudo seguir más con eso, llevó los restos del animal de vuelta a la cueva y se echó bajo el pino para dormir.

Siguió vagando durante los siguientes días hasta que sus pantalones se despedazaron y el cabello le cubrió el rostro. Pasó las noches sobre las copas de los árboles, donde imaginó constelaciones nuevas y cada mañana un cuervo le visitaba para llevarle dátiles. Aprendió a alimentarse sólo de frutas y semillas, pues la carne le daba repulsión. En un principio las bestias lo acosaron, pero después pactaron dejarlo en paz. Olvidó quién era, de dónde venía, incluso si alguna vez hubo una vida anterior a ésa. Su única obligación era encontrar alimento y eso cada vez era más sencillo. Pasaba las horas pensando en todas las cosas que había dentro del bosque y de su mente. Algunas veces corría y se revolcaba sobre el lodo, vociferando como un primitivo. Con el silencio olvidó su lenguaje, pero con el tiempo aprendió el de los pájaros. Le hablaron de un jardín perfecto más allá de la luna, uno inmenso que lo abarca todo, lo vivo y lo muerto. Un día, mientras reflexionaba sobre esto, encontró un esqueleto oculto tras una roca manchada de moho.

Levantó el cráneo y lo llamó Alberto, pues le pareció lo más apropiado.

Fue durante una de sus caminatas despreocupadas cuando al fin llegó al extremo del bosque. El viento incrustó la tierra roja en sus ojos; la piedra amarilla de la muralla lo cegó. Apenas había logrado asomarse un poco por entre los árboles cuando los monjes se percataron de su presencia. Se acercaron sin siquiera murmurar algo entre ellos, andrajosos, enloquecidos por el sol de los siglos, y aun así mucho más civilizados que ese salvaje peludo que acababa de llegar. Uno de ellos, el más joven, se desnudó. Dobló su hábito como si hubiera sido tejido con el cabello de un ángel y se lo ofreció.

Era pesado y áspero, irritaba la piel. Alberto lo arrojó como si le quemara y dijo algo, unas cuantas palabras que nadie entendió, aunque hubo quien afirmó que sonaba a copto. No por eso su voz los dejó de maravillar. Unos lloraron, otros rieron. Los hubo quienes cayeron de rodillas y otros tantos comenzaron a rezar. Entonces el cielo se oscureció con unas nubes plateadas, y al poco rato cayó sobre todos ellos una lluvia violenta.

Y mientras todo eso ocurría, Alberto caminó de vuelta al bosque interior. Dos de los monjes lo siguieron, pero el agua pesaba sobre sus hábitos y les fue complicado caminar. Los detuvo un rayo que cayó no muy lejos de donde estaban. Cuando al fin recuperaron la compostura reanudaron sin éxito la marcha. Después de un minuto o dos supieron que habían fracasado y volvieron sin prisa hacia sus hermanos, que los recriminarían, tal vez incluso flagelarían, por haber extraviado al santo.

Pliegues de papel

En los días inmediatos a mi primer divorcio me convencí de que nuestra ruptura había ocurrido gracias a una combinación de fracasos entre Alicia y yo, aunque hoy admito que toda la culpa fue mía. Ocurrió al final de una ambigüedad que se extendió más de lo necesario, interrumpida de tanto en tanto por las promesas de una reparación imposible en la que me gustaba pensar.

Al principio lo tomé como una eventualidad más, una de esas que ocurren de vez en cuando para mitigar la monotonía en la vida de las personas. Continué trabajando y durmiendo como si sólo la televisión me hiciera falta, y fue así que terminé por acostumbrarme de nuevo al silencio que había desaparecido con la llegada de otra persona. Era como si volviera atrás, a mis años de soltero, algo que no parecía tan malo, ya que antes del matrimonio estuve

siempre a gusto con mi propia compañía. No fue sino hasta que caí en cuenta que nadie me recordaba de sacar la basura, o colgar la ropa, cuando entendí lo que en realidad había ocurrido, y cuando eso se hizo obvio ya habían pasado tres o cuatro meses desde la separación.

Nuestros amigos, o más bien dicho los amigos de ella, conservaron una distancia que me pareció prudente y de respeto, hasta que deduje que en realidad lo que intentaban era mantenerse lejos de mí. No podía juzgarlos, pues creía que Alicia les contaba historias exageradas sobre mí, aunque supongo que con las verdaderas también hubiera bastado. Eran sólo sospechas con las que yo racionalizaba sus evasivas cuando les enviaba un correo electrónico para salir a tomar algo, o cuando averiguaba que todos se habían reunido sin avisarme en casa de esta o de aquella otra pareja. En parte fue responsabilidad mía; durante el tiempo que Alicia y yo pasamos juntos procuré pocas amistades que fueran de verdad mías, la mayoría pasajeras y sin importancia, aceptando sólo las que ella traía a la mesa. El vacío que yo sentía en las negativas a una noche de tragos y saberme excluido de las reuniones me molestaba, y eso a su vez era aún más inquietante, pues antes de Alicia yo no había necesitado de ningún tipo de amigo.

Papá quiso animarme con sus chistes sin gracia. En secreto yo esperaba que me dijera no pierdas la cabeza, hijo; pronto encontrarás a otra mujer, pero en ningún momento lo hizo. Mamá sugirió unas vacaciones largas con ellos, que a fin de cuentas mi habitación, me dijo, seguía siendo mi habitación. Pero volver, incluso por unos meses, no era algo que me interesara. Yo trabajaba medio tiempo como profesor de inglés en San Onofre, en un instituto de lenguas

donde nadie me agradaba, pero recibía un sueldo que era suficiente para mis ambiciones, además del dinero hecho en asesorías privadas. Era un tipo de elasticidad que no encontraría en casa de mis padres, o de vuelta en mi ciudad al otro lado del océano, en ese país del que ni quiero acordarme. No veía ninguna razón para estancar todo lo logrado hasta entonces sólo por la falta de alguien con quien compartir cama y techo.

Esos primeros fines de semana solitarios los pasaba leyendo o jugando ajedrez en internet, de vez en cuando con gente de Rusia o India, pero casi siempre contra un algoritmo rudimentario al que de cualquier forma nunca logré vencer. Sólo por las noches, cuando me cansaba de escuchar los ruidos del edificio donde vivía, salía a dar un paseo en bicicleta hasta llegar a la playa, donde perdía horas figoneando los pequeños dramas de la gente. Sólo cuando la noche comenzaba a clarear y los borrachos eran expulsados de los bares para tumbarse sobre la arena, era cuando volvía a casa.

Los regresos eran más largos que las idas a la playa, pues me desviaba para dar paseos por la ciudad vieja. Fue durante esas excursiones en bicicleta cuando comencé a poner atención a los anuncios que la gente gusta de colgar en los muros y las luminarias, anuncios sobre ayuda escolar o lecturas de tarot, sobre clubs de lectura, tardes de cine o sociedades de acción comunitaria. Fue un estudio de los mercados informales de servicios y cultura que me acompañó durante las cinco o seis semanas que duraron esos paseos de madrugada hasta que llegó el momento en que me fue fácil, no sé si por convencimiento o desesperación, tomar los datos de un grupo de apreciación musical que se reunía todos los jueves a las nueve de la noche en un aula de la Real Escuela de Música.

Asistí a dos sesiones antes de entender cuál es la clase de personas que se presentan a ese tipo de eventos. Estaban el hombre jubilado que hace el papel de abuelo para todos, el presumido que gusta hablar hasta de lo que no sabe y las muchachas tímidas y nada bonitas que se obligan a ir a cada reunión después del trabajo con la esperanza de encontrar novio. También estaban el adolescente prodigio, la madre insatisfecha que sólo quiere un momento para ella, los amigos que se conocen desde el bachillerato y la mujer guapa que aprovecha cualquier momento para recordar a los demás que ella sí está felizmente casada. Luego quedaba la gente como yo, nunca más de dos, los que están fuera de sitio y no quieren admitir por qué han ido ahí, los que hacen poco por conocer la vida de los otros y que a la hora de volver a sus casas arrastran los pies en silencio sin siquiera decir un buenas-noches-hasta-la-próxima. Ésa fue también mi experiencia con los clubs de lectura y cine hasta que me cansé de perder el tiempo y me resigné a la situación en la que me encontraba, pues mi propia compañía, quería creer, no debía ser tan mala. Entonces llegó el otoño y con el frío creciente y los días cortos acepté que la soledad a mediados de los treinta es muy diferente a la soledad heroica de los veinte.

Seguí paseando en bicicleta por las noches, ya que era preferible a dejarlas ir encerrado en el apartamento los fines de semana. Fue en uno de esos trayectos, acostumbrado ya a investigar los anuncios en las calles, cuando encontré uno que me llamó la atención, más que nada, por lo modesto que era: una hoja naranja que anunciaba en letra cursiva, a mano, clases de alemán con un profesor nativo, además de su teléfono y correo electrónico. Tomé la información, pues desde hacía años quería aprender otro idioma, un

proyecto que había postergado con excusas de todo tipo hasta que la buena intención quedó enterrada bajo el divorcio y mi ensimismamiento. En verdad no tenía ninguna preferencia lingüística y mi interés en la cultura alemana era inexistente, pero se trataba de clases particulares y en ese momento me pareció que ésa podía ser la mejor forma de hablar con otra persona que no fuera alguno de mis padres o mis propios alumnos.

Se llamaba Ulrich Ewers y vivía en la quinta planta de un edificio muy bien cuidado en la vía Áurea. La primera vez que hablamos para concretar una clase de prueba, su voz al teléfono me pareció la de alguien muy antiguo y cansado, aunque cambié de opinión el día en que nos conocimos. Su mano repleta de surcos se cerró sobre la mía y la dejó llena de calambres, sus pasos eran largos y se agachaba al cruzar las puertas que llevaban al estudio, donde me dejó esperando unos minutos mientras preparaba el café. No había espacio por dónde movernos con tantas cajas y libros por el suelo, aunque su escritorio era un modelo de austeridad. Volvió de la cocina y se disculpó por el desorden. En una mano llevaba una bandeja con dos tazas blancas; en la otra, una silla plegable que acomodó frente al escritorio después de que le ayudé a hacer un poco de espacio.

Teníamos el español y el inglés en común, pero como él había pasado tiempo en Australia, se sentía más cómodo con el inglés. A pesar de los años que había vivido en ese país, según me contó, su acento aún era demasiado marcado, demasiado germano, como si imitara a una parodia de un alemán en una película americana. Sobre su vida sólo me explicó que venía de Fráncfort y que había nacido a mediados de la Segunda Guerra, luego me pidió que le hablara un poco sobre mí, y cuando lo básico quedó entendido entre

nosotros, la clase comenzó. Yo no llevaba libreta de apuntes y me dio vergüenza pedir un lápiz y papel. Ulrich regresaba al inglés sólo para explicar algo o ayudarme a corregir mi pronunciación, pero no volvimos a tener una charla comprensible sino hasta una hora y media después, al despedirnos. A eso le vino la sensación nada agradable sobre cómo ese primer encuentro con otro idioma no había sido lo que yo había esperado, pues no creía siquiera haber aprendido al menos una sola frase básica de presentación.

Antes de irme le pedí permiso para usar el baño y me explicó la ruta con un exceso de indicaciones, como si el estudio se encontrara en el centro de un laberinto. A esa hora el sol se ocultaba por detrás de los edificios vecinos y el apartamento brillaba con una luz opaca y dulce. Seguramente di un giro o dos por donde no debía, pues en lugar de los servicios encontré una habitación azul en donde Ulrich guardaba piezas de origami sobre estanterías blancas: gaviotas, escarabajos y gorilas de varias formas y tamaños, caimanes, tarántulas, culebras y otras tantas figuras que no reconocí. No era una habitación amplia, pero las estanterías se extendían hasta el techo, adonde se podía llegar con una delgada escalera de madera. El origami era naranja y de pliegues abultados, y había varios espacios en las estanterías que resaltaban por estar vacíos. De haberme encontrado en otra situación de confianza, supongo que hubiera pedido a Ulrich alguna rana, o tal vez un pájaro, pues jamás había visto papel doblado de esa manera.

Cuando volví al estudio me disculpé por haber tardado tanto, pues los pasillos se prestaban a la confusión. Ulrich se alegró cuando mencioné lo que había visto en la habitación azul. Era un regalo para su nieta, me explicó, un bestiario de todas las formas de vida

con las que se había topado durante sus viajes e investigaciones. Había comenzado a trabajar con él hacía seis o siete años y aún le faltaban piezas por agregar. Sentí como si él quisiera decirme algo más, pero su voz se cerró en una sonrisa y preguntó por mi opinión sobre la clase. No tuve el corazón para decirle que su sistema no me agradaba, no después de escuchar la ternura con la que había hablado sobre su nieta. No pude decirle que yo era un estudiante lento, igual o más que los míos, y que para aprender un nuevo idioma necesitaba de un libro de texto y ejercicios en lugar de conversación pura. Me parece excelente, dijo, y acordamos el precio para las sesiones cada miércoles y viernes después de las seis de la tarde.

De vuelta en casa me arrepentí por mi falta de sinceridad y el dinero que desperdiciaría en un proyecto al que no le encontraba otra función que no fuera la excusa para hablar con otra persona en una lengua que tardaría años en dominar. Alemania, lo admito, no me importaba en ese entonces. Tampoco tenía planes de visitarla en el futuro cercano. Más fácil hubiera sido continuar con los grupos de lectura y cine, modificar mi carácter e integrarme con todos esos indeseables. O tal vez sólo conformarme con las llamadas esporádicas de mis padres y encontrar la forma más digna de llevar la soledad.

Ese fin de semana, después de pensar los puntos a favor y en contra, decidí que no asistiría a ninguna de las clases. Hablaría con Ulrich para darle cualquier razón, que en verdad no me importaba lo poco convincente que yo pudiera escucharme. También podía no presentarme en su apartamento el próximo miércoles, dejar que esa falta de respeto se olvidara por sí misma; de todas maneras, él aún no tenía mi número de teléfono para molestarme y, además, no creía que pudiera reconocerme en el caso improbable de encontrarnos por la calle.

La idea de ser tan irresponsable y falto de respeto no me perturbó, al contrario, me hizo sentir como si el mundo estuviera de nuevo bajo mi control. En ningún momento se me ocurrió imaginar que tal vez esa forma de comportamiento había tenido algo que ver con mi divorcio, pues aún pensaba en Alicia e imaginaba situaciones en las que todo entre nosotros quedaba enmendado. Era así como pasaba las tardes de los sábados, sentado y bebiendo en la sala, ahí donde me enfrascaba en fantasías tristes. Sólo los domingos prefería ser más sobrio; salía a fisgonear las conversaciones de la gente en un café junto a la playa, leía alguna revista y luego caminaba por la orilla hasta el anochecer.

Fue durante la caminata de ese domingo inmediato a la clase de prueba cuando me encontré de casualidad con Ulrich. Estaba sentado en una banca, con una mochila de tela en el regazo, y fue él quien me saludó, pues yo quise pasar de largo fingiendo que me distraía con el vuelo de las gaviotas. Entre los dedos acariciaba una figura de papel naranja que me pareció un avestruz aprisionada en las montañas. Su memoria para los rostros, confirmé, era buena y si lo había encontrado en la playa, era muy posible que lo hiciera de nuevo en alguna otra parte de la ciudad, que algunas veces parece ser demasiado pequeña. Trato de venir siempre que puedo, dijo con su inglés manchado de germanismos. A esta hora llegan los nietos de mis vecinos, unos niños feos que nunca se callan. Además, me gusta escuchar el mar. Desdobló entonces el papel y me mostró los pliegues que hasta entonces había ocultado con sus manos, unos pliegues a mi parecer imposibles de hacer sin desgarrar las fibras de la hoja. Se trataba de un casuario, me dijo, un ave sin alas, nativa de Nueva Guinea, de aspecto prehistórico y con el que alguna vez tuvo un

enfrentamiento cuando era joven. Me mostró una cicatriz bajo la manga izquierda de su camisa y me explicó que se la había ganado mientras observaba de cerca a uno de esos animales violentos, pues en ese entonces, allá por los setenta, debía escribir informes sobre la fauna austral para una organización en la que trabajaba.

Me excusé con alguna tontería para irme de ahí. Ulrich se puso de pie, me deseó un buen fin de semana y pidió que llevara lápiz y papel para la siguiente clase, pues de otra forma sería complicado hacer progreso. Aquél hubiera sido el momento para decirle que me arrepentía, que no habría forma de que yo asistiera de nuevo a sus clases, pero me quedé inmóvil, con mi mano aplastada dentro la suya y todo lo que hice fue asentir y prometer que lo haría.

Al volver a casa por la noche investigué lo que pude sobre esa ave de la que me habló, pues algo en su historia hedía a fantasía. Pero mis sospechas se vinieron abajo cuando descubrí no sólo la realidad de los casuarios, sino también que su aspecto anterior al tiempo y actitud violenta eran igual de ciertos. Pensé entonces en todo el origami que había visto en la habitación azul y en las horas y la paciencia necesaria para dar forma al papel según los caprichos de quien lo maneja. Aquel hombre que no me había hecho nada, Ulrich, alguien a quien yo estaba tan dispuesto a insultar con mis malas costumbres, me pareció entonces un niño antiguo al que no parecía molestarle la inconveniencia de envejecer.

A la mañana siguiente compré una libreta, varios lápices y un diccionario editado por una sociedad educativa alemana, grueso e indescifrable como una biblia medieval.

Según los detalles de la historia que construí en las semanas siguientes, Ulrich venía de un pequeño clan adinerado, gente de negocios e industria entre los que él se volvió una anomalía. Se graduó en economía sólo por la presión y las pautas de la familia, pero su interés estaba en los estudios naturales, en especial la ornitología, a la que se dedicó primero como aficionado, luego de manera profesional en el zoológico tras obtener varios grados universitarios después de la muerte del padre. Vagó por toda Alemania Occidental, trabajó como profesor de Biología y Ciencias Naturales en varias escuelas, aunque nunca agradaba a los directores por más de seis meses, pues prefería distraerse con la observación de petirrojos y escarabajos que con el progreso académico de sus alumnos. A los treinta y cinco años se unió a un barco comerciante en Hamburgo y de destino en destino terminó en Australia, donde permaneció algunos años dando clases privadas de alemán y recolectando información sobre el tipo de fauna que sólo parece existir en esas latitudes. De vuelta en Fráncfort se unió a la Sociedad Zoológica, donde encontró la manera profesional de continuar con sus intereses, pues se involucró en proyectos de estudio y conservación internacional que lo llevaron a todas esas regiones del mundo, sitios que, durante sus años precarios, jamás imaginó que llegaría a conocer.

Fue así como supe lo básico sobre su vida, de acuerdo a la esporádica información con la que adornaba nuestras conversaciones después de cada una de las clases. Por lo general me invitaba un café, o en su defecto té, y repasábamos en inglés el contenido de esa

última hora y media, además de las sutilezas incomprensibles de su lengua. Me pedía paciencia, que yo no había sido su único alumno y todos los demás fueron historias de éxito. Era sólo al final de esas charlas, sólo unos minutos antes de marcharme, cuando conocía de paso algo más sobre él, casi siempre una anécdota o dato interesante que me hacía sentir mal por no tener algo más sustancial que contarle sobre mi propia vida.

Nuestras primeras clases fueron confusas y sólo se aliviaron gracias a un par de libros de texto que Ulrich guardaba en su biblioteca, muy extensa y aún sin desempacar del todo. Llevaba tres años viviendo ahí, me dijo, pero su hermana aún seguía enviándole libros desde Fráncfort. La mayor parte de nuestro tiempo de estudios consistía en una muy breve explicación de las lecciones y las reglas gramaticales, seguida de un intento por comprender lo que fuera que él decía. *Verstehen Sie? Verstehen Sie mich?*, y yo sólo asentía o repetía lo que se me pedía repetir. *Ja, genau.*

A pesar de mis dudas y sospechas su sistema funcionó, si al menos de una forma rudimentaria. En dos meses fui capaz de tener una idea de lo que podía o no podía estar enseñándome. Era un proceso desesperante, pero en un principio me quedé sólo por nuestras charlas a final de clase, que cada vez eran más extensas y pasaron a ser sobre viajes, películas, ajedrez y otros temas que nos interesaban, aunque debo admitir que, al final, me quedé por su propia historia, esa que siempre terminaba por contarme en partes.

Tenía una hija muy menor, Christine, que en ese entonces me pareció podía ser de mi edad. También estaba esa nieta de la que ya me había hablado antes, hija de Christine, a la que no veía desde hacía años, aunque hablaban por teléfono todos los días. Esa

separación entre ambos, me dijo, le daba tiempo para trabajar con el origami que guardaba para ella en la habitación azul. Aún no estaba listo, faltaban muchos animales por representar y aunque deseaba encontrarse pronto con su nieta, prefería terminar el bestiario de sus viajes por el mundo antes de entregarle un regalo incompleto.

Una de esas tardes después de clase, una de esas que se alargaban hasta la noche mientras tomábamos café con leche y él doblaba papel, habló sobre un día que pasó con ella en el zoológico, cuando apenas tenía cinco años. La niña se emocionó con los animales corrientes y él le explicó sus nombres y costumbres, aunque su verdadero orgullo fue mostrarle los especímenes más extraordinarios que las autoridades del parque habían adquirido, según me dijo, gracias a su trabajo como mediador entre la Sociedad Zoológica y otras organizaciones internacionales: quetzales de América, lémures voladores, un dragón de Komodo y una pareja de pandas que por las noches brillaban con una fosforescencia lunar. Desde entonces, y a pesar de su edad, la niña encontró en los animales algo que bien podría llegar a ser un interés para toda su vida, una vocación incluso, y comenzó a averiguar por ella misma todo lo que pudo sobre zoología en la biblioteca de su abuelo. Es una prodigio, sonrió Ulrich y me regaló la figura encorvada de un oso con el que había estado ensayando esa tarde, hecho con las palabras rugosas de una hoja de periódico del día anterior.

Ése era el tipo de conversaciones que llevábamos después de clase, aunque gradualmente comenzaron a filtrarse en nuestros horarios de estudio, pues eran más interesantes y amenas que el rigor simple de la educación. Cuando eso ocurría, el inglés suplantaba al alemán para aclarar alguna anécdota suya o comentario que

se hubiera perdido en la confusión de idiomas. Mi poco progreso con la lengua comenzó a truncarse y a inicios del invierno nuestras sesiones cada miércoles y viernes dejaron de ser clases para volverse reuniones semanales entre dos amigos diferenciados sólo por la edad. Nos interesaba la historia y las ciencias, el cine y los libros y hablábamos sobre las razones por las que cada uno decidió vivir en San Onofre.

Las tardes en que no nos veíamos las pasaba revisando las tareas de mis propios alumnos, aunque prefería montar mi bicicleta y dar paseos hacia las afueras, rumbo a unos parques abandonados que cada vez parecían más engullidos por los desarrollos alrededor, construcciones de cristal que a cierta hora y bajo el ángulo correcto de la luna perdían su monotonía utilitaria. Ahí repasaba entonces lo que había ocurrido en el último año, rodeado de esos árboles secos y edificios que brillaban como todos esos futuros nostálgicos que ya nunca serán. Qué minúscula parecía la ciudad desde ahí lejos y qué ridículas parecieron mis preocupaciones y anhelos. A diferencia de Ulrich, que a mi edad ya conocía la mitad del mundo, mi vida, a pesar de sus dramas, era insípida, algo común y demasiado corriente. De vuelta en mi apartamento buscaba recuerdos de algo emocionante o curioso que me hubiera ocurrido al menos una sola vez, pero lo único que encontraba era tedio y rutina.

Fue en una de esas búsquedas interiores cuando me percaté de lo simple que en realidad había sido mi relación con Alicia, y lo poco o nada que ella aportó a lo mundano de mi existencia. O lo poco que yo aporté a la de ella si quería ser sincero conmigo. Nuestro quiebre, pensé, fue tal vez una manera de dar vida al aburrimiento y no un desliz emocional. Un *performance* que se había extendido más de la

cuenta, uno que ya era tiempo de concluir, pues, en mi ingenuidad, me parecía que ya habíamos aprendido nuestra lección y existía la posibilidad de volver a estar juntos. Así, cada noche, intenté convencerme sobre la posibilidad de un reencuentro con Alicia utilizando argumentos como aquél, pues durante esos últimos días pensaba aún más en ella, incluso cuando mi parte más racional no dejaba de recordarme que mis anhelos eran sólo esperanzas rancias. A pesar de todo, jamás me atreví a dar el primer paso.

La noche previa a la víspera de Navidad, fue Alicia quien me habló por teléfono cuando yo volvía de los parques. Me preguntó por qué no había contestado ninguna de sus llamadas y le expliqué que había olvidado el celular en casa. Lo cierto es que no lo escuché sonar y de cualquier forma no reconocía su nuevo número, que bien podría haber sido el de alguno de los servicios de televisión e internet, las únicas personas que me contactaban en ese entonces. Necesito verte, continuó. Estoy cerca de tu casa; llego en veinte minutos. No dijo más y me quedé ahí, frente los libros en mi estantería, incapaz de creer mi suerte. Me afeité deprisa, tomé un baño sin jabón, me perfumé todo el cuerpo y busqué la mejor ropa planchada con que vestirme.

Casi una hora y media después, Alicia apareció en mi puerta. Llevaba el cabello recogido en una bola rubia, su blusa no tenía demasiada gracia y el descuido, en lugar de la moda, parecía haber descocido las rodillas de sus pantalones holgados. Me saludó sin decir hola y entró sin siquiera preguntarme si podía pasar. Con ella iba un hombrecillo con cara de imbécil que se presentó como Adán. Mucho gusto, encantado de conocerte. Alicia me ha hablado demasiado de ti. Qué apartamento tan más bonito. ¿A cuánto

está el alquiler? No me soltaba la mano y tuve que llevarlo a la sala, pues me hubiera dado pena que alguno de los vecinos me viera con ese duende. Dijo que estudiaba una maestría en finanzas y gestión de los servicios públicos, pero su verdadera pasión era la logística de los recursos militares. Sobre todo, los destinados a Oriente Medio, siguió diciendo, como transporte de personal, alimentos, armas y municiones, distribución de inteligencia e información, traslado de prisioneros y administración de centros de detención. ¿Me entiendes? ¿Eh? Y así continuó hablando mientras se paseaba por la sala y Alicia continuaba extraviada en alguna parte del apartamento. Entonces Adán soltó un chillido y fue hacia la mesita de centro. Le encantaba el origami, según él, y comenzó a manosear el oso de papel periódico que Ulrich me había regalado. Le ordené que lo dejara en su sitio y se me quedó viendo como si le hubiera pedido que matara a su madre. Finalmente, Alicia salió de la cocina; llevaba un vaso de agua y se me quedó viendo. Estás gordo, dijo después del tercer trago.

—Sí, creo que he subido un poco de peso.

—No, nada de un poco. Estás gordo. Deberías ir con una nutrióloga. Esa camisa antes te cerraba mejor.

—Puede ser.

—¿Puede ser? Mírate. Se supone que la gente adelgaza cuando se separa.

—Y tú te ves como si recién hubieras despertado.

—Adán acaba de recogerme del consultorio. No voy a vestirme de falda y tacones para hablar con el psicólogo.

—¿Qué psicólogo?

—El de siempre. Dios. Nunca te enteras. ¿Dónde están mis cosas?

—Te lo llevaste todo.

—No, no. Dejé unos libros. ¿O te importé tan poco que ya los regalaste también?

No recordaba ningún libro, pero era cierto que en el cuarto de lavandería yo había guardado dos cajas suyas llenas de ropa vieja, peluches descocidos y otros regalos inservibles de sus padres. Alicia me culpó de irresponsable. ¿Qué no sabes que la humedad tuerce al papel? Pero yo nunca la vi leer algo que no fueran revistas viejas de fotografía y *Reader's Digest*. Se fue sin decir palabra y yo tras ella. Temía que pudiera llevarse alguna de mis cosas, que de todas maneras no tenían mucho valor, pero eran mías y con Alicia era imposible saber. Yo puedo sola, gritó cuando quise ayudar en su búsqueda y la dejé que hurgara en la penumbra, entre los detergentes y los insecticidas, y me criticó por no haber cambiado aún el bombillo que llevaba más de un año fundido cuando todavía vivíamos juntos. Tomó su teléfono para iluminar con la pantalla el interior de las cajas, aunque no le sirvió demasiado. Siguió lanzando quejidos hasta que encontró un cuaderno verde estampado con siluetas de flores; un álbum de fotografías que en nuestro tiempo juntos ella jamás me mostró y que a mí nunca me dio curiosidad por conocer.

Cuando volvimos a la sala, Adán contorsionó todos los músculos del rostro y de inmediato pidió disculpas. Sólo quería saber cómo lo hiciste. ¿Eh?, balbuceó y con reverencia dejó algo sobre la mesa de centro. Son muchos pliegues, nunca había visto una técnica así, un día tienes que explicarme cómo lo haces. ¿Eh? Perdóname, por favor. Si pudiste hacerlo una vez, puedes hacerlo dos. ¿Verdad? Arrastró los pies hasta cruzar la puerta del recibidor y se refugió en el ascensor detrás de Alicia que abrazaba el cuaderno

verde. Antes de marcharse, me pidió que mandara el resto de sus cosas a su nuevo apartamento, pero no me dio ninguna dirección y las cajas continuaron en el mismo sitio hasta que las arrojé al basurero a mediados del año siguiente.

Vagué un rato por las habitaciones a oscuras, distraído con las luces de la ciudad más allá de las ventanas. Qué iluso había sido al creer que Alicia siquiera imaginaría renovar lo nuestro. Qué tonterías, todas contrarias a la realidad, puede uno llegar a anhelar. Me refugié en la cocina, tomé una cerveza y una cena de espárragos y terminé la velada acostado en el sofá. No fue sino hasta poco antes de dormir cuando me di cuenta de lo que Adán había dejado sobre la mesa. Era el oso de papel periódico que Ulrich me había regalado; estaba desdoblado y yo no sabía cómo recuperar su forma. La nota escrita era de octubre, algo sobre un niño desaparecido mientras sus padres dormían. La policía aún no tenía pistas a seguir y yo tuve la impresión en ese momento de que ya nada se volvería a saber de él.

Por alguna razón Ulrich y yo continuamos viendo nuestras reuniones semanales como si fueran lecciones de idioma, cosa que habían dejado de ser. Desde hacía meses yo no pagaba un solo anser por sus servicios como profesor y nuestras charlas las llevábamos exclusivamente en inglés. *Bis nächste Klasse*, decíamos sin ironizar. Rara era la ocasión en que nos molestábamos en seguir una lección; la mayor parte del tiempo lo dedicábamos a conversaciones de temas más interesantes o a las propias anécdotas de Ulrich. Pocas fueron

las veces en las que él quiso saber algo concreto de mí, casi siempre generalidades sobre mi familia o lo que pasaba en el trabajo con mis propios alumnos. Nunca hizo preguntas más personales; de Alicia nunca le hablé, y sobre su esposa él tampoco lo hizo, aunque cada vez me hablaba más de su hermana, su nieta y su hija Christine.

Ella comenzó a interesarme, al menos como una idea, después de lo que ocurrió en mi último encuentro con Alicia. Era un poco mayor que yo, según me dijo Ulrich y, si sus palabras eran ciertas, cambiaba de novio con frecuencia. Una tarde en que jugábamos ajedrez, que ya era una tradición de cada una de mis visitas, quise saber si tenía alguna fotografía de ella y me contestó que no, pues las cámaras de video y fotografía podían dañar a las personas. Una propiedad del alma, me explicó, que es frágil a los destellos repentinos y las luces inmensas. Por eso los astronautas se vuelven locos cuando regresan aquí abajo, dijo con la mirada en el techo. Pregunté entonces si era posible que la describiera y me pidió que imaginara un oasis en medio del desierto o una luna que se extraviaba de su planeta. Luego volvió la atención a la ventana y después al papel naranja que doblaba con delicadeza mientras yo decidía cuál de mis piezas mover.

Mis ideas acerca de Christine eran fantasías como las de cualquier otro hombre que ha pasado mucho tiempo con él mismo, ficciones en las que era posible tener algo entre nosotros dos sólo por el hecho de mi amistad con su padre. No era la primera vez que imaginaba idioteces de ese tipo, con ella o con cualquiera, y siempre supe que se trataba de ilusiones para consolarme. A pesar de las mujeres en mi trabajo, una de ellas incluso obvia en su

interés por mí, en realidad era poco el entusiasmo que yo sentía por comprometerme con una persona real, con sus necesidades e inquietudes. A falta de mejores descripciones, imaginé a Christine como el estereotipo de una alemana cualquiera, que en verdad son los estereotipos de las películas y la televisión. Un día caí en cuenta de que no sabía el nombre de su hija, la nieta de Ulrich, y cuando se lo pregunté él sólo dijo que se llamaba como su esposa.

La sola mención de su nieta lo animaba y casi siempre era la excusa para contarme a detalle las historias de sus investigaciones por el mundo y los animales con los que se encontró. No fue sino hasta inicios de primavera, más de un año desde mi divorcio, cuando tuve la confianza de pedirle que me explicara algunos de los origamis que guardaba en la habitación azul. No la veía desde que la encontré por accidente en mi primera visita a su apartamento y creía que en el tiempo transcurrido desde entonces la colección habría engrosado.

La habitación era más pequeña de lo que recordaba, de un celeste opaco en lugar del azul profundo que antes me pareció ver. Las figuras naranjas ocupaban casi todas las estanterías, aunque aún quedaban algunos espacios vacíos. Ulrich llevó café a la habitación y pasó unos minutos en silencio como si no supiera por dónde comenzar. Luego tomó algunas de las piezas y comenzó a explicarme, muy fastuoso él, su significado y procedencia. Pensé que debía estar ensayando conmigo la manera en que presentaría cada miembro del bestiario a su nieta el día en que por fin se reunieran.

Me mostró una figura como rama de árbol petrificado y me pidió que la examinara. Cerca de Australia, en la isla de Lord Howe, comenzó a decir, vivían unos insectos prehistóricos de casi veinte centímetros de largo que fueron exterminados por las ratas negras

que escaparon al naufragio del SS Makambo. Desde los años veinte los expertos los creyeron extintos, hasta que se descubrió una colonia aislada de ellos en la Pirámide de Ball, un islote un poco más al sur. Hace no mucho el gobierno australiano me invitó a estudiar la colonia, pero para llegar ahí hay que escalar una pendiente muy pronunciada y yo esas cosas ya no las puedo hacer. Pasé una semana en la isla de Lord Howe, donde me prometieron que llevarían algunos de los insectos para mis observaciones, pero hubo un problema con los permisos de transporte y fue el último día cuando pude ver sólo dos de ellos. Esa noche soñé con una mujer, más alta que yo, de piel roja y cabeza como la de los machos de esa especie de insectos que había ido hasta ahí para estudiar. Me contó que el islote era en realidad un trozo de un asteroide, fragmento de un planeta muerto, que cayó entre el Índico y el Pacífico hace trescientos mil millones de años y que ella y su raza eran los únicos supervivientes de ese mundo olvidado más allá del sol. También me reveló sus costumbres y su lengua y al despertar lo apunté todo en una de mis libretas, pero la perdí en el viaje de vuelta a Fráncfort y no he podido recordar esos detalles de esa reunión. En Uganda y Sudán, siguió diciendo Ulrich mientras me mostraba otra figura, hay un ave pelicana color gris azulado, de pico grueso y compacto que a mucha gente le parece un zapato, pero yo nunca he entendido por qué. Fue un mito entre los ornitólogos europeos hasta que a finales del siglo diecinueve aparecieron especímenes vivos en las universidades y aviarios del continente. Desde hacía siglos los árabes conocían al piconzapato, y supuestamente los egipcios los domesticaron en tiempos de las pirámides, pero eso siempre me ha parecido un cuento. En 1995, gracias a la Sociedad Zoológica, aunque a sus espaldas, conseguí

una hembra para la colección privada de un amigo bien conectado con el gobierno inglés, aunque no sobrevivió al invierno. Dos años después, cuando volví a visitarlo en su casa en la campiña, encontré a otros pizozapatos que paseaban libres entre el interior de la casa y el jardín amurallado. Mi amigo dijo que se trataba de réplicas genéticas de la original, multiplicada por una máquina diseñada por su esposa, una bióloga japonesa, y construida dentro de un gran árbol hueco, en el centro de su jardín. Su esposa escribió un artículo sobre la clonación y los problemas de vivir con docenas de versiones de la misma ave en casa. Lo quiso publicar en *Nature* o *New Scientist*, pero al final lo reescribió como un cuento para niños, ilustrado por una de sus hijas. Ulrich se detuvo a tomar café y luego me mostró una figura encorvada. En las selvas de Sandango, continuó diciendo, hay un tipo de camaleón que, según su humor y ciclo hormonal, puede tomar forma de hombre o mujer, a veces durante años. Hablan su propia lengua, que es como la de los nativos, pero no se les dificulta aprender los idiomas y las costumbres de la gente en la ciudad, aunque su acento es horrible. Con frecuencia migran a la capital, atraídos por las luces, los edificios y el ruido. Después de un tiempo se ponen melancólicos y buscan la humedad y los susurros de la selva, pero cuando eso ocurre ya han olvidado el camino de vuelta, o están comprometidos con sus nuevas familias o trabajos. Cuando la Revolución terminó, a mediados de los sesenta, se encontraron en las calles cientos de cadáveres de estos camaleones. Las autoridades del nuevo régimen, que se creen más listos que su gente, las explicaron como si hubieran sido llevadas hasta ahí por algún ciclón que pasó desapercibido para todos durante los últimos días del conflicto. Pero la versión oficial no tuvo en cuenta los

demás camaleones que se encontraron muertos dentro de universidades, iglesias y casas, algunos incluso dentro de las camas, abrazados a hombres y mujeres que al despertar a la mañana siguiente se espantaron de encontrar a esas bestias en lugar de a sus parejas. Cuando visité Sandango pude ver una de esas transformaciones. Se llamaba Elvia y fue ella quien me contó sobre esos sucesos, que han sido omitidos de los libros y clases de historia oficial, aunque quienes siguen vivos los recuerdan igual que las luces en el cielo, las apariciones de antepasados y otras señales que presagiaron el nuevo orden social. La llevé conmigo a Fráncfort, pero volvió a su forma original, tal vez por culpa del clima o por los problemas entre nosotros. A pesar de eso, se quedó en mi casa por un tiempo y sólo de vez en cuando tomaba su figura de mujer, hasta que un día desapareció de la casa y desde entonces no he vuelto a saber nada de ella.

Así continuó hablando sobre serpientes marinas, hombres simios de los bosques, cocodrilos alados y gallos que petrificaban a la gente con sólo mirarla a los ojos, hasta que nos dimos cuenta de que el teléfono sonaba en el estudio. Ulrich me pidió que esperara y se marchó a zancadas por los pasillos. Desde la habitación azul escuché cómo sus palabras se amontonaban unas sobre las otras y, desde luego, no entendí una sola de ellas y me sentí mal por mi falta de entusiasmo en aprender su lengua.

Ulrich volvió después de unos minutos y me pareció como si hubiera perdido algunos años. Había sido Christine al teléfono, me explicó. Estaría en San Onofre el sábado siguiente y pasaría una semana con él. Eso significaba que vería de nuevo a su nieta, por lo que debía apresurar el trabajo con el origami. Aún faltan piezas y no creo tenerlas a tiempo, dijo. Tenía trabajo por delante y lo mejor sería no

vernos por algunos días, me explicó, pues necesitaba revisar sus libretas de apuntes, trazar esquemas y doblar el papel, aunque yo estaba invitado a ayudarlo.

Nunca he sido bueno con las manualidades y no me hubiera gustado arruinar su progreso. Agradecí su invitación, me despedí y acordamos vernos cuando su hija volviera a Fráncfort. Así él tendría tiempo para trabajar en sus dobleces y pasar unos días con su familia y yo repararía mis notas mínimas, casi inexistentes, de alemán. Al menos de esa forma podía pretender que había aprendido algo de provecho en mi amistad con Ulrich en lugar de sólo inmiscuirme en los asuntos de su vida.

Esa semana revisé tareas y exámenes de mis alumnos, aunque mi atención no estaba en ninguna de esas cosas. Tampoco en mis apuntes de alemán, que debieron desaparecer entre todos mis papeles o en la basura. Pensaba en las historias de Ulrich, en sus observaciones y libretas, la manera en la que trabajaba el papel. Por las noches intentaba arreglar el oso de periódico que el imbécil de Adán había desdoblado hacía ya varios meses. Aún conservaba los quiebres con los que se podía intuir la figura, no recordaba si de un panda o un grizzli, aunque no importaba demasiado, pues de todas formas no sabía cómo o por dónde comenzar a doblar. Al igual que la matemática, el origami siempre me ha parecido un misterio insondable. Al final sólo conservaba la frustración y una hoja de periódico aceitoso que guardaba de nuevo en una cajita negra que, alguna vez, Alicia me regaló.

No había vuelto a saber de ella desde su última visita, pero de vez en cuando pensaba en lo que yo hubiera podido hacer para evitar todo lo malo que pasó entre nosotros. Luego me cuestionaba si en verdad me hubiera gustado que nuestra relación continuara y me sentía mal por dudar de mis pensamientos más nobles. Eran inquietudes invasivas para las que intentaba mantener una postura más indiferente y sobria de la que en verdad tenía. Por las tardes prefería ocuparme con la limpieza del baño y las habitaciones, después salía a caminar frente a los aparadores de las tiendas y espiaba a otros desgraciados como yo que encontraba perdidos en la calle, gente de rostros secos en los que imaginaba dudas existenciales no muy diferentes de las mías. Después de cenar intentaba de nuevo mi suerte con el oso de periódico y terminaba la noche jugando ajedrez en línea contra niños de India o Japón, pequeños prodigios que me hacían quedar en ridículo, o sólo tal vez es que siempre he sido un pésimo jugador.

El fin de semana hubiera pasado de la misma forma si Ulrich no me hubiera llamado a las cuatro o cinco de la tarde del mismo sábado en que Christine llegó de Fráncfort. Quería que nos viéramos en un café que él conocía en el centro, un lugar oscuro y ruidoso. Pregunté si su hija nos acompañaría y dijo que ella y su novio acababan de salir y no volvería a verla sino hasta la mañana siguiente. Por alguna razón eso me desanimó y perdí el interés de encontrarme con Ulrich, pero me obligué a ir con la excusa de que al menos pasaría un buen rato hablando con él.

Lo encontré sentado en una banca fuera del café, con su mochila de tela sobre las piernas. Era la primera vez que lo veía fumando y me pareció como si hubiera empequeñecido bajo el sol. No dejó su sitio hasta que apagó el cigarro sobre el descansabrazo de piedra.

Mejor entremos, dijo. Tengo hambre. Tomamos un asiento en la esquina más alejada, entre dos litografías de Caspar David Friedrich, bajo una lámpara de luz viscosa. Yo me conformé con un té verde, pero él prefirió un café y dos porciones de pastel de manzana, un helado de vainilla y dulces de menta.

Como no decía nada sobre Christine o su nieta o cualquier otra cosa, yo fui quien llevó la mayor parte de la conversación. Mis alumnos, le expliqué, eran unos ineptos y comenzaba a pensar en otras escuelas donde enseñar, pues además la dirección no quería darme el tiempo completo; no es que lo deseara, pero necesitaba el dinero con eso del aumento del alquiler. El clima en la ciudad me parecía sin sentido; había exceso de turistas y tampoco entendía cómo los de gobernación pudieron aprobar tal o cual tontería que yo había leído en el periódico y que en realidad no me importaba. Ulrich observaba a las personas, jugaba con los cubiertos y hacía bolitas de mugre con los restos de la comida. Sí, qué mal está todo, dijo. Entonces le conté sobre Alicia, pues creí que eso le interesaría más. Hablé de mi divorcio, de los problemas que lo antecedieron, de su visita a mi apartamento antes de la Navidad y del álbum de fotografías que se llevó y que a mí nunca me dio curiosidad por ver. La voz se me llenó de flemas y, sin siquiera planearlo, pues esas cosas no se planean, se me escaparon suspiros y comentarios pesimistas sobre el mundo y las mujeres. Ulrich me dejó hablar hasta que pedí un vaso de agua y el silencio en nuestra mesa se extendió más de lo necesario. No es para tanto, dijo. Esas cosas van y vienen. Y como si mi divorcio no le hubiera importado, y en verdad no tenía por qué, tomó de su mochila un tablero de ajedrez, poco más grande que su mano, de cuadrícula roja y blanca, y lo acomodó entre los platos.

Jugamos varias partidas bajo esa luz inservible. No volví a mencionar a Alicia, pero tampoco supe de qué otra cosa hablar. Supongo que a su nieta le gustó el origami, dije al fin, pero Ulrich estaba demasiado concentrado en su partida para hacer caso. No pudo venir, contestó luego de eliminar a mi reina. Está en Fráncfort con su padre. Entonces pidió otro café y me preguntó si deseaba algo más, pero perdí la sed y el apetito. Era tarde y tal vez hubiera sido mejor cenar algo, pero me pareció que eso hubiera sido una falta de respeto después de lo que acababa de escuchar. Comenzamos otro juego, más por necesidad que por gusto, y si perdí de nuevo a mi reina y al inútil del rey no fue tanto por mi incompetencia, sino porque pensaba en qué podía decir para consolar a Ulrich.

Salimos de ahí poco antes del cierre. Ulrich sugirió que camináramos por el centro, pues le gustaba ver la catedral a esas horas. Vagamos por los cementerios y las callejuelas, incluso por algunas que yo no conocía. De unas Ulrich me contó sus historias; de otras, el porqué de sus nombres. En Paseo de la Resurrección, me explicó, murió un sacerdote ortodoxo de Minos, quien gracias a su conversión a la Verdadera Fe poco antes de ser despellejado por la muchedumbre católica, resucitó a los cinco minutos de haber muerto y vivió por treinta años más, a pesar del ardor de la carne viva. En Pasaje de las Penitentes, siguió diciéndome algunas calles más adelante, el mismísimo santo patrón, Onofre, se apareció junto con Cristo y la virgen a cuatro prostitutas, quienes quedaron tan turbadas por el encuentro que al día siguiente se unieron a la Orden de las Hermanas Hospitalarias, donde se les vio levitar, transmutar alimentos y profetizar la destrucción de San Onofre cien años antes del fin de los tiempos.

En la Plaza Magna nos detuvimos frente a la catedral y esperé que me contara algo sobre ella, pero permanecimos ahí sin decir nada; su atención estaba en algún detalle de la fachada, en la luz de la luna. Ya es tarde, dije, pero Ulrich no se percató. Ya es tarde, repetí. Creo que debemos irnos.

—Había pensado que podíamos ir a la playa a recoger conchas.

—Vamos otro día. Estoy cansado.

—Si estás cansado ve a dormir a tu casa.

—¿Y entonces qué? ¿Se va a quedar usted solo en la playa?

—Yo sé cuidarme.

Aún pensaba qué contestar cuando me pidió disculpas y admitió que sí, ya era un poco tarde y tal vez debía volver a casa, aunque me pareció más un intento por enmendarse y no una convicción. Tomamos la línea de autobús nocturno, pero de todas formas tuvimos que caminar diez minutos cuesta arriba rumbo a su apartamento. A pesar de la insistencia en que podía llegar él solo, me empeñé en acompañarlo hasta la entrada del edificio. Ulrich me recordaba a uno de mis abuelos, el que murió cuando yo apenas llevaba tres años viviendo en Teranserí, y de cierta forma me sentía responsable por él. Estoy bien, aquí es seguro, continuó diciendo Ulrich. No tenía por qué molestarme, insistía, pero nada de eso era una molestia para mí.

Nos despedimos frente al portón de cristal y acero. Acordamos vernos la próxima semana después de que Christine se marchara y le pedí que no perdiera los ánimos por su nieta. Ahora hay más tiempo para completar el bestiario, reí. Entonces la puerta se abrió con un estruendo que se escuchó por toda la calle y una mujer salió agitando las manos. Llevaba el cabello como una bolsa de nueces

deshilachada, las orejas debían de pesarle con todos esos aretes con los que cargaban, la camiseta y el pantalón tal vez una o dos tallas más grandes. Lo tomó por los hombros y con su griterío se impuso sobre las protestas de Ulrich, que cada vez se encorvaba más como un enorme ratón cansado. Entonces en verdad me lamenté por no haber tomado en serio nuestras clases de alemán.

Ulrich intentó calmarla, pero eso sólo la alteraba más. Podía ser diez o doce años mayor que yo, o tal vez era sólo la luz de la calle que no era demasiado generosa con su cara. Intenté sonreírle cada vez que me apuntaba con sus manos llenas de anillos, como si con una sonrisa pudiera resolver cualquier malentendido entre los tres, pero lo único que logré fue mirarla con esa curiosidad incrédula con la que los romanos debieron haber visto a los salvajes tras las murallas. Luego sacudió los brazos contra las piernas y volvió adentro, desde donde siguieron llegando sus quejas. Discúlpala, dijo Ulrich. Acaba de discutir con su novio y como dejé el teléfono en casa no me encontró. Tuvo que esperar hasta que una vecina la dejara pasar y no tiene llaves de mi puerta. Discúlpala, ella no es así. Me dio las buenas noches y se apresuró a seguirla al interior.

Caminé de vuelta a mi apartamento y llegué a mitad de la madrugada. Los pies me ardían dentro de las botas; me eché sin desvestir sobre la cama. Arrojé la almohada contra la pared, pues no lograba acomodar la cabeza. Me revolqué en varias posiciones, me quité la ropa de prisa, la dejé esparcida por la habitación. Manché las

sábanas de sudor y tuve problemas para dormir por culpa de un ruidillo blanco que llegaba desde alguna parte de la ciudad.

Había sido testigo de una discusión familiar sobre la que no tenía injerencia, pero eso no significaba que no fuera personal. En sólo unos segundos, Ulrich pasó del hombre respetable que conocía a un viejo humillado por los caprichos de una hija desagradecida. Hubiera sido fácil interferir y ponerla en su sitio, decirle que su padre tenía la libertad de salir y hacer lo que quisiera sin preocuparse por las molestias de una mujer histérica. Además, e independientemente de todo, ¿por qué no había traído a su hija si sabía que Ulrich moría por verla? Qué sencillo hubiera sido decirle eso y más, pensé. Pero el valor es una de esas virtudes que aflora sólo cuando ya no se le necesita.

Desperté al otro día con un resfriado, y el mal humor se extendió hasta ya entrada la tarde. Había soñado con Christine y la discusión con su padre. Se parecía en algo a Alicia, una forma mayor y descuidada de ella. Incluso agitaba las manos de la misma forma cuando se alteraba. Me sentí como un imbécil por siquiera haber fantaseado con la idea de conocerla, y para distraer el enfado, calenté una pizza de microondas y busqué algo que me interesara en la televisión.

Encontré un documental sobre aves africanas, una de esas producciones de paisajes inmensos que en mejores circunstancias hubiera disfrutado. Entre las escenas de vuelos migratorios y plumas hipnóticas, recordé algunas de las historias que Ulrich me contó en la habitación azul, licencias poéticas y ficciones inocentes con las que adornaba el origami de su nieta, pensé. Las fantasías de un naturista alimentadas por el exotismo de los lugares que visitó en su juventud.

El documental terminó sin que me diera cuenta. Permanecí ahí frente la pantalla hasta que el silencio de la sala, del edificio entero, me perturbó. Salí a dar un paseo en bicicleta, primero sin rumbo, luego hacia alguno de los jardines cercanos. Aún quedaban dos horas antes de la puesta del sol, aunque las nubes hacían sentir como si ya fuera a anochecer, y pensé que lo mejor sería ir más lejos, ya que conocía de memoria toda la ciudad a mi alrededor. Llegué a un parque medio abandonado en los barrios más altos, rodeado por edificios de lujo viejos, con una fuente en el centro y coronado por una pérgola desteñida. Recliné la bicicleta contra la fuente, dejé caer una piedra en el agua y un montón de lagartijas treparon por las paredes hacia la luz.

Me senté a disfrutar de la calma y a esperar el fin de la tarde. Al poco rato dos hombres, ya mayores, ocuparon otra banca no muy lejos de la mía. Reían, apuntaban a los árboles y hacían señas con las manos. Supuse que debían hablar de sus nietos, o sobre sus hijos cuando aún eran niños y en ese momento recordé a Ulrich. Lo imaginé en su apartamento, discutiendo con su hija en lugar de estar paseando con su nieta. Pensé en Christine, esa bruja, como si fuera una prima indeseable que competía por la atención de mi abuelo y esperé que se marchara pronto y no volviera en años. Vería a Ulrich hasta el siguiente miércoles y era posible que me explicara lo que en realidad había ocurrido, aunque tal vez lo mejor sería no hablar de lo desagradable e intentar ayudar con su origami. Podría enseñarme su técnica y entre ambos terminaríamos el bestiario en un mes o menos. Podía mandarlo por paquetería a Alemania, o incluso ir él mismo, que yo podía acompañarlo y cargar las cajas. El cielo se había

despejado, aunque dos o tres estrellas se veían ya, y las parejas y familias comenzaron a invadir el parque, como si se tratara de una reunión de vecinos.

Alicia apareció entre la gente y los arbustos. Vestía toda de negro, salvo por una boina morada. Adán, con un trajecillo ridículo, se contorsionaba como lombriz a su lado, la mano sin color atrapada dentro de la de ella. De todos los lugares en la ciudad, de todos los sitios posibles, no esperaba toparme con ella en ese parque desconocido. No me saludó, ni siquiera se sorprendió por la casualidad de encontrarnos ahí. Quiso saber por qué todavía no enviaba sus cosas a su nueva casa, pero yo no sabía de qué me hablaba, sorprendido y molesto como estaba por la presencia de esos dos. Alicia se deshizo de Adán. Tú sí que eres tonto, dijo, y describió cada uno de los peluches, revistas y papeles dentro de las cajas que aún seguían ocultas en mi cuarto de lavandería. El otro inepto se sobaba la mano y no dejaba de sonreír. ¿Por qué le interesaban a Alicia esas tonterías si no tenían ningún valor?

—¿No tienen valor? ¿Tú qué sabes del valor?

—Suficiente para saber que ahí sólo guardas basura.

—Son regalos de mis padres.

—Ésos siempre te regalan lo que ya no les sirve.

—Eso no es cierto.

—Ni siquiera se molestaron en ir a nuestra boda.

—Porque les dio vergüenza saber que me casaba contigo.

—¿Eso es de lo que hablas con el loquero o también hablan de tus asuntos familiares que nunca me contaste?

Las manos de Alicia son delicadas como las de las vírgenes en las pinturas barrocas. Su bofetada me cayó sobre la cara con el peso

de la carne y sus anillos de plata. Lo que ocurría entre su psicólogo y ella no era de mi incumbencia, me dijo, y señaló un edificio que en realidad no pude ver bien entre el dolor en la mejilla y la luz de las farolas que se acababan de encender. Adán vivía en la cuarta planta y si en verdad yo creía que los regalos de sus padres eran basura, continuó diciéndome, entonces ahí podía enviarlos, pues ella no volvería a pisar mi apartamento. Además, me pidió que le devolviera la cajita negra, esa en la que yo guardaba el oso de Ulrich, pues según me dijo también había sido un regalo de ellos.

Se marchó y yo comencé a sentir una hinchazón que se extendía por toda la cara. Adán y yo nos quedamos mirando, se arregló las gafas y se ofreció a pasar más tarde al apartamento para recoger las cajas de Alicia. Vas a estar ahí. ¿Verdad?, dijo. Puedo ir y si quieres montamos juntos las cajas en mi auto y después vamos por unas cervezas, ¿eh? Luego recordó que esa noche no podía, pues tenían un compromiso en una hora con unos amigos que llegaban desde Roma. Tomó su billetera y me dio una tarjeta, un trozo de cartón rosa con su nombre, teléfono y correo electrónico en letra tan pequeña que no podía leerse sin una lupa de aumento. Por atrás escribió en tinta verde la dirección de su casa y un número privado. Cuando tengas tiempo llámame y los arreglamos. ¿Eh?

Desde entonces no los he vuelto a ver.

Esa noche quise dar de nuevo forma al oso de periódico, más para olvidar lo que había pasado en el parque que por encontrar la serie

correcta de pliegues. La ineptitud de Adán cuando lo desdobló y el poco cuidado de mis manos terminaron por arruinar la textura. La tinta se acumulaba bajo mis uñas como una infección y el mínimo maltrato quebraba el papel. Hubiera sido sencillo pedir otra figura a Ulrich o por lo menos que me mostrara los pasos. Al final hice del papel una bola rugosa y la guardé de nuevo en la cajita de Alicia antes de arrojarla a la basura junto con el resto de sus cosas.

Esa semana transcurrió como la anterior, aunque cada mañana perdía más interés en mis alumnos y en las intrigas entre los demás profesores. Al terminar las clases volvía a mi apartamento y me encerraba en la sala a leer o vagaba por el resto de las habitaciones buscando defectos que pudiera arreglar: una bombilla fundida, un golpe en la pared, algún grifo que goteara. Por las tardes salía a caminar con la esperanza de que algo emocionante ocurriera, lo que fuera con tal de no estar en casa. De haber sido posible, hubiera pasado las tardes con Ulrich jugando ajedrez, pero la sola idea de Christine entrometiéndose me irritaba. Además, habíamos acordado vernos hasta que ella se fuera y lo último que yo quería era causarle más problemas. Mis caminatas me llevaban hasta las zonas más elevadas de la ciudad, a los barrios adinerados que a pesar de todo parecen descuidados, entre iglesias restauradas y jardines llenos de abuelos ricos y hiedras muertas.

De camino a casa, al final de cada tarde, pasaba frente al edificio de Ulrich, donde esperaba cinco o seis minutos en la acera de enfrente, en caso de verlo asomándose por la ventana o saliendo a la calle a comprar pan o lo que fuera. Así podría al menos saludarlo y preguntar si su hija lo trataba mejor desde la última vez que nos vimos. Era posible que Christine no fuera como la había conocido.

En mi experiencia, eso de las primeras impresiones no siempre es verdad. Tal vez había reaccionado de esa manera por ser una extranjera en un lugar extraño y, con mis celos, generalicé su carácter. Pero la ventana de Ulrich permanecía despejada, salvo por la luz amarilla y nadie, ni siquiera un vecino, cruzaba la puerta rumbo a la calle.

Ocurrió entonces que el viernes, mientras esperaba fuera del edificio, vi salir a Christine. Llevaba la misma ropa con la que la recordaba, el cabello igual de mugroso, rodeado por una banda de tela azul. Caminaba como si temiera caer por abismos ocultos entre los adoquines. No quise que me viera y fue complicado ir tras ella y mantener la distancia. La perdía cuando se amontonaba la gente, cuando doblaba en alguna esquina, pero al poco rato la encontraba de nuevo. Caminamos unos quince o veinte minutos y la seguí hasta un mercado de baratijas donde el único fuera de lugar era yo. Se mezcló con otros pulgosos como ella, entre el griterío de vendedores de cuarzos, orfebrería oriental de imitación y terapias para el equilibrio de las chacras. Luego la perdí de vista. Alrededor sólo me encontré con los rostros de gente que compartía con ella los códigos de vestimenta, así como la altanería de una contracultura para la que alguien como yo, con mi pinta de señorito, representa no sólo a un desinteresado con los problemas de la sociedad, sino la primera causa de todos los males en el mundo.

Entonces Christine apareció frente a mí y la mueca que hizo fue tal vez por lo ajeno que yo debí parecerle en ese lugar y no por reconocimiento. Pasó a mi lado sin dedicarme más tiempo hacia un quiosco donde compró un agua de frutas; salió del mercado y la seguí por otros treinta minutos, hasta que llegamos a la playa. Algunas veces miraba hacia atrás, como si sospechara algo, aunque

según yo me mantenía bien oculto entre las demás personas, ayudado también por la distancia y los últimos rayos del sol.

En la playa varias familias y curiosos se reunían alrededor de un grupo de malabaristas enmascarados que jugaban con fuego sobre la arena. Christine se arregló el cabello en una trenza y se sumergió entre el gentío. Yo no quería que me sorprendiera de nuevo, me mantuve fuera del grupo y esperé verla salir por alguno de los costados. Pero más gente fue llegando y el círculo de rostros y brazos creció y engordó con la aparición de la noche y me encontré dentro de él, rodeado de borrachos, turistas y niños, algunos que lloraban, otros que reían. El fuego también creció y los malabaristas en el centro lo usaban para trazar símbolos enormes que crispaban el aire e hipnotizaban a todos de la misma forma como la hace una fogata en un bosque frío.

Y así, en un instante, el espectáculo terminó, la multitud se esparció poco a poco y yo permanecí ahí en mi lugar, con anillos de fuego ardiendo aún en los ojos, sin saber qué había significado todo eso, hasta que las estrellas al fin se volvieron claras sobre el Atlántico. *Was willst du?* La marea atenuaba la voz de Christine, pero como si ella pudiera imponerse a la naturaleza, repitió su pregunta cuatro o cinco veces más. *Was willst du?*

No supe qué quería y no me molesté en contestar. Era un poco más alta que yo y olía a fruta quemada. Me recriminó de nuevo en esa lengua de bárbaros que nunca pude aprender de su padre, y cuando mi ignorancia fue obvia pasó a un inglés que contrastaba de tal forma con el de Ulrich, que cualquiera hubiera pensado se trataba de una inglesa harapienta que hablaba un alemán excelente. Sabía que desde la tarde la había estado siguiendo, me dijo.

También me reconocía, según ella, como el amigo bueno para nada de su padre y quiso saber si no me daba vergüenza aprovecharme de un hombre que no era sólo mayor, sino también un enfermo.

No sabía de qué hablaba. Ulrich era el viejo más lúcido y saludable que yo había conocido y si ella lo veía decaído, le dije, seguro era por su presencia, sus histerias de niña mimada y por no haber llevado a su hija a pasar las vacaciones con él. Christine soltó una risilla trágica que me pareció más de resignación que cinismo. ¿Te dijo eso?

—¿Qué?

—Papá no tiene ninguna nieta.

—No entiendo.

—No tengo ninguna hija. ¿Cómo quieres que te lo explique?

—Pero Ulrich me dijo que tú...

—Mi hija murió hace ocho años.

—Pero él me mostró el origami que hizo. Seguro lo viste. Ha estado trabajando todo este tiempo para...

—Y también te habló de sus viajes, de sus investigaciones y aventuras, ¿verdad? Te habló de las sirenas y los monstruos de las selvas, ¿sí?

—Me dijo que trabajó en una organización en Fráncfort para el cuidado de animales.

Christine encendió un cigarro y por un momento que en verdad fue hermoso; escuchamos sólo las olas y los gritos de unos niños no muy lejos de ahí. Ulrich jamás trabajó en un lugar de ese tipo, me dijo. Su verdadero interés siempre fue la zoología, pero al final tuvo que ceder a la presión de su padre y encontró trabajo en una agencia de construcción. Se escapaba de la oficina para mirar las aves entre

los edificios y las ardillas en algún parque, y si esas excentricidades se le perdonaron fue sólo por la relación filial. Aun así, algo tenía que hacerse y lo utilizaron como un ejemplo para los demás. Perdió su posición dentro de una oficina cómoda y lo trasladaron a los sitios de construcción como asistente del supervisor en turno, aunque en realidad sus únicas responsabilidades eran los pedidos de material, el pago a los albañiles y los registros en la bitácora de progreso, los cuales adornaba siempre con comentarios sobre escarabajos, arañas y gusanos que observaba durante las horas en las que se suponía debía estar trabajando. Fue un milagro, al parecer, que no perdiera también ese puesto, aunque con los años migró a otras profesiones que le permitieron un poco más de flexibilidad intelectual. Su último empleo había sido como profesor en una *grundschule*, donde los niños preferían oírlo hablar sobre la diferencia entre las aves córvidas y limícolas o las ballenas dentadas y barbadas, en lugar del álgebra y la geometría que la dirección escolar consideró materias que alguien con su experiencia profesional podía enseñar. Poco antes de retirarse, según Christine, quiso publicar un ensayo sobre las diferencias de comportamiento entre las palomas urbanas y rurales, pero fue rechazado por todas las publicaciones especializadas debido a la falta de rigor técnico y la tendencia de Ulrich por la conjetura poética en lugar de la experimentación y la hipótesis. Aquello, para él, fue el final de la carrera que imaginó como divulgador científico, incluso antes de que ésta iniciara. Entonces comenzó a escribir fantasía, dijo Christine y arrojó el cigarro. Todas las noches escribía en la cocina cuentos de animales mágicos y aventuras sin sentido. Nos pedía a mi hermano y a mí que las leyéramos, pero nunca quisimos decirle lo que pensábamos. Las envió a revistas, también a

concursos. De la mayoría no supo nada, y las pocas respuestas que llegaron eran siempre rechazos. Escribió ochenta o noventa cuentos, o cien, no sé. Creo que él mismo se dio cuenta de que no llegaría a ninguna parte con eso. No conozco ningún amigo suyo que le diera alguna crítica y mi madre se fue cuando yo tenía nueve años. Mi hermano también se fue muchos años después a Sídney. No sé qué es lo que hace ahí, casi nunca nos habla y papá se hizo más distante. Era feliz con sus libros. Libros de botánica, astronomía y animales, siempre los jodidos animales. Sólo se atrevió a salir de su mundo cuando supo que sería abuelo. Escribió nuevos cuentos, para la niña decía, y se los leería todas las noches. Se llamará Ingrid, como su abuela, dijo papá un día. Yo le decía que no había manera que él supiera si sería niña o niño, pero me contestaba que él sabía eso y mucho más. Aprendió origami para adornar la habitación de la niña. Era feo, mal doblado. Parecía cualquier cosa menos el animal que intentaba ser. Antes de que naciera Ingrid ya había mejorado su técnica, aunque nada como lo que hace ahora. Seguían siendo figuras feas, pero al menos podías saber qué era qué. Cada animal que hacía tenía un nombre propio; también tenían historias, casi todas mágicas. Entonces pasó el accidente y después de la muerte de Ingrid, papá se encerró de nuevo en sus libros y preocupaciones. Habló poco esos años, continuó diciendo Christine y encendió otro cigarro mientras se sentaba en la arena. Sus lecturas cambiaron. Libros de parapsicología y fantasmas y gente mística en las selvas y los bosques. Una noche hizo su maleta y dijo: voy unos días a Rügen. No volví a verlo sino hasta cuatro años después, y sólo por su propia decisión, pues la policía ya lo había declarado oficialmente extraviado. No sé cómo hizo para evadir a las autoridades, pero

así fue. De nada sirvieron mis reclamos. Papá estaba convencido de que no había sido irresponsable por ausentarse todos esos años; al contrario, decía, había tenido la oportunidad de ver el mundo. Con él traía un camaleón dorado, de manchas rojas y del tamaño de un perro. Se llamaba Elvia, me dijo, y la había conocido en Sandango. Hablaba de ella como si fuera una persona, la sentaba en la mesa a comer y paseaba por el parque con esa cosa bajo el brazo. Decía que a ella no le gustaba el clima de Fráncfort —continuó Christine— que por eso casi nunca tomaba su forma humana, acostumbrada como estaba a las humedades intolerables del Caribe. En las raras veces que lo hacía, según papá, y siempre cuando yo estaba en el trabajo o con amigas, se transformaba en una mujer bronceada, de cabello negro, muy largo y de ojos rosas. La llevaba a comer fuera, me decía papá, y le hablaba de todas las demás maravillas que había conocido en los años que estuvo extraviado. Admito que no lo veía así de contento en mucho tiempo, pero me preocupaban sus fantasías y aunque le insistí en que fuera con el médico, no quiso hacerme caso. Una tarde en que llegué temprano a casa y papá no estaba, no sé adónde había ido, Elvia se paseaba por su habitación como si estuviera aburrida. Me dio lástima el maldito animal, así que lo llevé a una tienda de mascotas que maneja un amigo y le hice prometer que no le diría nada a papá. Yo creí que eso sería lo mejor, en verdad lo creí, pero cuando volví a casa encontré a papá sentado en la cocina a oscuras. Se fue, dijo, ahora sí se fue. Al otro día ya no quiso hablar de nada con nadie. Si hubiera sabido que iba a reaccionar así —continuó Christine— no me hubiera llevado a esa lagartija, y tú tal vez no estarías metido en todo esto. Papá continuó con sus origamis y sus cuentos, como si fueran sustitutos de Elvia, pero sobre

todo de Ingrid. Seguía pensando en ella. Inventaba historias sobre lo que harían cuando la viera de nuevo y yo sólo lo dejaba hablar acerca de esa nieta que apenas conoció. Finalmente, mi tía me convenció de que lo mejor para él sería otra temporada lejos de casa, en un lugar donde pudiéramos vigilarlo, que tal vez así podría olvidar lo que había pasado. Pero cada vez que vengo aquí lo encuentro peor. Le pido que vuelva conmigo, quiero que vuelva, pero dice que ésta es su casa, que sólo aquí es donde se reunirá con Ingrid y no sabes cuánto me preocupa escucharlo decir esas cosas.

Se levantó y sacudió la arena de sus pantalones. Debía volver a casa de Ulrich a preparar algo para cenar y hacer sus maletas. Yo esperaba que me invitara a comer con ellos, pero, desde luego, no lo hizo. Caminamos junto a los cafés y bares que se extienden por la línea de la costa hasta perderse en las luces del horizonte. Yo prefería ir a pie hacia donde fuéramos, pero Christine hizo señas a un taxi. Ya comenzaba a subirme con ella cuando me detuvo con la mano. ¿A dónde creía que iba? Voy contigo hasta el apartamento, dije. Escupió sobre los adoquines, entre mis botas, y se encerró en el auto de un portazo. Ella sabía cuidarse sola y no necesitaba de alguien como yo, un metiche, me dijo, para moverse por la ciudad.

El taxi se deslizó junto con motocicletas y peatones y lo vi desaparecer entre edificios roídos por el viento y la sal. Seguí caminando sobre la costa, repasando las palabras de Christine. Dejé atrás el bullicio y me recosté sobre la arena, bajo la franja de la Vía Láctea. No estaba convencido de lo que había escuchado, pero tampoco dudaba que algo de eso podía ser verdad.

El miércoles vi a Ulrich, todo sonrisas. No le pregunté por Christine; temía que mi imprudencia agriara su buen humor, pero fue él quien la mencionó. Había vuelto a Fráncfort el domingo por la noche en uno de esos vuelos en los que no se permite más de una maleta. Sirvió café y comenzamos un nuevo juego de ajedrez. Hablamos de lo que había ocurrido en nuestros últimos días; de los suyos dijo poco y de los míos casi todo lo inventé. Cuando ya no hubo más qué decir, le pedí que me contara más sobre sus viajes y estudios, y por un momento creí cada una de sus palabras, sobre todo las más extraordinarias y absurdas.

Nuestras reuniones continuaron con la misma periodicidad de antes y la visita de Christine quedó atrás de la misma forma como ocurre con las cosas desagradables: borrosa, pero no del todo olvidada. Ulrich confesó que necesitaba ayuda para terminar el bestiario antes de ver a su nieta el siguiente verano. Me enseñó a doblar papel y aprendí las instrucciones e historias detrás de los animales que aún quedaban por agregar. Historias y más historias, tras otras tantas historias que no parecían tener fin. *Sind Sie viel gereist?*, le pregunté un día en el poco alemán escueto que aprendí con él. *Ja*, dijo. *Mein ganzes Leben*.

Ulrich desapareció sin aviso seis meses después y jamás lo volví a ver. Fue su arrendatario quien me contactó, pues en algún momento Ulrich le dio mi teléfono como número de contacto en caso de alguna emergencia. Quiero que saques toda esta mierda de aquí, dijo y acordamos vernos a primeras horas de un sábado, pues en ese entonces yo había encontrado un trabajo, en teoría

respetable, como traductor de documentos oficiales en una agencia que se tragaba mis días enteros.

El arrendatario era un hombre diminuto y enclenque, pero se movía como un gallo de pelea. Me preguntó si sabía dónde jodidos podía estar Ulrich y si tenía una jodida idea de cuánto dinero le debía ese jodido alemán y cuando quedó satisfecho con mi honestidad me dio una copia de las llaves. Tenía el fin de semana para vaciar el apartamento de todo lo que no fuera mobiliario, de otra forma lo regalaría a un mercado de pulgas o lo quemaría en una pira funeraria que se vería desde la luna. Así lo dijo, desde la luna.

En su prisa por desaparecer, Ulrich dejó sus libros, papeles, fotografías y algo de ropa. El bestiario, sin embargo, había desaparecido y supongo que aún debe seguir con él, aunque en ese momento, y en los días por venir, temí enterarme por las noticias sobre el descubrimiento de un viejo desconocido flotando cerca de la orilla de la playa, rodeado de origami. Guardé las fotografías y varios de sus papeles en mi cuarto de lavandería, dentro de cajas que pasaron a ocupar el mismo sitio donde antes estaban las cosas de Alicia. Pero los libros no tuvieron suerte. Me llevé cinco manuales de zoología, tres alemanes y dos ingleses. Lo hice sólo por los dibujos y los mapas, aunque de vez en cuando los hojeo, como si quisiera encontrar en ellos algo extraviado que aún no sé cómo buscar.

El resto de su biblioteca, creo, debe estar esparcida en los mercadillos y librerías de viejo de San Onofre, pues no recuerdo haberme enterado de ninguna gran pira funeraria, como amenazó el arrendatario, y si la hubo entonces nadie la vio. Me gusta creer que eso puede significar algo.

Una noche, casi dos años después, hojeaba una de esas revistas de historias curiosas y escandalosas que casi siempre se encuentran junto a los cajeros de los supermercados. Compendios de noticias y chismes de todo el mundo sobre apariciones de Pie Grande, lluvias de peces y avistamientos de Elvis a bordo de platillos voladores. Entre todo eso me llamó la atención una nota sobre algo que había ocurrido en Fráncfort, según la fecha dada, más o menos durante los días que siguieron a la desaparición de Ulrich. Los testigos fueron los cuatro miembros de una familia clasemediera que encontró en su sala a una mujer sin ropa, de piel dorada, cabello largo, oscuro, y ojos rosas. Hablaba una lengua que sonaba como gotas de agua, pero también se comunicaba con un poco de inglés y español, aunque no sirvió de mucho, pues su acento, según los cuatro, era tosco y algo aletargado. Al parecer, la esposa concluyó que su marido la engañaba con una amante exótica, una inmigrante que de alguna forma él había logrado ocultar en su apartamento, y entre la confusión y los gritos, la mujer de los ojos rosas escapó. Los hijos, ambos adolescentes, no prestaron atención a la pelea de sus padres y vieron como la mujer corría escaleras abajo de una forma torpe. Luego fueron a la ventana y la vieron de nuevo, tropezando en la calle vacía, aturdida por las luminarias y el frío hasta que se perdió en la noche.

No me dio pena, como normalmente lo haría, y compré la revista. El muchacho en la caja me miró como si yo fuera un leproso y la tomó entre el pulgar y el índice, tal vez temiendo infectarse de ignorancia. Aún la guardo entre mis libros, y con la nota he hecho un camaleón encorvado sobre mi mesa de centro, su cuerpo una confusión de colores y palabras, un caleidoscopio en el que cualquier cosa se podría observar.

Lo inmenso y lo terrible

Llegué a la casa azul en busca de Luis Björstrand, pero ya se había ido. Les prometió a todos que algún día volvería, y cuando crucé la puerta, algunos de los residentes se juntaron a mi alrededor, tal vez creyendo que al fin había llegado la fecha esperada. Aquel optimismo se volvió un suspiro: unos regresaron a la sala, otros a sus lecturas y yo me quedé ahí en el vestíbulo. Perdónelos, dijo el gerente, los jóvenes como usted no acostumbran estos lugares. Alguien tomó mis cosas y las llevó a la tercera planta, a una habitación de vista serena, oscurecida por los árboles y los pájaros, traicionada sólo por el tronar del mar un poco más allá.

Pasé la tarde ahí dentro, recostado sobre la cama. Aún no quería molestar a nadie con mis preguntas o mi presencia. Del aire colgaba la sal que con los años se había filtrado por entre las grietas y las

ventanas, el papel tapiz era nuevo, brillante y de motivos geométricos, aunque en algunos puntos se veía moho y ecos de una decoración anterior. Afuera, las nubes difuminaban la luz del cielo; hacían que todo pareciera una pintura a la que se le escapaba el color.

Bajé a cenar poco antes de la medianoche, tres viejos tomaban café y dejaron de hablar cuando me vieron en el umbral del comedor. Uno de ellos dijo que la cocina estaba cerrada ya, pero aún quedaba un poco de pastel en la despensa y era bienvenido a tomar todo lo que quisiera. Sólo comí un trozo. Era como una esponja, sin decoración; sabía a menta y azúcar de palma. Los hombres siguieron con su conversación en una lengua que en mi imaginario sonaba a griego, aunque bien pudo haber sido sánscrito o húngaro.

Me serví agua y los dejé con sus secretos para familiarizarme con lo que sería mi hogar voluntario en los siguientes días mientras pensaba qué hacer. Fui a la biblioteca, que era de dos plantas, al cuarto de juegos, al salón de ejercicios. Salí al jardín, que con la ayuda de la noche se confundía con el resto del paisaje al otro lado de la verja. Un camino de lajas se extendía más allá, hacia la boca de un bosquecillo. Lo seguí hasta llegar a un claro donde encontré un telescopio, fijo en un punto en el que debía encontrarse una gran estrella o galaxia, pero que en ese momento estaba cubierta por un manto de nimbos.

Cuando volví a la casa azul los tres viejos se habían marchado del comedor, aunque algunas de las luces en la planta baja seguían encendidas y otras personas podían escucharse no muy lejos. En ese lugar, descubrí, uno podía hacer lo que quisiera, manejarse como mejor le pareciera, pues el sistema de etiqueta y consideraciones sociales de afuera se quedaba afuera. Con el tiempo supe que hubo

algunos huéspedes, varios en realidad, que habían llegado años antes sin decir palabra, gente a la que nadie volvió a ver hasta que el personal de limpieza los encontraba muertos en sus habitaciones o alguien se topaba con ellos por la madrugada vagando en la playa.

En la sala, sentados frente a un acuario que abarcaba casi toda una pared, encontré a otros dos hombres que discutían sobre los méritos de sus países. Me invitaron a unirlos, aunque no había ninguna forma en que pudiera contribuir a su conversación. El más viejo, Yevgeny, decía que las naciones al norte, favorecidas por el frío y el crepúsculo, eran cultural e intelectualmente superiores a las del sur, teoría que reforzaba citando algunas lecturas de antropología dudosa y recordando sus viajes y experiencias en el mar de Barents. Ahí en el Ártico, nos dijo, pasó sus ratos libres, que fueron muchos, imaginando soluciones para la conquista del sistema solar o buscando respuestas a problemas científicos, ejercicios de la imaginación que no podía hacer de nuevo con la misma eficacia mental desde que se trasladara a latitudes más cálidas. El otro hombre, Salvador, con quien Yevgeny llevaba años discutiendo el mismo asunto, me enteré después, juraba que en el sur, lejos de la indiferencia del universo, la vida se energizaba y tenía sentido, las preocupaciones metafísicas no se entrometían con la pasión, y la lucha por el pueblo no sólo era justificada sino emocionante. Daba la impresión de que había memorizado todo eso de alguna parte y su fanfarronada opacaba los susurros del otro, que le miraba con esos ojos que tenía tan gastados. ¿Y yo qué opinaba? Los dos se quedaron en silencio, esperando a que dijera algo.

¿Yo? Yo no era nadie. Lo había dejado todo para seguir la pista de Luis Björstrand, no sabía por qué, y lo poco que conocía del mundo

no era suficiente para refutar o corroborar o entretener a unos ancianos insensatos. Tenía poco tiempo de haber cruzado el Atlántico y llegar a Teranserí, y estaba cansado de seguir un rastro que se enfriaba cada vez que me le aproximaba. Mi único conocimiento certero se limitaba a un nombre y un apellido y de los demás asuntos del mundo me era imposible hablar, ya no se diga tener opinión. ¿Conocían a Luis Björstrand? ¿Lo habían visto? Los viejos continuaron en silencio.

Un sabio, dijo al fin Yevgeny. Un titán, continuó Salvador.

Con los meses la idea que hasta entonces yo tenía de Luis Björstrand pasó del entusiasmo del admirador a la confusión del decepcionado. ¿Qué era lo que me asombraba de él o esperaba encontrar? No lo sabía o puede ser que lo hubiera olvidado después de buscarlo durante tanto tiempo. Recuerdo haber leído un libro suyo en el que teorizaba sobre la naturaleza precognitiva de algunos sueños; otro en el que plantaba las bases de una idea a la que llamaba *Landgeist*, algo así como el alma de la tierra. También había leído artículos suyos en revistas, editoriales en los periódicos, sobre política y filosofía, propuestas para nuevas utopías, todas ellas ideas que en algún momento me parecieron novedosas y devastadoras. De igual forma era posible que toda esa persecución mía fuera sólo un arrebató, como ocurre con el inversionista que decide un día dejarlo todo para dedicarse a la pesca o el cenobita que se encierra en un claustro para extraviarse en las grietas de su

ser. Luis Björstrand era, a fin de cuentas, sólo un hombre, tan propenso a la enfermedad y la muerte como cualquier otro, aunque de él se hablaba como si de un yogui se tratara. De su breve estancia en la casa azul escuché mucho, todo confuso y aderezado de maravilla. Nadie sabía adónde había ido, pero la promesa de su regreso fue excusa suficiente para que incluso los más melancólicos ahí esperaran con gusto la llegada de cada mañana.

A Yevgeny, con quien yo hablaba casi todos los días, Luis Björstrand le recordaba a un colega asombroso que se había extraviado en días ya lejanos, cuando ambos ejercían la meteorología. Sobre todo sus ojos. Cómo debía pesar el mundo para alguien que miraba de esa manera, me dijo entre sorbos de agua una mañana en la que ninguno de los dos teníamos algo por hacer, además de charlar en la sala. Pero usted y yo somos comunes y corrientes, agregó. ¿Qué vamos a saber de esas cosas?

Hace ya tiempo, continuó diciendo Yevgeny, un alto rango del gobierno se presentó en mi casa en Moscú y esperó hasta que mi esposa e hijos terminaran la cena y estuvieran en la cama para invitarme a ser parte de la gloria humana, encabezada por nuestra gran nación. En aquel entonces la exploración del Ártico era tan prestigiosa como la del espacio, y después de cuatro semanas me enviaron junto con otros tres técnicos a una base, una cabaña miserable en Khodovarikha, a medir la densidad del hielo, la temperatura del agua, la velocidad del viento y la intensidad de las auroras. Fueron los primeros meses más tranquilos de mi vida. Olvidé a mi mujer y a los niños, a mis padres y amigos, mis logros y ambiciones y no me sentí mal por eso. La calma estaba en el horizonte, en el cielo y en mi cuerpo. Ya se ha escrito mucho acerca de los efectos de los paisajes

solitarios sobre la mente; me convencí de que yo era la nieve que pisaba, el aire que sentía y las estrellas que observaba; mi dominio se extendía a toda la vastedad a mi alrededor y supe que jamás quería irme. Años después descubrí que ésa es la misma sensación que experimentan algunos cosmonautas al volver a la Tierra, así como quienes se pierden en el desierto o en el mar. Pero también existe un reverso de esta experiencia tan beatificante, ¿sabe? Ocurrió que, en el último cuarto de la noche polar, Konstantin y Mikhail, la mitad de nuestra expedición, se marcharon a explorar un faro abandonado. No tardamos, dijeron, y diez horas después de una tormenta de hielo, Yuri, mi otro colega, y yo tuvimos que ir a buscarlos. Ya después de un tiempo pensé que también nosotros nos habíamos extraviado, hasta que Yuri vio el faro a lo lejos y gritó, jalándome del brazo como si eso sirviera de algo. Dentro encontramos a Mikhail diciendo barbaridades. Konstantin, nos explicó, lo había dejado solo. Lo hizo con una tranquilidad nada corriente, después de quitarse el abrigo, luego la camisa, los pantalones y las botas, hasta quedar como un simio lampiño. Eso de desvestirse es común entre quienes sufren de hipotermia, pero en ese momento no se me ocurrió siquiera pensarlo. Konstantin pidió a Mikhail que permaneciera dentro del faro, que no podía seguirlo a donde él iba y, sin más, desapareció afuera en lo blanco. Como le digo, continuó Yevgeny, en ese momento no supe qué pensar de todo eso; pudo haber sido una invención de Mikhail. Pudo haberlo matado por cualquier razón que tuviera, deudas o mujeres, y escondido el cuerpo, aunque no encontramos el cadáver por ninguna parte. Además, la ropa que Konstantin dejó dentro del faro no tenía rasgaduras ni marcas de sangre. Pero si lo que Mikhail nos contó a Yuri y a mí era

cierto, y no tengo dudas de eso, y si Konstantin no había perdido el juicio por culpa de la hipotermia, entonces él era en verdad superior a todos nosotros. Superior a mí, pues donde yo sólo había sentido una disolución parcial de mi identidad ante el paisaje, la disipación de una persona, de una colección de moléculas con mi nombre, jamás habría podido entregarme a los elementos de esa manera tan despreocupada. El horror y la maravilla del mundo estarían siempre ausentes de mi vida, a menos que estuviera dispuesto a hacer el tipo de sacrificio al que no tenía predisposición, no sé si por la sangre cobarde de mis padres o una flaqueza de mi carácter. Incluso si me hubiera convencido de perderme en esas regiones salvajes, a mi alcance estaba siempre la tentación del abrigo, de la base, la comida, el equipo de radio, el regreso a la patria en sólo unas semanas. Todas esas comodidades tan viles, pero necesarias, para la preservación de nuestros cuerpos, siempre contrariando la evolución de nuestro espíritu. Muchos buscan ese horror que se confunde con la fascinación por lo infinito, la mayoría no sabemos por qué. ¿Verdad? Ahora imagine usted qué cosas me contó Luis Björstrand. Si sólo usted hubiera estado aquí para escucharlo hablar de cosmología; esa voz me llevaba siempre a esa primera experiencia en el hielo, cuando Yuri y yo encontramos a Mikhail idiotizado dentro del faro. Improvisamos un trineo con la basura que encontramos y lo arrastramos de vuelta a la base. En los días siguientes Mikhail durmió poco y no quiso comer, hasta que una tarde ya no quiso hablar con nosotros; fue a su habitación y no volvió a despertar. Lo cubrimos con dos mantas y varios abrigos, y mientras Yuri se lamentaba por toda esa mala suerte y contaba las horas para nuestro regreso, yo continué haciendo mediciones, satisfecho con mi humilde posición como observador

del abismo. Cuando al fin vinieron por nosotros, Yuri se arrastró hasta las botas del capitán y suplicó que lo devolviera a la tierra del Cristo Ortodoxo, lejos del infierno. ¿Y yo? Yo sólo quería que me abastecieran con suficientes víveres y me dejaran pasar ahí el verano que ya iniciaba, pero me convencieron, en realidad me obligaron, de volver a casa y pasar un año con mi familia antes de ser enviado a otra estación el siguiente invierno. Y esa fue mi rutina por los siguientes treinta años, hasta que pasó lo que pasó y terminé aquí, en esta casa, hablando con usted.

Mientras Yevgeny me contaba eso, Salvador y los demás residentes habían ido entrando a la sala. Había tantas conversaciones a nuestro alrededor, que la voz del ruso quedó engullida por el griterío y tuve que acercarme más de lo que a él le gustaba para escucharle hablar. Un fotógrafo, el único otro joven en la casa azul, daba órdenes y preparaba el equipo de luz. Era el día de la fotografía de generación, frente al acuario, y la próxima no sería sino hasta dentro de cinco años.

Salvador me tomó por los hombros. No seas tímido, dijo, que ya eres uno de los nuestros, y me acomodó entre él y Yevgeny, en la segunda fila. A los dos días la foto pasó a decorar la pared más oriental de la biblioteca, junto con todas las demás. Durante dos años había estado esperando el regreso de Luis Björstrand, pero era cierto que ya comenzaba a sentirme como uno de ellos.

Comencé a aceptar la posibilidad de que Luis Björstrand tal vez no regresaría, junto con la convicción de que toda esa búsqueda tras

un supuesto gran saber de la vida, encarnado en un solo hombre, había sido una irresponsabilidad de mi parte. Los ignorantes tendemos a confiar en soluciones absolutas. Recordaba todo lo que había dejado, allá en otro país, y me sentía estúpido más que frustrado. Qué magnífica, qué seductora es la idea del iluminado, que por el solo hecho de pensar diferente, o sólo por virtud de su carisma, juzgamos capaz de comprender lo incomprensible. Como si los verdaderos misterios de este mundo pudieran en verdad comprenderse.

Era así como yo pasaba los días, pensando en el tiempo desperdiciado y en lo que debía hacer para enmendarlo. Había perdido el rastro de Luis Björstrand, ignoraba por dónde más buscarlo, y, peor, tampoco sabía si aún quería encontrarlo. La verdad es que no se estaba mal en la casa azul. Pasaba todo el día en la biblioteca, donde leía frente a las fotografías de generación y hablaba poco. A los viejos les gustaba tenerme cerca, alguien que les ayudara a mover muebles, revisar las cartas que escribían a sus hijos o escucharlos despotricar sobre las miserias de la nueva juventud. Salvador y Yevgeny discutían todos los sábados poco antes de la cena, y las riñas que no podían solucionar con argumentos las saldaban con pequeñas victorias en sus juegos de damas. Luego hablaban de toda clase de anécdotas personales, muchas de las cuales ninguno sentía pudor de contarlas en mi presencia.

Raras eran las ocasiones en que Yevgeny se aventuraba más allá de la casa, aunque le gustaba dibujar de vez en cuando en la playa. Salvador prefería la rutina de tomar limonada junto al telescopio todas las tardes después de una siesta. Así espiaba a los pájaros, que eran su afición, aunque evitaba maravillarse con las estrellas e inmiscuirse en lo que ocurría tras las ventanas de la casa azul. No

me gusta estar aquí afuera de noche, dijo una vez en que me lo topé vagabundeando por el bosquecillo, y lo de espiar a la gente ya no es lo mío. Todos los domingos tomaba un autobús a San Onofre y ahí se perdía en las calles, hablaba con amigos y pasaba veladas con una novia que tenía. En una ocasión me invitó a que lo acompañara a la ciudad para cenar juntos en el restaurante-bar del hotel Príncipe, donde se hospedaba su hijo Enrique, quien acababa de llegar de Sandango para intentar convencerlo, como cada año, según me dijo Salvador, de volver a su país y llevar el retiro como el héroe de guerra que era en lugar de sumirse en la tranquilidad de una pensión anónima en el extranjero.

Me parece que es una verdad universal decir que las tardes de domingo son por lo general melancólicas, así que pasar el resto del día en compañía de un viejo ruidoso y brabucón me pareció mucho más atractivo que desperdiciar el resto de las horas conmigo mismo. En cuanto llegamos a San Onofre, caminamos desde la central de autobuses rumbo a la catedral para atender la misa de seis. Salvador era ateo, incluso me confesó haber organizado una quema de biblias poco después de la Revolución, pero al igual que toda la gente de su tipo, sabía reconocer y respetar el poder cuando lo tenía de frente. Escuchó cada una de las palabras del sacerdote, se puso de pie cuando había que hacerlo, también se santiguó e incluso comulgó. Cuando salimos, y sólo tal vez para cubrir apariencias conmigo, escupió entre los ojos de un Cristo labrado en el portón principal y juró que la muerte del último cura sería la victoria universal del pueblo.

Fuimos a un café minúsculo entre dos calles muy mal iluminadas, donde al poco rato se nos unió otro viejo de ojos morbosos y

manos delicadas. Se llamaba Humberto Escalante y, como Salvador y los demás hombres que fueron llegando a la mesa, había tenido un cargo de relevancia en la División de Inteligencia de la República de Sandango. Salvador me daba golpecitos en la espalda con cada nuevo personaje que se nos unía. Este muchacho es un gran amigo, gritaba, y me presentó como su biógrafo personal, como un investigador comprometido con la historia de la Revolución. No pude hacer otra cosa más que permanecer ahí sentado, sonreír y escuchar cada una de las historias de todos esos esperpentos hasta que Salvador me deslizó unos billetes y una hoja con una dirección e instrucciones de entregar ahí una caja de chocolates y rosas para luego estar de vuelta en el café antes de las diez.

Me despedí de todos. Humberto puso cara de sapo y preguntó por qué lo dejaba solo con esa gente tan grosera; después se dio cuenta de la manera en cómo Salvador le miraba y mejor se entretuvo revolviendo su café. Compré las rosas y los chocolates en la primera tienda que encontré, sin prisa alguna en cumplir con esa tarea que no tenía ningún interés en hacer. La dirección era la de una casa a sólo unas cuantas calles de donde me encontraba, una construcción de gloria vieja que aún conservaba en la fachada cicatrices de alguna guerra. Me recibió un muchacho en uniforme y esperé en la sala casi veinte minutos hasta que la dueña me dio la bienvenida. Se llamaba Emily Nelson; olía a duraznos y tomó los regalos que yo había escogido con tanto cuidado sólo para arrojarlos sobre una mesa, como si se tratara de una bolsa llena piojos. Salvador siente no poder venir, dije. Ella giró los ojos. ¿A quién le importa ése?

Tenía acento de Estados Unidos, no podría decir bien de qué parte, y seguimos hablando en inglés. Me preguntó de qué país

venía. Entonces somos vecinos, gritó entusiasmada cuando se lo dije y pidió al muchacho de uniforme que nos trajera algo de vino. Luego me habló de los viajes que ella y su esposo, *God rest his soul*, habían hecho por mi país durante los ochenta. Le encantaban las playas y el gran catálogo arqueológico, pero en especial se había enamorado de la Capital, no sé por qué. La describía con unas palabras que la hacían parecer Arcadia, mientras que para mí siempre ha sido un hervidero de miserias, aunque me cuidé de no decírselo por miedo a ensuciar todos sus buenos recuerdos.

Hablamos y bebimos, Emily más que yo. Cuando apenas terminaba mi primera copa, ella ya iba por la tercera. Quiso saber sobre mis viajes, mi trabajo, lo que hacía en Teranserí, si me gustaba San Onofre, desde cuándo conocía a Salvador, cuál era nuestra relación y si había conocido ya a su hijo, Enrique. Al principio tuve la impresión de que intentaba averiguar algo mucho más trascendente sobre mí y no sólo datos biográficos, como si buscara información vital o fuera una espía. En realidad, pensé después, se trataba sólo de una mujer encerrada en una casa demasiado grande, incluso para una familia numerosa, y no debía pensar mal de ella sólo por haber querido extender nuestra charla.

Emily debía ser veinte años más joven que Salvador, y por respeto no pregunté cómo ella, en sus propias palabras, la viuda de un gran militar se había vuelto la pareja de alguien como él. Tal vez intuía mi curiosidad o tal vez sólo quería seguir hablando después de haber encontrado a alguien con la paciencia para escucharla. Puede ser que sólo fuera el vino. De cualquier forma, me dijo que su esposo, Stuart Nelson, había sido muy condecorado y respetado, un hombre de influencia con quien conoció el mundo y que por

desgracia había muerto en Sandango, muchos años antes, mientras hacía trabajos especiales para la gente de Washington. Así lo dijo, sin más, y como si se diera cuenta de algo vergonzoso pero espontáneo, abrió los ojos y soltó una risa. Historia antigua, dijo. Historia antigua. Luego cambió de tema y hablamos de simplezas hasta que los silencios se hicieron más largos y ni ella ni yo supimos cómo seguir con la conversación. Me fijé en la hora, simulando sorpresa por lo tarde que se había hecho, me disculpé con alguna excusa y le prometí que intentaría visitarla de nuevo, sabiendo muy bien que no lo haría. Creo que ella lo sabía también.

Volví al café poco después de las diez, cuando ya todos los viejos revolucionarios se habían marchado y los meseros recogían sus propinas. Uno de ellos, uno con humor de perros, me indicó cómo llegar al hotel Príncipe e inmediatamente se desinteresó de mis otras preguntas. Caminé un rato por la calle medio vacía, para nada preocupado por haberme separado de Salvador y sus amigos, más interesado en las historias de Emily y lo que fuera por lo que su marido había muerto al inmiscuirse en los asuntos de una república bananera como Sandango.

Más adelante encontré a Salvador y a Humberto Escalante riendo como unas gallinas. Aún nos quedaba algo de camino por delante, así que sugerí tomáramos un taxi. Ambos recriminaron mi falta de vigor. Salvador presumió que a mi edad él hacía maratones por la selva, y si ya no participaba en esas cosas era sólo porque su corazón estaba malo. Humberto alardeó de sus proezas en la lucha grecorromana y enumeró a todos los contrincantes que había derrocado cuando era incluso más joven que yo. Cuando tan sólo era una criatura, agregó muy ufano. Yo lo único que quería era llegar al hotel y tomar una soda.

Durante todo el camino los dos hablaron sobre la gloria de Sandango, de sus nuevos líderes, del imperialismo yanqui que sofocaba al planeta. Al fin llegamos al restaurante-bar del Príncipe, donde el hijo de Salvador, Enrique, parecía haber estado esperando dos eternidades. Llevaba puesto un uniforme de gala blanco adornado de medallitas por sus éxitos bélicos, todo con mucha pompa que de nada sirvió para solapar su pinta de borracho triste. Humberto se apresuró a tomar lugar junto a él, muy emocionado al principio, pero después prefirió fijar su atención en el camarero rubio que llegó para atender nuestra mesa. Padre e hijo hablaron de asuntos trillados y sin importancia, hasta que Salvador le aseguró que yo era de confianza.

Enrique, que para ese entonces ya debía haber tomado demasiado, me miró con una sospecha exagerada que me hubiera dado risa de no tratarse del hijo mimado del déspota que se sentaba junto a mí. Tomó a Salvador del hombro y le pidió que volviera a casa. La patria, le dijo, necesitaba de una mano firme y justa, un héroe de la Revolución que la enderezara para llevarla por el buen camino. Pero Salvador estaba ya muy cómodo con su vida en la casa azul y era poco su interés, le recordó, por involucrarse de nuevo en la política.

Estuvieron así toda la noche, mientras yo me distraía con la música de fondo y Humberto pedía al camarero rubio más bebida y comida para todos. Y algo para ti también, niño, que yo te lo pago, decía. Enrique suplicó a su padre que no fuera terco, que pensara y tuviera fuerza y visión. Los de Inteligencia, le dijo, acababan de destapar un asunto serio en el interior, peor que el del jodido gringo ese Nelson, y en cuanto escuché el nombre recordé a Emily, hacía sólo un par de horas, y a su esposo muerto en Sandango, tal vez fusilado,

por hacer trabajos especiales para la gente de Washington. Salvador escupió sobre el suelo. Pues sé hombrecito y arréglalo como yo lo hice, dijo y me dio un guiño.

La conversación se volvió cada vez más escabrosa, a tal punto que hasta Humberto dejó sus intentos por manosear al pobre mesero. Intentó calmar los humores con un chiste de curas y rabinos que a nadie hizo gracia, pues cada negativa de Salvador enfurecía más a Enrique, su voz llena de lamentos, la cara rosada de tanta frustración y de tomar absenta. Mejor vuelve arriba y móntate a tu mujer, dijo Salvador. Ya no quiere, murmuró Enrique entre tragos, tal vez pensando que nadie lo había escuchado, pero todos en la mesa nos enteramos. Pues entonces móntate a la de otro, bufó Salvador y me dio otro guiño, como si fuéramos cómplices en alguna broma privada. ¿Qué será de mi Sandango con estos lidercillos, con estos señoritos mimados que se untan las manos con crema?, gritó, apuntando con su cerveza a Enrique y tomándome del brazo. Mira a ese desgraciado, dijo. Míralo nada más, gimoteando como un nene, esperando que le arreglen la vida. Si tuviera aquí dos hombres como Luis Björstrand, sólo dos, arreglaríamos al mundo. Ese sí que era un peleador, como los mongoles, un pensador de esos grandes, como en Atenas. Si sólo hubieras estado ahí para escucharlo hablar de filosofía, de política, del fuego interno de la lucha, del compromiso con el Pueblo, de los ideales.

Los humores se calmaron después de la cena, pero ya nadie tuvo ánimos de seguir con la velada. Salvador anunció con una risilla que se retiraba para encontrarse con alguien muy especial y se despidió de nosotros, menos de su hijo. Supuse que se marchaba a pasar el resto de la noche con Emily y me sentí mal por ella, en esa casa tan enorme y

vacía, sin otro sitio en dónde ocultarse o alguien más a quien recurrir. Humberto desapareció con el mesero y yo me quedé solo con Enrique, sin alguna idea de qué era lo que debía hacer. Vámonos, dijo cuando terminó su última absenta, y sin pensarlo mucho me fui con él.

Caminamos hasta el puerto, donde nos mezclamos con el tipo de gente cuya compañía sólo puede ser tolerada en un estado de ebriedad como el que sufría Enrique. Bailó con veinteañeras y con sesentonas, con delgadas y con gordas, con guapas y con feas. Tomó el mejor alcohol de la barra y lo mezcló con el más ruin. Se metió en peleas; alguien le robó las medallas; manchó su traje de gala con salsa o sangre. Con el paso de la madrugada cambiaron los ambientes y pasamos de clubs exclusivos a tabernas y tugurios llenos de prostitutas y desempleados hasta que terminamos en un bar karaoke tan alejado de todo, que las luces de San Onofre parecían a punto de ser engullidas por el mar y el cielo. Tomó el micrófono y amenazó con dar una golpiza a quien quisiera arrebatárselo, aunque no creo que alguien quisiera hacerlo; tan desinteresados se veían todos ahí. A pesar de lo intoxicado que estaba, Enrique no cantaba mal; hacía gestos, tomaba pose, se entregaba a su público minúsculo. Pasó del *rock* de los sesenta al *country* y luego a la balada desgarradora, con la que lo único que logró fue turbar aún más a su miserable espíritu.

Y yo lo seguí como un sectario, de la misma forma como había llegado a la casa azul en busca de Luis Björstrand, sin ninguna otra garantía salvo la creencia de que en él encontraría respuestas a mis inquietudes, las cuales eran tan difusas que en realidad no sabía siquiera cuáles eran. La facilidad con la que los demás podían llevarme de un lugar a otro, de un estado de ánimo a otro, me molestó, en especial por esa supuesta individualidad de la que tanto

me gustaba vanagloriarme. Qué espantoso es el carisma de los otros, sobre todo cuando sus almas están rotas y sus ojos se han vuelto miopes.

Y como si el nacionalismo pudiera enmendar sus fisuras personales, Enrique se aferró al micrófono, tal cual una bandera, y entonó el himno nacional de Sandango, sus marchas militares, poemas de la selva y canciones populares. Y todos los demás borrachos ahí con nosotros se lo aplaudieron, pidieron más, los hubo incluso quienes gritaron un viva la Revolución. Yo en cambio me deslicé fuera, sólo para percatarme de lo lejos que estaba de todo, de San Onofre y de la casa azul, pero en especial de lo que alguna vez creí de mí.

Algunos días, cuando me cansaba de leer o de vagar, prefería pasar el tiempo observando los detalles de cada persona retratada en las fotografías de generación que tapizaban la pared oriental de la biblioteca. Ahí estaba yo, en mi primera foto, hacía casi cinco años y ya podía notar algunos cambios en mi cara y cuerpo que hubiera preferido fueran más sutiles. Mientras tanto, Salvador y Yevgeny habían llegado a un punto mágico de la vejez en el que la edad parece congelarse, aunque eso hacía poco en preservar la vitalidad que inevitablemente se marchita dentro de los dos.

A Salvador lo encontraron en el suelo de la biblioteca. Pobre desgraciado, dijo alguien durante el entierro. Era buena gente, enmendó otro. Yo no tenía algo que agregar a esos juicios, a pesar de que en los años previos a su muerte terminé por conocer todas sus inquietudes

metafísicas. Había hecho una tradición de salir con él todos los domingos, de tomar café en la ciudad. Era entonces cuando me hacía confidencias que, según él, a nadie más le podía hacer. Él, que tanto gustaba presumir de su secularismo populista, se había reducido a todo tipo de supersticiones. Antes de dormir colocaba junto a su cama un vaso de leche caliente y en su interior alguna imagen de la virgen María, me dijo muy serio, para ahuyentar espíritus y mala vibra. Era una receta que su bisabuela le había heredado, y aparentemente era más efectiva con estampillas de vírgenes francesas y españolas. También enterraba huevos de gallina silvestre en el jardín de la casa azul. Le llegaban cada dos semanas por paquetería exprés desde Sandango, bendecidos por los chamanes de la selva y usados por los nativos como trampas para combatir a hechiceros y demonios.

Yo le preguntaba si en verdad creía en todas esas tonterías y me miraba como si yo fuera el peor tipo de hereje. Con el tiempo se volvió introspectivo y comenzó a sospechar incluso de las sombras que por las tardes crecían dentro de su habitación, hasta que un día ya no quiso salir. Yevgeny se burlaba. Decía que todos los asesinos ven a sus fantasmas, sobre todo si habían sido asesinos respaldados por el Estado. O peor aún, agregaba, la excusa del Estado. Eran comentarios que hacía a espaldas de Salvador, aunque a pesar de todo, fue él quien más se lamentó por su muerte.

Una mañana lo vi en la playa con su libreta y caja de acuarelas. A falta de alguien como Salvador con quien discutir, el dibujo se había vuelto su única otra distracción: pájaros, nubes, árboles y semillas, granos de arena, estrellas de mar e incluso un delfín mutilado que una mañana había aparecido no muy lejos de la casa azul. Me pidió

que le acompañara, pero sólo si mantenía el silencio. Retocaba en verde el bosquejo de una concha que acababa de encontrar, rugosa como un monstruo profundo de los sueños. Ya viene el día de la fotografía, dijo al terminar, y esa ruptura de su mudez fue tan repentina que no supe cuál debía ser mi reacción.

Su cabello se volvió un remolino junto con el vendaval que nos envolvió. ¿Cómo sería, preguntó, si una gran tormenta nos encontrara aquí sentados? Sería como toparnos con un dios enloquecido, dije sólo por decir algo. Pasó los dedos sobre los surcos de la concha; me explicó los procesos químicos y las razones biológicas de su formación, como si lo leyera de un libro en el que todo era fantástico. Luego la arrojó al agua. No queda ningún dios aquí, dijo. Después habló sobre el clima, los fenómenos atmosféricos y la inmensidad del océano.

Sólo había asombro en sus palabras, cada tanto interrumpidas por la tos o el viento, hasta que sus propias ideas lo trajeron de vuelta a la arena sobre la que estábamos sentados. Se puso serio, casi sombrío, pues si había una sola cosa a la que Luis Björstrand le temía, me dijo, era al océano, terrible como el tiempo. Qué pequeñas son todas nuestras pretensiones a lado de esto, dijo, abarcando el horizonte con sus manos llenas de venas. Esto tan inmenso que pone en ridículo nuestra ambición.

El fotógrafo nos citó a todos en la biblioteca el siguiente viernes. Yevgeny estaba animado. Me coloqué junto a él en la segunda fila y sonrió a la cámara como si aquella fuera su primera fotografía, cuando en realidad era la cuarta. Veinte años. Me molestaba que alguien fuera capaz de pasar todo ese tiempo en un retiro voluntario en medio de la nada y fue lo único en lo que pude pensar mientras

se nos daban instrucciones sobre dónde colocarnos y hacia qué dirección mirar. No fue sino hasta que regresé a mi habitación, ya de noche, cuando recordé que desde hacía siete años esperaba a que Luis Björstrand volviera.

El principio de incertidumbre

El día en que acordaron que Octavio diseñaría la ampliación de la casa, Fabricio Lobo le entregó un juego de las llaves para la puerta principal. Era libre de familiarizarse con las habitaciones y los pasillos durante las horas que le fueran más convenientes, o incluso podía ir sólo a visitarlo y tomar café. Ven cuando quieras, le dijo, incluso si no hay nadie aquí para recibirte.

Cuando lo hacía, que era sólo si necesitaba alguna medida o detalle, llamaba por teléfono dos horas antes para que alguien, de preferencia Fabricio, le esperara dentro. De otra forma le parecía que la libertad que se le había concedido era más el atrevimiento de un figón y no la discreción del gran profesional que aspiraba a ser. Aun así, y sin importar sus precauciones, en cada visita terminaba por cruzar la entrada como si se tratara de su propia casa. Fabricio

pasaba los días escuchando música dentro de su sala de lectura y no se molestaba en atender las llamadas de Octavio en la puerta. Marisa, su esposa, trabajaba medio tiempo en una agencia de publicidad y, al término de su jornada, le gustaba demorarse en casa de alguna de sus amigas hasta ya bien entrada la tarde o manejar sin rumbo por las periferias de la ciudad.

Los Lobo vivían a las afueras, a las faldas de las colinas. Era una de esas colonias privadas y secretas que conservan su aristocracia a pesar de la edad y el descuido, un legado de familia vieja que comenzaba a desaparecer. Hasta hacía tres años antes habían compartido la casa con un equipo de sirvientas, todas apenas unas niñas, que por culpa de las circunstancias que acontecieron se marcharon sin justificarse ni decir adiós. En poco tiempo, los tres pisos se llenaron de susurros y las habitaciones de polvo y desechos.

La casa dejó de servir a los Lobo como lo había hecho antes. La paternidad, según le dijo Marisa una noche a Octavio, jamás fue algo que les interesara, pues preferían coleccionar antigüedades y libros inútiles en todas esas habitaciones que cuidar de niños para los que no tenían tiempo ni interés. Ahora los libros estaban pastosos e ilegibles, las antigüedades olvidadas y destruidas. En mejores tiempos incluso hubo fiestas, de esas que se extienden durante días y aparecen en los periódicos, aunque desde hacía cinco años no organizaban ninguna. Después de que Fabricio perdiera la vista, los Lobo prefirieron las reuniones con amigos íntimos, un círculo de conocidos que se redujo cada vez más conforme la vida doméstica se deterioraba. Octavio, el más joven de esas amistades, se sorprendió tanto cuando le pidieron que

trabajara en la intervención de la casa, que pensó debía ser una broma de Fabricio, inesperada pero bienvenida luego de haber perdido también el humor.

Octavio aparcó su auto bajo el olmo frente a la casa. El pasto y los arbustos habían crecido demasiado desde su última visita y pronto no sería posible darles mantenimiento. Brotes de hierba y florecillas rancias habían comenzado a resquebrajar el adoquinado y las piedras de la fuente. Atrás, las colinas brillaban. Desde su auto podía escuchar la música que salía de la sala de lectura de Fabricio: Wagner o Strauss o cualquiera de esos germanos que tanto le encantaban. Llamó a la puerta tres veces. Luego de esperar un rato tomó las llaves y la abrió. Dos loros rojos volaron a su encuentro desde el interior y se escondieron entre las ramas del olmo tras una estela de plumas y silbidos.

Parte de la vegetación que había visto la última vez ahí dentro se había marchitado ya, pero muchas otras plantas nuevas adornaban el recibidor y la estancia. Se extendían por el suelo, trepaban la escalera hasta el último piso, colgaban de los barandales y las estanterías montones de hojas enormes y flores monstruosas. La alfombra, un regalo que Octavio les había traído de la Medina de Fez, no se distinguía entre la tierra, las cerámicas rotas y los cadáveres de pájaros y ratones. A un lado de la escalera alguien había construido un cajón de madera y lodo para varios tipos de cactus, aunque la cimbra era mala y colapsaría en cualquier momento. Los bombillos de algunas lámparas en las paredes no encendían o estaban rotos. El candil, que alguna vez había colgado sobre la recepción, hacía meses que había colapsado sobre unas mesas y estaba cubierto de pieles de serpiente. Desde el tragaluz caían unos rayos de sol que cortaban

las siluetas de los murciélagos y el aleteo de los clarineros y los gorriones que iban de una habitación a otra.

La música no era suficiente para opacar el murmullo de las bestias. Octavio caminó rumbo a la sala de lectura y distinguió figuras en los márgenes de las sombras. Unas se escurrían entre sus piernas, otras volaban sobre su cabeza. Sintió la presión de cientos de ojos, casi todos más sofisticados que los suyos, que le observaban desde la oscuridad, de vez en cuando interrumpida sólo por alguna ventana sin cubrir o por alguna de las pocas lámparas que aún iluminaba los pasillos.

La puerta de la sala de lectura estaba cerrada y de nuevo, por inercia, llamó tres veces. Fabricio, soy yo. Pero la música continuó con su estruendo. Sintió que algo en la casa se burlaba de sus modales y educación, tan fuera de sitio en un lugar como ése. Llamó de nuevo, sólo para convencerse de que no era un entrometido. A su lado escuchó un golpe seguido de un chillido y en la media luz del pasillo que llevaba a la cocina, apareció Austria, el perro de Fabricio. Con el hocico arrastraba una bolsa de comida y a pesar de la poca visibilidad, a Octavio le pareció que el desgraciado weimaraner debía reconocerlo de todas las visitas anteriores. Dejó su carga en el suelo y, en lugar de saludarlo con un ladrido o agitando la cola, le mostró los dientes. Octavio, que lo recordaba mucho más dócil, casi estúpido, se apresuró en abrir la puerta de la sala de lectura y, sin dejar de verlo, se encerró del otro lado, donde la música amortiguó los gruñidos del animal.

Desde que Octavio lo conocía, Fabricio había sido un intelectual. Un académico de esos pasados de peso, medio calvo y de párpados caídos, de opiniones que podían destruir carreras o salvarlas

del olvido, autor de libros con títulos pretensiosos como *Observaciones críticas sobre el surgimiento y caída de las civilizaciones en el Oriente Próximo*, y *Edward Gibbon: una opinión sobre su vida y obra*. La clase de libros que la gente compra sólo para colocarlos en el lugar más visible de sus casas y presumir a los amigos sobre el tipo de cultura que les hace falta. Viajero, pensador, antropólogo aficionado, comentarista sobre política y religión, columnista en periódicos europeos y revistas especializadas que nadie, salvo unos cuantos, conoce, profesor firme pero comprensivo, de izquierdas para el público, pero más hacia la derecha entre familiares y amigos. Desde sus días como estudiante en la Facultad de Filosofía e Historia había planeado su futuro con la confianza de quien se sabe miembro de una familia influyente. Ahora era un cuerpo flácido y ciego que se arrastraba sobre los excrementos de los animales y las plantas muertas con las que se quiso refugiar.

Lo encontró de pie junto a la ventana, cubierto por la luz de la tarde. Llevaba gafas de aviador y una bata de seda azul abierta sobre su pecho de niño envejecido. Fabricio arqueó la nariz y aspiró como si sólo viviera del aire, manoteo sobre el equipo de sonido y la música se redujo a un susurro bélico. Eres tú, dijo entonces. Sobre la estantería una iguana tenía su atención en las flores del papel tapiz, la cola enredada entre dos velas que Octavio encendió para mitigar un poco la penumbra que comenzaba a crecer ahí. Sentía que el día se marchitaba más rápido, aunque desde la ventana podía ver muy claro su auto bajo el olmo y a los dos loros rojos que le habían recibido en la entrada y que aún canturreaban entre las ramas. Vine a medir la piscina, contestó Octavio. Debí hacerlo mal la última vez, los números no coinciden con las otras medidas.

Fabricio arrastró los pies rumbo al sofá, tanteando el espacio con sus manos y pies. No tienes que justificarte conmigo, aunque hubiera preferido una visita menos formal.

—No digas eso.

—Sólo digo. Iván es el único que sigue viniendo a hablar conmigo.

—He tenido mucho trabajo; apenas y he podido dedicar tiempo a lo tuyo.

—Te he dicho que conmigo no tienes que justificarte.

—También hay algo que necesito enseñarle a Marisa.

—¿Qué cosa?

—Unos planos.

—¿De qué?

—Cambios en el diseño. No es mucho, pero necesito que los apruebe.

Fabricio se recostó en el sofá. Del techo colgaban jaulas de varias formas y tamaños. Abubillas y cenizos y demás pájaros exóticos que Octavio no conocía volaban dentro y fuera de ellas, de una esquina a otra de la sala. Algunos se mantenían ocultos entre los muebles, las plantas muertas, los libros en el suelo. Fabricio quiso saber de qué cambios se trataba. Nada importante, le explicó Octavio, sólo algunos accesos de luz natural y aire, una ampliación al nuevo recibidor, eliminar una habitación secundaria e incorporarla a la matrimonial. En la mesa frente al sofá había un cono de incienso, tres tazas y una jarra de té frío. Se sirvió un poco y encendió el incienso que quedaba, pero Fabricio le pidió que lo extinguiera, excusándose con el malestar que le causaba el aroma dulzón. Le pidió a Octavio que se sentara a su lado. Los demás sillones estaban desgarrados,

en ruinas o cubiertos de excrementos y cadáveres escamosos y emplumados. Octavio continuó explicando los cambios. Todo eso está muy bien, interrumpió Fabricio. Pero yo también he pensado en algunas mejoras.

—¿Cuáles?

—Preferiría que las intervenciones fueran menos domésticas. Sé que eso será más trabajo, pero siento que te estás alejando de lo que quiero. Me gustaría que elimines el tragaluz; deshazte de todo el techo central para que entre el sol puro y la lluvia. Luego quiero que inundes el primer piso para los peces y un cocodrilo que Iván prometió traerme en unos meses.

Sobre el suelo enterregado caminaban escarabajos y arañas, ardillas y ratones, gatos y lémures. El olor ahí pesaba y de vez en cuando Octavio se llevaba a la nariz un pañuelo perfumado que guardaba en su chaqueta. Cada vez que lo hacía, Fabricio curvaba las cejas tupidas, como dos gusanos llenos de espinas blancas. Tendré que consultarlo con el ingeniero, dijo Octavio. Se necesitarían refuerzos estructurales, y eso también elevaría los costos. Le parecía que las ideas de Fabricio harían de la casa una gruta o caverna más caótica de lo que ya era y le explicó todas sus objeciones. Habló del equilibrio y la conservación del patrimonio arquitectónico del Estado, la separación de los espacios y sus usos, la diferencia entre paisaje y vivienda, de lo salvaje y lo civilizado. Años antes, cuando Fabricio comenzó a rodearse de animales y plantas, Octavio pensó que se trataba de una manía que desaparecería cuando la realidad de su ceguera se volviera ordinaria. Pero aquello sólo se acrecentó, y en verdad temía que ese capricho no sólo hubiera nublado el juicio de su amigo, sino que también pudiera devastar sin remedio esa casa que

a él tanto le gustaba. Se lo dijo así, escogiendo cada palabra. Algunas veces, continuó, la mejor intervención del espacio es la menos vistosa. Fabricio jugaba con las costuras del sofá. Hace calor aquí, dijo, y fue a tientas rumbo a la ventana. Algunos petirrojos aprovecharon el momento para escapar en cuanto la abrió.

Bajo la luz menguante Fabricio parecía un cenobita, su bata abierta, el cabello silvestre, la piel de las manos cocida por marcas de dientes y picaduras. A sus pies una serpiente observaba a un ratón que se abría el paso entre la basura y las plantas. Los loros rojos volvieron del olmo y se posaron en el pretil de la ventana, unos cuantos petirrojos volaron de regreso a sus jaulas. De la estantería cayó un libro, luego otro y entre los huecos apareció un tití amarillo y de barba roja que miraba a Octavio con el horror con el que se reconoce a los bárbaros al otro lado de las murallas. ¿No te cansas de esto? Fabricio no supo de qué le hablaba. De todo esto, continuó Octavio. De toda esta porquería que apesta la casa.

—No. En verdad no me molesta. ¿Te dijo Marisa que he vuelto a soñar? Es lo mismo todas las noches. Con mucho color, todo brilla, sobre todo los olores. En el sueño puedo ver, pero los demás sentidos están mezclados. Hay luces que vienen de lejos, son verdes y huelen a vainilla. Huelo la luz como huelo la mierda que hay aquí conmigo o esa loción asquerosa que te pones en la cara. Si mañana la casa se quedara vacía, si la limpiaran toda con desinfectante y esponjas, yo volvería a estar ciego. A mí nada de esto me molesta, pero si no te gusta ensuciarte los zapatos le puedo decir a Iván que limpie un poco el polvo, pues no creo que Marisa quiera hacerlo.

Octavio le aseguró que nada de eso era necesario. Fabricio parecía querer que la casa se confundiera con una colina en el paisaje, como

esas pirámides enterradas en la selva, pero él aún podía hacerle cambiar de opinión, o al menos así lo creía. Ninguna de sus ideas estaba definida, y al no tener nadie quien le ayudara a tomar mediciones y fotografías, tendría que volver por muchos días más y encontrarse de nuevo con su amigo. Y si no podía cambiar su opinión, al menos todas esas visitas le daban la excusa para dejar atrás la ciudad y olvidar su cubículo en la Dirección de Obras Públicas, donde mendigaba trabajillos privados por debajo de su capacidad. Le gustaba manejar por las rutas solitarias que llevaban hacia la casa y pensar en el futuro que tendría después de ese y otros grandes proyectos, aunque no podía dejar de preocuparse por el entrometimiento de Fabricio, con sus opiniones estrafalarias y poco gusto. Octavio quería evitar la pérdida, no sólo de una casa memorable, sino también la oportunidad que se le había dado para abandonar la trinchera profesional en la que hacía tantos años había caído.

En algún momento el tití se prendió del hombro de Fabricio. Jugaba con su cabello y hurgaba dentro de su oreja con el interés de quien busca algo importante que se le acaba de perder. Qué animal tan molesto debía ser, brincando de un lugar a otro, y como si pudiera escuchar los pensamientos de Octavio, dio un chillido que tal vez pudo ser una declaración de guerra pero que se escuchó como un silbato roto. ¿De dónde sacas esas cosas? No sé, respondió Fabricio. Yo sólo le pago a Iván y él me trae lo que quiero. El tití trepó hacia la cabeza de Fabricio y desde ahí continuó chillando. El resto de los animales en la sala se le unieron con gritos y cantos.

—¿No puedes hacer que se calle?

—¿Quién?

—El simio ese que tienes en la cabeza.

—¿Heisenberg?

—Como se llame.

El tití brincó al suelo y desapareció en alguna parte y con él la conmoción en la sala. Era la mejor compañía que tenía, según le dijo Fabricio. Jugaban ajedrez en un tablero especial que Iván le había regalado y lo dejaba ir y venir con libertad por la casa. Todos los días el tití le traía comida de la cocina y chismes de lo que ocurría en las habitaciones y el jardín. Era, decía Fabricio, como si él pudiera ver y actuar a través del tití. Octavio dejó que hablara por un rato más, unas veces a voz baja y otras derramando emoción, hasta que el monólogo se volvió una diatriba contra sus desgracias físicas y el inconveniente de haber nacido.

Octavio se excusó para ir al jardín y trabajar en lo que había ido a hacer, cuidando sus palabras para no parecer desinteresado en el sufrimiento de su amigo, que arrastraba los pies de vuelta al equipo de sonido junto a la ventana. Haz lo que quieras, dijo. Cierra la puerta cuando salgas. Octavio le explicó que las medidas que iba a hacer eran importantes para determinar el diseño. Volvería después de haber terminado y tomarían café juntos, pero Fabricio estaba ocupado con la música y tal vez pretendiendo que nada de eso le importaba.

Frente a la puerta el tití hacía guardia, se rascaba la barba y miraba a Octavio con desprecio. Heisenberg no me deja salir, dijo, pero Fabricio no le hizo caso. Intentó razonar con el animal; le prometió dulces y frutas cuando regresara del jardín y se sintió como un imbécil por hablar de esa forma con aquel mono horrible.

Fingió entonces que le daría una patada y el tití corrió a esconderse bajo el sofá. Ahí se jaló los cabellos, chilló y se le quedó mirando con una ira diminuta y brillante.

Encontró a Austria mordisqueando la bolsa de comida con la que lo había visto antes. El perro levantó la mirada un momento y luego volvió a lo que hacía. Jalaba y rasguñaba las fibras de mimbre, pero la bolsa no cedía. Octavio se acercó para ayudarle, pero sólo logró que el perro se enojara. Varios murciélagos y pájaros se alborotaron con la algarabía y en alguno de los pasillos o habitaciones de la casa otro animal contestó a los ladridos. Era extraño que no le reconociera; se habían visto tantas veces antes, pero si no quería su ayuda entonces podía arreglárselas solo.

Al fondo del pasillo, la luz del jardín entraba en la cocina por unas ventanas amplias. Era uno de los pocos lugares en la casa donde la normalidad se había conservado, y sólo tal vez por salubridad. Octavio tomó agua de la nevera y notó las botellas de vino blanco, el pollo y las cajas de jamón, la carne y los compartimentos llenos de frutas y verduras. Todo era nuevo, pero desde hacía meses Marisa no se molestaba en hacer la compra, o al menos eso fue lo que ella le dijo la última vez que se encontraron. Se palpó entonces el bolsillo de la chaqueta; no supo si sólo para confirmar si ahí seguía la pulsera o para dar una dimensión física al recuerdo de ese último encuentro. Tomó algo de jamón, buscó pan en la alacena e hizo un sándwich. Afuera, en el jardín, vio los flamencos en la piscina.

Chapoteaban larguiruchos en los niveles menos profundos, con sus hocicos hundidos en el agua y las espaldas llenas de fango. Tal vez sufrían de una deficiencia alimenticia a juzgar por lo poco rosado de sus plumas y el desgano de su griterío, como trompetas lisiadas, cuando se percataron que Octavio había salido y caminaba

hacia ellos. Pájaros imbéciles, pensó. Si él tuviera alas como ésas, haría mucho tiempo que se hubiera largado de ahí. ¿Pero a dónde? Más allá de la casa y los jardines sólo había carreteras vacías, luego el concreto y el cristal, el acero y la gente, la maldita gente que lo arruina todo en la maldita ciudad. Además, el vuelo debía requerir de energía y esfuerzo que esas bestias desgraciadas no debían tener ya. Luego recordó que él mismo llevaba cinco años sedentarios en el mismo cubículo en la Dirección de Obras Públicas, persiguiendo firmas de supervisores, solicitando trámites de construcción, aguantando los berrinches de sus compañeros y desperdiciando lo que le quedaba de juventud. Se sintió mal por haber juzgado a los flamencos, que le miraban con esos ojos estúpidos mientras él tomaba las medidas de la piscina, y se arrepintió por haber pensado así de ellos.

Los matorrales, la hierba seca y las sombras de los pinos cubrían el jardín. La piscina ocupaba el centro, un rectángulo de agua verdosa que Octavio midió tres veces, aunque no pudo estimar su profundidad en el extremo más lejano. Tomó una escoba que encontró entre unos rosales y la sumergió sin tocar el fondo. Los flamencos se desinteresaron para volver a sus asuntos y con el fin de sus graznidos cayó sobre Octavio una tranquilidad que le hizo olvidar lo que estaba haciendo ahí. El día siguiente sería miércoles. Quedaba aún el resto de la semana y tendría que pasarla dentro de su cubículo para llevar la frustración con la misma resignación de los últimos años.

Entonces escuchó las hojas que crujían bajo unos pasos. Hubo una agitación en el agua y la imagen de Octavio se distorsionó aún más. Al otro lado de la piscina, frente a él, una pantera negra bebía del agua aceitosa. Lo observaba con ojos de un color ámbar verdoso

que a Octavio le recordaron la mirada de los carneros y otros animales que su padre decía eran los avatares de los demonios. Ojos antiguos, salvajes, pretéritos a los hombres, que le devolvían la mirada desde los pozos del tiempo.

Se puso de pie, cuidando de no alterar la paz de la pantera. Los flamencos los miraban. A Octavio le parecieron emocionados, aunque otros tantos seguían hurgando bajo el agua, de vez en cuando quejándose con sus gritos de circo. Buscó la puerta de la cocina y estimó que podría estar dentro de la casa en poco tiempo si corría, aunque eso no sería suficiente para dejar atrás a la pantera, acostumbrada a cubrir sin dificultades el tipo de obstáculos y distancias que durante millones de años sus ancestros habían sorteado en la selva.

Se deslizó por el jardín, manteniendo la mirada con ese gato enorme. Caminó entre los flamencos que habían salido de la piscina. Volteaban de un lado a otro, confundidos tal vez sobre cuál de los dos era el verdadero depredador. La pantera fue hacia el extremo más lejano de la piscina, se recostó bajo la sombra del pino, donde sus ojos parecían flotar solos, y continuó vigilando a Octavio hasta que al fin pudo él cruzar la puerta de la cocina.

Ya adentro se desabrochó la camisa y limpió con una servilleta el sudor acumulado en su pecho. Se asomó por la ventana y vio a la pantera recostada bajo el árbol, observándolo aún. Corrió la cortina y revisó de nuevo el bolsillo de su chaqueta. Ahí seguía la pulsera. La garganta se le había hecho una bolsa de lentejas; encendió la luz y se sirvió un vaso de agua, pero después del tercer trago cayó en cuenta de que aquello en lugar de calmarlo sólo lo alteraba más. Entonces husmeó entre las botellas de vino que había encontrado

en la nevera, vinos de California, Provenza y San Onofre. Tomó una esbelta y celeste, adornada con una etiqueta floral que le recordó el jardín de su madre. Quiso leer la leyenda al reverso, pero no supo en qué lengua estaba escrita. La dejó con un golpe sobre la mesa, buscó una copa y el sacacorchos en las estanterías. Escuchó luego un lamento y al girarse, junto a la botella, encontró a Heisenberg acariciándose la barba.

El animalillo comenzó a chillar, luego se prendió del vino y no lo quiso soltar. Octavio lo jaloneó de la espalda, le picó las costillas, pero sólo logró que se aferrara más al cristal. A la mierda contigo, gritó y dio una patada contra la mesa. El tití soltó la botella y escapó hacia el lavaplatos para llorar y jalarse los cabellos. Como no había encontrado las copas, Octavio se sirvió el vino en el vaso. Luego arrojó el corcho al lavaplatos, escandalizando aún más al animal. Tal vez Fabricio lo había dejado suelto por la casa, pero cuando se asomó al pasillo vio cerrada la puerta de la sala de lectura. Heisenberg brincó hasta las estanterías y desde ahí le gruñó. Octavio se reclinó sobre la mesa y brindó por él. Alguien debería dejarte con la pantera, dijo y bebió. Su propio humor no le hizo gracia, aunque forzó una risa para acompañar el comentario.

Ya iba por el tercer brindis cuando escuchó los ladridos de Austria y la puerta principal que se abría, luego los pasos amortiguados por la música que salía de la sala de lectura, por la tierra y las plantas muertas a lo largo de ese pasillo tapizado de excrementos.

Marisa se asomó a la cocina. Llevaba el cabello suelto, pintado de negro, y en verdad no se le veía mal. No sabía que te gustaba tomar tan temprano. Octavio revisó su reloj. Ya son las seis. Por eso, dijo ella. Dejó su bolso sobre la mesa y tomó una copa de uno de

los gabinetes. Heisenberg hacía ruidillos desde la estantería; gemía como si le faltara cariño. Marisa puso cara de asco. Qué animal tan feo. Se sirvió el resto del vino y dio dos sorbos pequeños. Lo sacaría a la calle ahora mismo, tomó de nuevo, pero ya te imaginarás qué gritos me daría Fabricio.

—Hay una pantera en el jardín.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—No pensé que fuera importante.

—¡Pudo haberme matado!

—Eso sólo pasa en las películas.

—Claro que no.

—Claro que sí. Además, está amaestrada. No hace nada.

—No importa; es un animal. Puede reaccionar de cualquier manera.

—¿Y qué quieres que haga? No puedo hacer nada. Cada dos o tres días Iván trae algo a la casa y me quedo callada y me aguanto. ¿Viste la tortuga en la piscina? La trajo la semana pasada.

—No vi ninguna tortuga.

—¿No? Pero si es enorme.

—El agua está sucia.

—Qué lástima. Es muy bonita.

Marisa continuó bebiendo. Comenzó a hablarle entonces de las complicaciones y los chismes en su trabajo mientras hurgaba dentro de su bolso. Octavio volvió a asomarse por la ventana para espiar a la pantera; dormía, o sólo reposaba. Heisenberg había desaparecido. Lo buscó dentro de la alacena y se asomó por el pasillo. No estaba por ninguna parte. Marisa ya tenía las dos manos dentro del

bolso. Creo que lo olvidé en la oficina, se quejó. Lo vació sobre la mesa: maquillaje, recibos, una navaja suiza, rollos de dinero suelto, una agenda verde, una caja transparente con dos pastillas en forma de estrella.

—¿Y éstas qué son?

—Dulces de menta

—¿Qué olvidaste?

—El teléfono. Si no lo dejé en la oficina, puede que esté en el carro.

Octavio le entregó la pulsera que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. No es lo único que se te ha olvidado, dijo. Marisa rodó los ojos, pero su risa fue sincera. ¿Te gusto tanto que no pudiste esperar a que volviera a tu casa para dármela? Él excusó su visita con la medición de la piscina, con los datos que le faltaban para refinar sus propuestas para la ampliación, con la necesidad de discutir diseños con ella y llegar a un acuerdo. Pero Marisa no escuchaba esas cosas. Creí que no querías que nos encontráramos aquí, dijo Marisa. Ésa había sido idea de él, se lo recordó, pero le alegraba que al fin fuera flexible con ella y sus horarios. ¿Ves que así es más fácil para los dos? No, nada de eso, replicó Octavio. Era verdad que necesitaba hacer medidas y hablar con ella sobre los planes para la casa. También era verdad que quiso aprovechar la visita para entregarle la pulsera que ella había olvidado sobre su mesa de noche, pero ésa no era la razón de su presencia ahí.

—Sí, sí. Mira lo rojo que te pones.

—Es cierto. Tengo algunas ideas nuevas. Me gustaría extender la piscina hacia el interior, pero quiero explicarte de qué forma para que me ayudes en convencer a Fabricio.

—¿Y eso qué importa si de todas formas él no ve nada?

—Sabes que sí importa. Quiere vivir en una cueva.

—No, no importa. Mira, no me gusta estar aquí. Si quieres hablar, estoy arriba.

Terminó su vino y guardó las cosas de vuelta en el bolso, aunque lo dejó sobre la mesa junto a la botella vacía. Cuando subas tráelo. Y sin más se fue por el pasillo, Austria ladró de nuevo y las escaleras crujieron. Octavio aún tenía sed y volvió a la nevera por más vino. ¿Cómo podía ella creer esas cosas de él? Era un profesional; si había ido hasta ahí ese día era sólo para definir sus inclinaciones estéticas y arquitectónicas, no para satisfacer sus faltas emocionales.

Escuchó entonces un gemido conocido. No le hizo caso. Se retrasó revisando las botellas dentro de la nevera y comiendo jamones hasta que sintió frío y la cerró. El chillido a su espalda le pareció un reclamo y al fin volteó. Heisenberg jugaba con el bolso de Marisa, lo arañaba con cariño, se recostaba sobre él.

De camino hacia las escaleras, Octavio vio a Austria echado junto a la puerta cerrada de la sala de lectura. La música del otro lado le llegaba suave gracias a la jungla que crecía en su interior.

Desde que Fabricio pasara a vivir y dormir en la sala con su música, sus recuerdos y sensaciones, la habitación se había vuelto sólo de ella. Era azul y distante; tenía un escritorio sin cajones y al fondo una estantería que cargaba joyeros de madera y libros gastados por el sol.

—¿No te cansa todo esto?

—Ya me aburrí de las lamentaciones de los existencialistas.

—Digo las plantas y los animales.

—Hacen que las cosas sean más emocionantes aquí.

Marisa se enderezó sobre la almohada y encendió un cigarro. Octavio salió de la cama y la habitación se llenó de ruidos silvestres cuando abrió las ventanas. La pantera sigue ahí, dijo él. Marisa estudiaba las formas que tomaba el humo, recortado por la última luz de la tarde, al salir de sus labios. ¿Y qué querías?, respondió al fin. ¿Que desaparezca cuando no la miras? Octavio se reclinó en el marco para sentir sobre la espalda los restos del sol. Cuando yo estudiaba en la universidad, comenzó a decir, tenía un profesor de cálculos estructurales, un viejo amargado que olía a esmalte de uñas. Un día nos dijo que no había ninguna garantía de que las leyes físicas serían constantes para siempre. Qué si él arrojaba a un gato desde el techo de la rectoría era posible que cayera despacio o se mantuviera flotante en el aire, gracias a un cambio espontáneo en los principios de la gravedad. El planeta podía estar atravesando a esa hora una región de la galaxia donde la física era diferente, o cruzado a un universo en el que la gravitación trabajaba de otro modo, o tal vez el momento en el que el gato comenzaba a caer coincidía con el instante en el que Dios modificaba su obra, pues eso es lo que los dioses hacen, y un instante para lo divino son milenios para nosotros, miles de ellos, que es una espera razonable para que ocurran rarezas de ese tipo en el universo. Decía que existen las posibilidades, minúsculas y ridículas, pero reales, para que un evento casi sobrenatural como ése ocurra en cualquier lugar y tiempo, como por ejemplo un día cualquiera en la universidad.

—¿Y nadie pensó en arrojar al viejito desde el techo de la rectoría para ver si tenía razón?

—Lo que quiero decir es que existe la posibilidad de que algo fuera de lo normal pase. La pantera puede entrar a la casa o brincar la verja y comerse a un niño en la calle.

—Hablas como si tener una pantera en el jardín fuera normal.

—Tú actúas como si te fuera de lo más normal.

—Una pantera en tu jardín no te impresiona cuando has visto lo que yo he visto.

—¿Y qué es lo que has visto?

—Cosas. Viajando con Fabricio. En Calcuta vimos a un místico que volaba y materializaba comida frente a nosotros. Aparecía de la nada, así como si encendieras un interruptor. Y en San Onofre conocí a una bruja que puso unos huevos de codorniz en los que encontré unos aretes que había perdido una semana antes.

—Eso suena a prestidigitación.

—Pero es la verdad. Esas cosas pasan. ¿Sabías que a mi hermano menor lo raptaron los extraterrestres? Iba manejando por la carretera, cerca de aquí, cuando escuchó un ruido, como el zumbido de las abejas, y una estrella verde bajó del cielo y se lo llevó. Le metieron cristales en la cabeza y supositorios de acero. Antes de eso era un vago que se emborrachaba toda la semana, pero cuando lo devolvieron entró a la universidad, estudió ingeniería informática, se doctoró en teoría de números y ahora trabaja para una agencia de inteligencia, pero no te puedo decir cuál porque nos mataría a los dos.

—No sabía que tenías un hermano.

—Ya lo sabes.

—A mí no me molestaría que unos extraterrestres me llevaran a otro mundo, lejos de aquí y de la oficina.

—Cállate. No sabes de lo que estás hablando.

Octavio volvió con Marisa y ella le ofreció un cigarro. Ya sé que no quieres, pero ¿quieres? Era la pregunta obligada de esos momentos, aunque ella sabía que él lo había dejado. No, gracias.

Marisa miraba la pintura azul del techo, que comenzaba a despegarse. Él se recostó sobre sus piernas. Me preocupa que duermas aquí con esa pantera suelta. Marisa apagó el cigarro dentro de una botella de crema y le preguntó si también se preocupaba por Fabricio. Claro que le preocupaba. ¿Cómo podía dudarle? No lo sé, respondió ella. De cualquier forma, ya te dije que está amaestrada y no le va a hacer nada a nadie. Encendió otro cigarro.

—No importa. Sigue siendo un animal.

—Piensas demasiado.

Escucharon la puerta principal que se abrió, el escándalo de unos hombres y los ladridos de Austria. Octavio quiso ponerse de pie, pero Marisa lo tomó del brazo. Debe ser Iván. Las voces se volvieron órdenes y se dispersaron por la casa. En el jardín los flamencos comenzaron a quejarse y las risas de los recién llegados se volvieron maldiciones y asombro. Octavio volvió a la ventana y vio a cinco hombres, cada uno con una jaula mediana, y a un sexto que apuntaba con un rifle a la pantera. Luego se les unieron otros cinco, junto con Austria, que corría entre ellos y ladraba a los flamencos.

Los hombres abrieron las jaulas y dejaron libres a unos zorros que parecían demasiado finos para estar ahí. Corrieron como flamas por el jardín; se escondieron entre los matorrales. ¿Cómo puede

Fabricio tolerar eso? Marisa torció la boca. Yo no sé. Según él, ro-
dearse de animales le ayuda a ver.

—¿Y tú crees eso?

—Creo en cosas más escandalosas.

—¿Pero crees eso?

—Sólo repito lo que Iván me ha dicho. Fabricio habla más con
él que conmigo.

—Nunca lo he visto.

—¿No conoces a Iván?

—No me lo has presentado.

Marisa se acomodó en la cama. Iván, le dijo, era un hombrecillo miserable que ella había tenido que soportar por muchos años. Le daba asco sólo pensar en él, en lo que hacía para vivir y el tipo de personas con las que se relacionaba, pero también era cierto que conocía a Fabricio desde la universidad. Lo visitaba todos los domingos para cenar y escuchar música, hablar de historia y antropología y todas esas cosas que a ella le parecían sin importancia, pero que para Fabricio eran vitales. Eso era algo que al menos ella debía respetar, pues Iván era el único amigo que a él le quedaba. Octavio se alejó de la ventana y fue por su ropa amontonada junto a la cama. Yo también soy su amigo. Marisa se le quedó viendo; las risas de los hombres les llegaban desde el jardín. Sí, dijo. Tú también.

—¿Qué quisiste insinuar con eso?

—No insinué nada.

Octavio se vistió sin disimular su cambio de humor. No te pongas así, dijo Marisa, pero él justificó la prisa y brusquedad a la hora que era, a supuestos deberes que aún tenía pendientes en la oficina y a unos asuntos de los que debía hablar con Fabricio antes de irse.

Ella le sugirió que por lo menos se diera un baño con mucho jabón antes de irse, pero Octavio ya no tenía tiempo para eso. Tomó sus cosas, se despidió sin besarla y desde la puerta le prometió que la llamaría la siguiente semana para verse en su apartamento el miércoles o el jueves, o cuando ella quisiera. Marisa encendió la lámpara sobre la mesa de noche y tomó un libro que guardaba bajo la cama. Como tú quieras.

Fuera de la habitación, en la penumbra que comenzaba a llenar el interior de la casa, mientras Octavio se lamentaba por la incompetencia de sus emociones y lo sencillo que era ofenderlo, sintió un cuerpo diminuto que acariciaba su pierna. La sacudió y escuchó entonces el gemido familiar y cuando sus ojos se acostumbraron a la poca luz, vio la barba roja de Heisenberg, que se aferraba al barandal de la escalera. El tití rasguñó la madera y dio un chillido amargo que alarmó a otros animales que vigilaban desde las demás habitaciones. Luego se echó al vacío sin que le importara ser engullido por la oscuridad.

Ninguno de los hombres ahí abajo se molestó en hablar con él; lo hacían a un lado sin pedir permiso o disculpas. Gritaban entre ellos y escupían. Unos caminaban como si fueran dueños de la casa, otros con precaución. Llevaban linternas de luz blanca con las que proyectaban fantasmas en las paredes y en sus propios rostros, manchados por la viruela, las cicatrices de alguna pelea, la pobreza o cualquiera de esas otras experiencias ajenas al mundo acomodado de Octavio.

Escuchó a Austria ladrando en el jardín, también la música que aún llegaba opaca por la puerta cerrada de la sala de lectura. Se hizo a un lado para dejar paso al hombre del rifle y a otros dos que arrastraban una jaula y fue a la cocina: tranquila salvo por el ruido blanco de la nevera abierta y el chocar de platillos y botellas en su interior.

Era un hombre de gabardina negra, descocida y llena de mugre. Estaba demasiado concentrado en lo que buscaba y no se percató de la presencia de Octavio, que esperó en silencio por un rato antes de anunciarse. A diferencia de los otros, su cara era fina, algo afeminada. Llevaba barba corta y tenía los ojos hundidos bajo unos bultos de carne. Discúlpame, por favor; qué poca educación la mía, dijo y se presentó. Su voz no tenía pretensiones y las manos eran pequeñas. Iván Escalante, pero llámame Iván.

—Octavio Badía.

—Ah, sí. El arquitecto. Sólo eso, ¿verdad?

—¿Cómo que sólo eso?

Iván sonrió de esa manera con la que se sonríe a los ignorantes y le ofreció un lugar a su lado en la mesa, pero Octavio prefirió quedarse de pie. Oh, sólo pregunto; es curiosidad. Se sirvió agua del tarro; comenzó a preparar algo de comer con lo que había encontrado en la nevera. Cada tanto miraba de nuevo a Octavio y se arreglaba el cabello. Luego preguntó si sabía dónde podía estar Marisa, pues la había estado buscando por toda la casa. Debe estar arriba, dijo Octavio, en su habitación. Iván dejó el cuchillo dentro de un bote de mayonesa. Ah, sí, es cierto, claro. En su habitación. Dónde más podría estar. ¿Verdad?

Octavio se asomó por la ventana. La tarde ya daba paso a la noche y Austria ladraba a la pantera negra, que desde su lugar bajo el pino miraba al weimaraner sin demasiado interés. Le preguntó a Iván

cómo había entrado a la casa, pero el otro estaba comiendo ya y no se molestó en responder con la boca llena. Masticaba como un caballo y su limpieza era la de un gato. Igual que tú, dijo al fin. Tengo una llave para la puerta principal, pero ésa es la única puerta que mi llave abre.

—La mía también.

—Ah, sí, desde luego. Claro que sí. ¿Qué otras puertas podrías abrir con esa llave?

Terminó con su comida y tomó la botella de vino vacía que Marisa había dejado sobre la mesa. Parece que comenzaron a celebrar sin mí, ¿eh? Pero no importa, que estamos bien surtidos. Fue a la nevera por otra y le sugirió a Octavio que la compartieran. El otro se la arrebató. Yo la abro. Las manos comenzaron a sudarle, los ladridos de Austria le espinaban los oídos y el sacacorchos no quería funcionar. Permíteme, dijo Iván. Aquí nadie saca los tapones mejor que yo. Octavio le dio la espalda. Yo puedo solo, gritó. Iván volvió a sonreír. Claro que puedes. Tú eres el arquitecto. Y comenzó a silbar la Pompa y circunstancia de Elgar.

Cuando la botella estuvo abierta, Octavio sirvió el vino en dos vasos de plástico, aunque Iván quiso sólo un poco, pues aún debía manejar y cumplir otros encargos. Aquél imbécil no le gustaba nada y comenzaba a entender el disgusto de Marisa por alguien tan despreciable, con sus movimientos delicados y observaciones estúpidas. Le preguntó de dónde y desde cuándo conocía a Fabricio, pues a Octavio le costaba creer que su amigo pudiera mezclarse con alguien como él. Iván puso gesto como si quisiera recordar algo muy lejano. Desde la universidad, dijo, cuando yo estudiaba literatura medieval. En realidad, lo que hacía era gastar el dinero de mis padres y

facilitar los antojos y, ah, necesidades de mis amigos. En esos años los gustos de Fabricio no eran tan exóticos como ahora, continuó. Era menos el, uhm, el trabajo que debía hacer para obtenerlos. Pero la gente cambia. ¿Verdad que sí? ¿Y quién soy yo para negarle a un ciego algunos animalillos?

—Entonces sí eres tú el que ha llenado la casa de todas estas cosas.

—Cosas grandes y maravillosas. También hago las compras del mercado y pago los recibos.

—¿Y la pantera fue idea tuya?

—Ah, sí. ¿Te gusta?

—Un día le va a hacer daño a alguien.

—Claro que no. Qué tonterías dices.

—No entiendo como Fabricio permite esto.

—Yo sólo traigo lo que él me paga por traer.

—Él está ciego. No podrá ni correr si la pantera entra a la casa.

—No es tan ciego cómo crees. Además, la pantera está amaestrada y, en cualquier caso, si yo fuera tú, la pantera sería lo último de lo que me preocuparía.

—¿Por qué?

Un chillido los distrajo. Heisenberg brincaba sobre el lavabo y comenzó a gemir como si así pudiera ganar más de la lástima de ambos. Octavio le arrojó el vaso, aún con vino, y el tití lo esquivó con una danza llena de gritos que se mezclaron con los ladridos de Austria. ¿De dónde trajiste esa cosa? Iván no lo sabía. Él sólo hacía los pedidos por medio de sus contactos, le explicó, pero no era su asunto saber de dónde venían los animales y las plantas. Luego los chillidos se amortiguaron y Heisenberg estaba ya al otro lado de la ventana, en el jardín, rasguñando el cristal mientras Austria

perdía la paciencia con la indiferencia de la pantera. Iván se sirvió más vino. Octavio se le quedó mirando.

—Cruzó la ventana.

—Sí, sí.

—¿Cómo lo hizo?

—Pues cruzándola.

—Estaba cerrada y nadie la abrió.

—¿Verdad que sí? Es como si fuera tecnología de otro mundo.

—Eso no es tecnología.

—Es una forma de hablar.

—Es una forma muy estúpida de hablar.

—¿Y eso qué? Sólo digo las cosas como me parecen. Yo no entiendo por qué Fabricio se esfuerza por volver esta casa tan bonita en un zoológico, pero sí pienso que al rodearse de olores y sonidos está recreando al mundo real en su cabeza. Es como una forma de realidad virtual. Una tecnología. Eso sí tiene sentido para mí.

—¿Cómo explicas que el tití cruzara la ventana sin abrirla?

—Yo no sé. Las hormigas sienten cuando va a caer un chaparrón, ¿eh? Y mi perro siempre ladra tres veces un minuto antes de que mi hermano llame por teléfono. Nunca falla. Un minuto. Así de exacto es.

—¿Eso qué tiene que ver con lo que te he preguntado?

—Nadie sabe cómo se relaciona la mente con la materia. Y mientras no se sepa, a mí no me molesta decir que ese simio es tecnología.

—Eso no tiene sentido.

—¿Y a ti quién te dijo que el mundo debe tener sentido? Ése puede ser un animalito con una mente extraña y brillante.

—Es un animal. No tiene mente.

—Qué idiota eres.

Austria chilló y Heisenberg gritó. Se les unieron los flamencos con su aleteo y también los rumores de otros tantos animales ocultos en los arbustos y los rincones del jardín. Octavio e Iván se asomaron por la ventana y vieron a la pantera, que se había echado sobre Austria y lo despedazaba a mordiscos. El perro, a pesar del abuso, aún se defendía con sus patas, el hocico dando mordiscos al aire, una gran defensa por lo demás inútil ante la brutalidad a la que era sometido. Heisenberg se jalaba los cabellos, brincaba, pero no dejó su lugar en el pretil de la ventana. Haz algo, dijo Octavio.

—¿Qué quieres que haga?

—Uno de tus hombres tiene un rifle.

—A Fabricio no le va a gustar si le digo que deberá comprar otra pantera.

—¿Y crees que no le va a molestar cuando se entere que su perro está muerto?

—No será la primera vez que se le muere el perro.

La pantera arrastró a Austria bajo el pino, cada vez más oscuro con la llegada de la noche. La calma volvió al jardín y la primera estrella se asomó sobre la única nube.

Atrás de ellos, en el pasillo, se escuchaban aún las risas de los demás hombres.

La música había terminado; llamó sobre la puerta de la sala de lectura y entró sin el permiso de Fabricio. Ahí apestaba a sudor, orines y grasa. Fabricio, sentado en el sofá, olfateó el aire. ¿Marisa? Octavio

encendió tres velas sobre una estantería a su lado. No, contestó. Soy yo. Fabricio se levantó y fue hacia él, olfateando. Heisenberg descansaba sobre su hombro izquierdo. ¿Está Marisa contigo?

—Sólo soy yo.

—¿Y Marisa?

—No sé. La vi en la cocina, pero debe estar arriba en su habitación.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve.

—Tardaron mucho en la cocina.

—Tenía que explicarle varias cosas.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso. Luego llegó Iván y hablé un rato con él.

—¿Sigue aquí?

—Sí.

—¿Y por qué no ha venido a verme, el muy cabrón?

—Creo que él y su gente siguen ocupados.

—¿Ocupados con qué?

—No sé.

Fabricio no dijo nada, Heisenberg le jalaba el cabello. Luego, para justificarse, Octavio le dijo que Iván no le había agradado; era presumido y sólo decía idioteces, pero eso a Fabricio no le molestó. Dijo que era cierto que su amigo era irritable, además de un criminal. Sospechaba que a Marisa le vendía drogas y a él le cobraba más del doble por sus servicios. Pero eso no era importante. Debía darle crédito por cumplir siempre con su palabra y saber llevar una conversación cuando a los demás se les acababan las palabras. Mientras ustedes dos sigan haciendo lo que les ordeno que hagan,

concluyó Fabricio, pueden ser tan desagradables e hipócritas como quieran.

Volvió al sofá y Heisenberg se acurrucó sobre su cabeza. Era la primera vez que Fabricio le hablaba de esa manera, pero Octavio supuso que él también se amargaría si fuera un ciego rodeado de mierda, dispuesto a gastar su dinero en un plan ridículo. Quiso decir algo para consolarlo, pero en esos asuntos él siempre fue un inepto. Entonces, y esto Octavio nunca supo por qué lo hizo, aunque luego pensó que pudo haber sido por venganza, le dijo que Austria había muerto mutilado de manera horrible por la pantera.

Sólo se escucharon los gemidos del tití y los susurros de la casa. Ya lo sé, dijo Fabricio al fin. Pero no importa, que mañana Iván traerá otro perro. Así son las cosas aquí. Todo se echa a perder, se rompe o se pierde, y después de un tiempo algo más viene y toma su lugar. ¿De qué te sirve aferrarte de las cosas o la gente? ¿Eh? Con testa, cabrón. ¿De qué te sirve? Para nada. Sólo para lloriquear como las abuelas.

Octavio no supo qué responder, pero tampoco le impresionó ese berrinche. ¿Qué podía decirle Fabricio a él que no supiera ya? Su padre era un católico convencido de la realidad literal del Cordero, pero su madre se identificaba con los pragmáticos, los cínicos y los incrédulos. Él tenía sus propias razones para intuir la existencia de un matiz inmortal y desconocido de la vida, uno que se extendía más allá de la materia, el espacio y el tiempo, pero aun así estaba convencido de que el pesimismo, como el de Fabricio, era una postura comprensible, incluso necesaria, en este planeta tan infeliz.

Fue al sofá para despedirse y desearle las buenas noches a su amigo. Heisenberg protestó desde la penumbra. Fabricio hizo ruidos

con la nariz y escupió sobre la alfombra y la tierra y la demás inmundicia. Buenas noches a ti también. Luego se puso de pie y tanteó el camino hacia el equipo de sonido junto a la ventana. Octavio quiso decir algo más, pero mejor se marchó sin otras palabras, pues Fabricio parecía demasiado ocupado en renovar la música sin ayuda de nadie. Cruzó el pasillo y el recibidor, y de la segunda planta escuchó, o creyó escuchar, las risas de Iván y Marisa. Afuera el mundo estaba frío y oscuro, y el cielo era un manto de perlas con todos esos soles diminutos sobre él. Desde la sala de lectura le llegó el Neptuno de Gustav Holst.

Su auto seguía bajo el olmo. ¿Dónde más podría haber estado? Se veía tan tranquilo bajo la luna, que cubría la fuente y el resto de la maleza de un blanco distante. Junto con la música se escuchaban también grillos, ranas y aves nocturnas. Se acomodó dentro del auto, pero no tenía ganas de manejar aún. En la guantera guardaba una cajetilla de cigarros con la que le gustaba viajar. Ahora que hacía tanto tiempo había dejado ese vicio, pensó, podía darse el lujo de romper el ascetismo, al menos para probar que tenía la voluntad de volverlo a dejar.

La casa se había vuelto una roca celeste manchada de ventanas por las que nadie se asomaba. La punta de su cigarro brillaba y se consumía con la velocidad desinteresada con la que todo lo demás se apaga en el mundo. Y junto con la combustión del papel y el tabaco fue creciendo en el ambiente un zumbido que, primero, le recordó una colmena de abejas, después, el ruido estático entre los canales de televisión y las estaciones de radio. El eco, le dijo una vez Fabricio, de la explosión con la que el universo había nacido.

Un punto de luz verde llegó desde las colinas. Podía ser un meteorito, aunque no se movía con prisa ni dejaba estelas. O tal vez era un satélite o basura espacial. Se detuvo sobre la casa, creció y se hizo un caleidoscopio de formas y colores maravillosos. Octavio pensó en una almendra de cristal. Era posible que fuera un avión secreto, un experimento de la fuerza aérea para la defensa de las fronteras, pero eso era ridículo, pues aquel país de bárbaros no tenía el dinero o la ambición para proyectos como éstos.

Permaneció ahí fumando fuera de su auto y los colores se volvieron un gran espectáculo. Él debía ser el único testigo de todo eso, creyó, ya que nadie más podía ver las cosas como en ese entonces las veía él. Aquella soledad era un inconveniente, pues no tenía manera de tomar fotografías o video para probar la veracidad de su experiencia, aunque de nada le hubiera servido eso en esta época en que la gente no cree siquiera en la palabra de los más honestos. Y mientras su rostro era iluminado por esos resplandores verdes, azules y rojos, le pareció una desdicha que ninguna doctrina en la historia hubiera encontrado aún el consuelo necesario a las inquietudes más tristes en el espíritu de todos los hombres.

La luz se alejó hasta extraviarse entre las estrellas. Su cigarro hacía tiempo que había terminado y la casa quedó de nuevo envuelta bajo la calma de la luna. Los grillos y las ranas continuaron con su discurso, aunque era posible que nunca lo hubieran interrumpido. Octavio cerró la puerta del auto, guardó la cajetilla en la guantera y el motor arrancó al tercer intento. Por una hora, puede ser que más, la carretera fue sólo para él y su vida, pensó, no estaba tan mal. Incluso podía llegar a ser mejor.

Entonces la ciudad apareció.

Un simio acuático

Durante toda su vida Aldo padeció una fascinación por el mar que ninguno de nosotros llegó a entender. Mis padres, utilitarios y faltos de imaginación, lo veían como una de esas excentricidades que a veces aflora en las familias. Para mí, que tampoco pecho de soñador, fue la compensación por una carencia que aún no he podido identificar. Lo recuerdo cuando éramos niños, su prisa por llegar a la piscina del club deportivo, las palabras hechas una bola en la garganta, los ojos llenos de agua. En ocasiones era tanta su emoción que se lanzaba así, con zapatos y ropa, y nadaba hacia el fondo azulado, de donde salía hasta que se le agotaba el aire o alguien del personal salvavidas lo arrancaba de ahí.

Cuando se daba la oportunidad de recibir algún regalo, ya fuera por nuestro cumpleaños o en las ocasiones en que papá se sentía

generoso, Aldo se decidía por los libros de marineros, por manuales de oceanografía, compendios de cartas náuticas y estudios de la biología submarina, todo muy crítico y académico para alguien que apenas comenzaba a dejar la infancia atrás. Mientras que mis intereses continuaron siendo los de un niño cualquiera, propensos a cambiar con las decepciones y el crecimiento, los años hicieron de la predilección de Aldo un saber sofisticado. Se volvió un fichero de datos técnicos, nombres de mares, ríos y lagos que me parecían países exóticos, tipos de peces, algas y crustáceos descritos como si fueran los habitantes de todos esos cuentos fantásticos que mamá se empeñaba en seguir leyéndonos antes de dormir.

Estudiamos en la misma escuela, un instituto administrado por sacerdotes escuetos más interesados en el contenido de la catequesis que en evitar las peleas entre el alumnado. A diferencia de muchos, no tuve un hermano mayor que me defendiera de los insultos, pues Aldo pasaba los descansos en la biblioteca leyendo *Moby Dick* o perdido en los jardines, donde tal vez imaginaba lo que habría en las profundidades del mar y del tiempo. No tenía aliados y, en consecuencia de su excentricismo, le faltaban enemigos. Los demás me preguntaban si yo era hermano de ese loco, ese que sólo hablaba de agua, y a patadas y golpes yo pagaba por su falta de participación en los juegos crueles de quienes aún eran demasiado jóvenes para entender la importancia de las leyes y otras tantas fantasías frágiles, como el civismo y el respeto entre los hombres.

Jamás le resentí aquello. Sus ausencias escolares me las compensaba con historias de naturalistas intrépidos, como von Humboldt o Darwin, y con trozos de conocimiento que de otra forma yo hubiera tardado años en comprender. Por él conocí los mecanismos

detrás de la evolución, la fragmentación de la Pangea, la roca celeste que terminó con los dinosaurios y otras tantas ideas sagradas que, como el Cordero y la Palabra en el medievo, hoy nadie se molesta en cuestionar. Una tarde, recuerdo, me explicó nuestro parentesco con las ballenas, los delfines y las belugas. No eran simples peces, decía, sino mamíferos como nosotros y pasó el resto de las horas previas a la cena hablándome sobre nuestro supuesto origen marino, explicándome los detalles vestigiales, en la anatomía y la mente, que recordaban esos días mejores, hará milenios, en los que apenas éramos unos simios acuáticos en las costas orientales de África.

Recuerdo una vez que pasamos la tarde en la playa. Yo acababa de ser admitido en la universidad tras una serie de pruebas más bien crueles. La idea de esa vida futura a la que me dirigía me aterraba, pues era insondable. Sólo quería estar tranquilo, relajarme con el susurro del mar, pero Aldo insistía en que nadáramos, que aquello me haría bien. Siempre es bueno volver al elemento materno, decía y al fin cedí a sus ruegos. Estuve en el agua sólo unos minutos sumergido hasta la cintura y paralizado por la incertidumbre que amenazaba con engullirme, mientras que mi hermano nadaba hacia el interior para luego volver lleno de un entusiasmo por la vida del que no me pudo contagiar.

Su amor por lo submarino sólo rivalizaba con la decepción de nuestros padres. Se casó luego de haberse licenciado en biología marina, aunque sólo consiguió trabajo como dependiente en una librería jurídica hasta que fue despedido por inepto, y poco después su mujer lo dejó. Volvió a casa, donde papá le dio de comer y mamá le animó a hacer algo más de su vida. Entonces tomó unos cursos en apnea, buceo libre lo llamaba Aldo, que yo financié. Me había vuelto

abogado; el mundo era una decepción y lo único que me fascinaba era ver cómo mi hermano se sumergía hasta por diez minutos en la piscina del club deportivo. Una noche, cuando manejábamos después de una de sus clases, quiso detenerse en la playa y aplicar su nueva destreza en el mar. Lo esperé en la orilla casi media hora, preocupado por los cargos de muerte por negligencia que se apilarían a mi nombre. Luego apareció a mi espalda, hecho todo humedad y risas. No había podido ver nada allá abajo, me dijo, pero algún día lo haría.

Su regreso a casa se extendió por un año y su falta de interés laboral se volvió una molestia. Mamá se cansó de repetirle una y otra vez las mismas palabras de ánimo. Papá un día simplemente le dejó de hablar. No le des más dinero, dijo una tarde. A ver si escarmienta. Pero me pareció cruel cancelar sus clases, además de dejarlo sin comer. Dicho altruismo no iba de acuerdo con las opiniones de papá, que siempre ha sido uno de esos hombres para los que la vida debe ser un sacrificio. Entonces llévatelo a tu apartamento, sugirió, y así lo hice, pero Aldo nunca se adaptó al sofá cama y no encontró entre mis libros de leyes y códigos penales uno solo de su interés. Se quejaba como una foca y sólo podía hablar del mar. Un día tendremos un bote, le prometí, e iremos de puerto en puerto. Imaginamos escenarios estrambóticos, aventuras brillantes y una existencia sin fronteras ni naciones, libre de todas esas barbaridades que hacen tan desgraciada la existencia aquí en tierra firme. Y eso pareció animarle, pero una mañana desapareció y no lo hallé con mis padres ni en la piscina del club deportivo ni en los jardines ruinosos de nuestra escuela vieja.

Encontré su ropa doblada entre las piedras de la playa, sus zapatos incrustados de viento y sal. Mis padres y yo lo buscamos a lo

largo de la costa; la policía no tuvo suerte en la ciudad. Nadie lo vio de noche desnudo bajo la luna y nadie lo ha visto hinchado y pálido sobre la orilla del mar. Me gusta creer que esas ausencias de testigos significan algo. Algunas veces, cuando duermo, lo veo en las profundidades: su cuerpo lustroso y pálido, como un fantasma entre las ballenas, los delfines y las belugas.

El sueño y la piedra

Llegué al asilo llevado por un rumor para conocer al fin a Luis Björstrand, pero encontré sólo un bulto de carne. Aún movía los labios, aunque no hablaba. Sus ojos, a pesar del estado del cuerpo, permanecían astutos en lugar de reducirse a la desesperación que a cualquier otro hombre hubiera abrumado. Los brazos se le habían cubierto de tumores al igual que las piernas, juntas como el tronco de un árbol. Pasaba los días en su silla de ruedas, así el doctor Bosco podía llevarlo a la terraza o a cualquiera de las demás habitaciones en la última planta, donde ambos vivían, pues la casona de tres plantas no tenía ascensor y las escaleras eran demasiado angostas y rectas para bajarlo al patio interior.

Mi sorpresa tras encontrarlo en ese estado fue tan grande como mi decepción. Distaba mucho de ese pensador del que había

escuchado hablar. Su situación era deplorable, pero según el doctor Bosco, no del todo ajena a los grandes hombres como él. Sepa que hasta los profetas sufren los castigos del cuerpo, dijo. Recuerde a Cristo. La pena con la que cargaba, continuó diciéndome, era una condición en la que músculos, ligamentos y tendones pasaban con los años a volverse como huesos. Fibrodisplasia esto o aquello, no recordaba bien el nombre técnico, según él, ya que su especialidad no era el sufrimiento físico, sino el de la mente.

Fue una desgracia que Luis Björstrand arrastró durante mucho tiempo. El doctor Bosco, grueso y con mirada de perdedor, le recordaba tal y como era cuando había llegado a la casona, aún con fuerzas a pesar de su edad en aquel entonces. Durante ese tiempo pensaron y ejecutaron proyectos, hablaron de teología, jugaron ajedrez, guardaron silencio. Él había sido testigo, decía golpeándose el pecho, de cómo el cuerpo de su amigo se paralizaba y perdía su aspecto con el paso de los años. Primero con turbaciones, movimientos involuntarios de los dedos, luego dificultades al caminar. Después vino la caída del cabello, la voz cada vez más ausente. ¿Sabes lo que debe ser para alguien como él —dijo sin dejar de mirarle en su silla de ruedas— ser testigo de la desintegración propia y no poder hacer otra cosa, además de esperar?

Yo no lo sabía ni tampoco tenía pretensiones de comprenderlo. En realidad, aquel primer encuentro me había turbado y le pedí disculpas. Estaba cansado, no sabía qué era lo siguiente por hacer y le pedí permiso para vagar por la casona. Era una de esas construcciones antiguas en el centro de la Capital, de esas que por generaciones pertenecieron a alguna familia aristocrática, que después de caer en la desgracia se vieron bajo la obligación de vender.

Las habitaciones eran como celdas, los pasillos iluminados por el sol que caía sobre el patio interior. Me topé con algunos de los pacientes. Eran tranquilos, ausentes, algunos sin nociones del cuidado de la ropa y la higiene personal, como se esperaría. Había dos o tres de los que era mejor mantenerse lejos, tipos de ojos alarman-tes y voces llenas de saliva. Casi todos estaban reunidos a esa hora alrededor de un manzano en el centro del patio; hablaban poco, tal vez satisfechos sólo de escuchar a los clarineros cantar.

Se me acercó un hombre todo de celeste, moreno, no muy alto, con pinta de no salir del gimnasio. Preguntó si pasaría algún tiempo con ellos y le dije que no lo creía. Nos quedamos en silencio, yo maravillado con lo fuera de sitio de ese personaje, él tal vez pensando en cómo deshacerse de mí. Si necesita algo, continuó, llámeme o llame a mi compañero. No me dio su nombre. Cuando quise preguntárselo había desaparecido en el interior.

Me senté en un banquillo junto a unas flores. Estaba lejos de mi casa, no tenía amigos en la Capital, había invertido todo mi dinero en llegar hasta ahí y no tenía dónde pasar la noche. Sabía de unos tíos presumidos a los que les hubiera encantado ayudarme, pero prefería dormir en un parque que rebajarme a su lástima. En la segunda planta, apoyados sobre el pretil de uno de los balcones, el hombre de celeste hablaba con otro más alto, rubio y de aspecto nada amenazador, como de aldeano noruego. Vestía de celeste también, fumaba sin dejar de mirar al manzano. El otro manoteaba, me señalaba. El del cigarro asentía sin decir nada.

Ya me preparaba para volver a la calle, cuando el doctor Bosco apareció. Si no había ni un asunto más en el itinerario de mi día, lo dijo así, la cena estaría servida a las ocho. Yo no tenía más que

un plato de arroz con verduras en el estómago, y una comida gratis nunca le ha caído mal a nadie. Se puso risueño cuando acepté la invitación; en verdad se alegró mucho. Me ofreció una habitación en la última planta, entre la suya y la de Luis Björstrand, para pasar ahí las horas que faltaban. O si quería, me explicó, podía terminar de explorar la casona o disfrutar del patio o lo que yo quisiera.

Mi habitación no era como las celdas que había visto poco antes. Jamás una sola persona ha necesitado dormir en una cama así de amplia. El escritorio era una tabla que podía servir a dos o tres personas al tiempo. En la esquina, una lámpara de piso iluminaba el sofá de lectura, junto con una mesa de café atestada de revistas de psicología. Las estanterías rebosaban con juegos de té, retratos, colecciones de piedras, libros en griego y otra lengua que bien podía ser sueco o danés o qué sé yo. Dormí un poco a pesar de no sentirme cansado. Cuando desperté, corrí las cortinas para que entrara algo de luz, pero la ventaba había sido tapiada con cemento.

Cuando aún faltaban diez minutos para la cena, llamaron a la puerta. Era el hombre de celeste con el que había hablado por la tarde. Me llevó al comedor, un lugar insípido de ventanas interiores que miraban hacia el patio, ahí mismo, en la última planta. Me preguntó si quería vino o agua. El alcohol nunca me ha gustado. Hubiera preferido un jugo de manzana, pero no me sentía con la confianza de pedir otra cosa. Se marchó y permanecí ahí parado junto a la mesa vacía. La penumbra del sitio, así como la luz eléctrica tan pobre junto con la luna que se asomaba por las ventanas, me hicieron sentir ligero e irreal. Entonces llegó el doctor Bosco, empujando la silla de ruedas de Luis Björstrand. Perdóneme, perdone la tardanza. Es que casi nunca tenemos invitados. Tomamos asiento

y, en eso, volvió el hombre de celeste. Al doctor Bosco le sirvió una copa de vino blanco, exagerando su pantomima, mientras que a mí me trajo sólo un vaso con agua. Supe que se llamaba Agustino y al poco rato llegó su compañero, Rubén le decían, y entre los dos nos sirvieron una ensalada de pulpo.

El doctor Bosco hablaba con la boca llena. Mezclaba temas, abandonaba la línea de la conversación para ir tras una tangente de la que volvía minutos después. Yo dije poca cosa, más ocupado en lo que comía que en lo que escuchaba. Rubén daba a Luis Björstrand una papilla asquerosa. Más tarde, Agustino le sirvió una sopa de tomate y después llevó bacalao para nosotros dos. Cuando al fin me sentí a gusto, como lo haría cualquiera después de festines como éstos, presté al fin atención al doctor Bosco. Hablaba de su exesposa, que lo había dejado cuando aún eran jóvenes para dedicarse a la actuación y después a la dirección de teatro. Dijo su nombre como si eso significara algo importante, y reaccioné como si así lo fuera para no ofender las sensibilidades de mi anfitrión, que ya iba por la quinta o sexta copa de vino.

Tomamos café en el salón de junto. Luis Björstrand se quejaba, hacía ruidos con la nariz. Creo que tiene sueño, dijo el doctor Bosco y pidió a Rubén que lo llevara a la habitación, pero antes le dio un apretón en los hombros y las buenas noches. Repetí los mismos deseos, aunque me abstuve de tocarlo. Le dije que había sido un gran honor conocerlo al fin, y me miró como si supiera cuál era el tamaño de mi decepción. No le tenga lástima, comentó el doctor Bosco cuando nos quedamos solos. Él es más fuerte que usted y yo.

Me habló sobre la casona y los años que llevaba administrándola. Comenzó a vivir ahí después del divorcio, con la excusa de

dedicar todo su tiempo al trabajo, aunque después admitió que lo había hecho por su poca paciencia con la gente. Algunas veces salía a dar un paseo por el barrio o a resolver algún malentendido con los inspectores del departamento de salubridad, pero con el paso de los años esas visitas al exterior se hicieron cada vez más escasas hasta volverse inexistentes. Incluso hasta ese entonces, durante nuestra charla, el interés que tenía por lo que ocurría fuera era nulo y no abandonaba la casona a menos que fuera por una razón mayúscula. Rubén y Agustino, los únicos que entraban y salían de ahí, además del reducido cuerpo de enfermeras, le ayudaban con la administración de otros negocios que tenía en el exterior, negocios de los cuales nunca supe nada, pero asumí estaban relacionados con su propio patrimonio.

Terminó de un trago la media taza que aún le quedaba de café, que debía seguir caliente aún. Sé que le decepciona haberlo encontrado así, dijo. Créame, a mí, que lo conozco muy bien, me turba más. Nada de lo que yo le diga hará justicia a sus ideas. Al contrario, las reduciría a las tonterías de un viejo ingenuo. ¿Y sabe qué? Usted puede hacer la tarea solo. Desde que Luis llegó aquí comenzó a escribir diarios. Lo hizo hasta que las manos se le paralizaron e incluso eso no lo detuvo. Le ayudé a escribir cada palabra que me dictó mientras el resto de su cuerpo se petrificaba. Cada palabra. ¡Créalo! Sólo me detuve cuando perdió la voz. Sepa que no son dos o tres libretas, son docenas de cuadernos. Si le interesa, puedo hacer que Agustino se los lleve a su habitación, pero me temo que no podrá sacarlos de aquí. Me mortificaría saber que se dañaron o extraviaron o cayeron en posesión de algún indeseable allá afuera. Es usted libre de venir a leerlos cuantas veces quiera, aquí los tendrá

guardados. O si lo desea, puede pasar un tiempo con nosotros para hacer su investigación. Tenemos lugar para usted y nadie le molestará.

Su oferta me entusiasmó no tanto por el acceso que tendría al pensamiento íntimo de Luis Björstrand, sino porque tendría un lugar dónde pasar algunas noches. Le expliqué que no tenía dinero para pagar alojamiento y servicios, sin embargo, podía ayudar en el mantenimiento de la casona o en el cuidado de los inquilinos. Me aseguró que nada de eso sería necesario. Agustino y Rubén ya eran empleados suficientes, además, yo era invitado suyo. No cualquier invitado, siguió diciéndome, pues había llegado ahí siguiendo el rastro de Luis Björstrand, lo que me diferenciaba del resto de los hombres, según él.

Continuamos hablando por un par de horas, tal vez más. Se disculpó cuando comenzó a cabecear; quiso saber si necesitaba algo más y no se me ocurrió nada. El desayuno estaría servido a las siete, me explicó, aunque era libre de hacer lo que yo quisiera. Incluso puede salir a comer algo si no le gusta lo que le ofrecemos, agregó. Me dio las buenas noches y desapareció por el pasillo arrastrando los pies. Permanecí en el salón un tiempo para acostumbrarme al tamaño de mi nuevo hogar, a los ruidos de los fantasmas que vivían en las plantas inferiores. Aquello, recordé, era un asilo, aunque de ninguna manera eso me pareció inquietante. A la media noche volví a mi habitación.

Por la mañana los encontré a todos en la terraza interior. Rubén daba avena molida a Luis Björstrand, el doctor Bosco hablaba acerca de un ensayo sobre los cataros que comenzaría a escribir esa tarde. Pasaría el día entero en su oficina, por lo que no podría atenderme

sino hasta la noche, pero pidió que no me preocupara, ya que había hecho arreglos para hacer de mi estancia algo más agradable. Agustino me sirvió huevos y jugo de manzana sin sonreír o incluso devolver los buenos días que le di. Luis Björstrand me miraba; una cosa deforme de ojillos verdes que me dejaron en silencio. Rubén le limpió las babas, dijo algo que no escuché y se lo llevó. El doctor Bosco me dio su mejor sonrisa de profesor. Qué buen día para escribir, ¿verdad?

Bajé al patio. La gente ahí, ocho o nueve, seguía absorta en sus inquietudes. Algunos me sonreían, otros fingían que yo no estaba ahí, o incluso puede ser que no se percataran de mi presencia. Había más en los pasillos y en las salas; leían, dibujaban, observaban el vacío entre los espacios, respetaban la calma de los demás. Se trataba, pensé, de un asilo para gente que sufría de trastornos tal vez no tan volátiles. Hablé con algunas enfermeras, las pocas que conocí. Cuatro o cinco, que junto a Rubén y Agustino no sólo llevaban el control de esa gente, sino también tenían instrucciones de no contarles nada sobre lo que ocurría más allá de la casona.

Regresé a mi habitación. De inmediato Agustino llamó a la puerta y se hizo paso sin esperar permiso. Empujaba un carrito de aluminio cargado de cuadernos, los diarios de Luis Björstrand. Me explicó que no estaban clasificados, por lo que tendría que ordenarlos primero si quería leerlos en cronología. También me entregó cuatro cambios de un uniforme como el suyo, algo en lo que yo no había pensado. No tenía otra ropa conmigo más que la que llevaba puesta y ya comenzaba a impregnarse de sudor y polvo. Cada uno hace su propio lavado, dijo. Dio una mirada a la habitación y se fue sin despedirse.

Varios de los cuadernos no tenían fecha, por lo que me tomé el resto de la mañana organizarlo todo. Los acomodé sobre el escritorio, junto con algunas hojas a rayas para mis apuntes. ¿De qué? No sabía qué buscaba ni por dónde comenzar. Como muchos, fui tras el rastro de Luis Björstrand llevado por rumores y la sospecha de que en él encontraría el Entendimiento, una pretensión demasiado general y vaga, cuando ni siquiera sabía qué era exactamente lo que yo quería entender. Conocía mi nombre, mi historia, mi lugar en el mundo. No tenía ninguna esperanza en encontrar la respuesta a una sola de las grandes preguntas perennes de la existencia, ya que hacía años las consideraba como distracciones cosméticas en un universo cuyas causas últimas eran impenetrables a la razón y los sentidos. Creo que se me puede disculpar la joven, aunque cansada, pretensión.

No me sentí con el ánimo de leer luego de terminar con la organización de todos esos papeles. Salí a caminar por los pasillos con la excusa de espabilarme del cansancio que los cuadernos me daban con sólo verlos. Encontré a Rubén fumando en uno de los balcones. Me pareció correcto pedirle un cigarro a pesar de haber dejado ese vicio tan asqueroso hacía tanto tiempo. Sólo porque usted es uno de los nuestros, dijo riendo. Sus manos parecían las de una campesina o las de un muchacho afeminado puesto a trabajar en una excavación. No se me ocurrió de qué podía hablar con él, así que dije lo primero que se me ocurrió. Debe ser difícil cuidarlo, ¿no?

—¿Al doctor o al inválido?

—Luis Björstrand.

Terminó su cigarro, lo aplastó sobre el pretil y guardó la colilla en el bolsillo de su pantalón. Sí, un poco. Se disculpó conmigo,

debía volver a su trabajo y yo en cambio tenía bastante por leer. Le pedí que nadie me molestara ni siquiera para a la hora de la comida.

Los diarios comenzaban con su primer día en la casona. El grueso de los dos cuadernos que leí esa tarde eran reflexiones sobre su vida previa a la llegada al asilo. Abundaban las descripciones de paisajes insípidos, páginas y páginas en las que recordaba gente mediocre que por alguna razón le había parecido fascinante. Su biografía familiar tampoco era extraordinaria. Había nacido en Sandango, nieto de un inmigrante sueco. Odiaba a su padre, un empleado de gobierno que pecaba de holgazán. De su madre, que exageraba su posición como intelectual, no tenía un solo recuerdo grato. Sólo quería a su hermano, que se había dedicado a la zoología antes de morir presa de un cáncer. Eran anécdotas que me parecieron ingenuas, incluso pueriles. Sentí pena por él, que ya era bastante mayor cuando escribió aquello y aún arrastraba los rencores y sentimentalismos de un adolescente. Más interesantes me parecieron sus recuerdos europeos: estudios de biología en Londres, antropología en Berlín, psicología en Praga.

En esos primeros diarios no había filosofía de ningún tipo, sólo un compendio de quejas y melancolía. Las escasas reflexiones que encontré sobre la sociedad, sobre la condición humana, eran poco originales, nada que alguien insatisfecho con la vida no hubiera pensado antes y de mejor manera. Aun así, eran sólo los primeros dos diarios. Quedaban suficientes para leer durante poco más de un mes si seguía con ese ritmo pausado de lectura, así que era posible que más adelante descubriera ejemplos de ese pensamiento tan original por el que era famoso entre los insatisfechos. Lo único notable que encontré en esas primeras notas fue

una mención a un sueño recurrente, uno que había comenzado a tener desde los veinte años, en el que lo único que ocurría era la presencia de una piedra del tamaño de una persona.

Salí de la habitación cuando ya todos habían terminado de cenar. Agustino, por órdenes del doctor Bosco, se apresuró a prepararme algo. ¿Qué tal su lectura?, preguntó. Fui sincero con él. El doctor Bosco asintió. Admitió que su amigo tenía problemas en concretar lo que tenía en mente. Le gustan las digresiones, dijo, pero, ¿quién escribe un documento tan personal, como un diario, luego de haberlo planeado como si fuera a escribir una novela en la que todo tiene que estar en orden? Nadie. Además, me dijo, no podía negarle que las anécdotas estaban contadas con un buen estilo. Y sí, acepté que eso era cierto, estaba todo muy bien escrito. Agustino me sirvió un plato de lentejas y se marchó. Comí en silencio mientras el doctor Bosco sorbía su café. Ahí debe estar todo lo que usted busca, dijo de golpe. Las intimidades de su pensamiento. Sí, sí. Sea paciente. Pero no se emocione, que son sólo unos diarios.

Tres semanas después, había leído poco menos de la mitad de los cuadernos y aún no encontraba rastro de la supuesta sabiduría existencial. En cambio, supe todo sobre la rutina de los días en la casona, la llegada de cada nuevo paciente, sus charlas con las enfermeras, los juegos de ajedrez con el doctor Bosco. También supe más sobre los momentos infelices de su infancia, el desencanto que le acompañó antes y después de su único amor, el refugio en otros asilos, en conventos y monasterios antes de llegar a la casona. Su interés por la telepatía, la precognición y la telekinesis, el lado subconsciente de la naturaleza lo llamaba, al poco tiempo de haber muerto su hermano. Abundaban descripciones

de sus investigaciones en recintos alpinos, páramos escandinavos y oscuros bosques de Escocia, donde esperaba entender la naturaleza del *Landgeist*, un término suyo que, por lo que pude deducir, era una interpretación geográfica sobre lo paranormal.

Su cuerpo, sin embargo, comenzaba a fallarle, y de eso también hizo nota. Encontré la primera referencia a su condición sólo como unas cuantas líneas desinteresadas escritas como si se hubiera convencido, a fuerza de voluntad quizás, de que su futura desgracia era sólo una molestia de la que no valía la pena preocuparse más. Tejido blando que se mineraliza y se vuelve hueso. Fibrodisplasia osificante progresiva la llamó, y no volví a encontrar otra referencia a ese malestar sino hasta tres cuadernos después. Sólo de vez en cuando interrumpía la narración más común de su vida para filosofar sobre las deformaciones de su cuerpo, para reflexionar sobre la parálisis que él sabía estaba por venir. Cada dos o tres semanas, apuntó, soñaba con la piedra con la que había soñado de forma esporádica desde los días de su juventud. Más notable que aquel incremento, fueron los cambios que comenzó a ver en la misma piedra hasta entonces inmutable; primero como un trozo en bruto recién salido de una cantera, luego un bloque cincelado por manos toscas, después como un recuerdo pasajero a la figura de un hombre que suplicaba al cielo.

A casi un mes de haber llegado a la casona, me había acostumbrado ya al ritmo despreocupado de esa nueva vida. Agustino seguía siendo un déspota, pero Rubén y yo nos llevábamos muy bien. Me compartía sus cigarros, jugábamos dominó, yo le contaba chistes simplones, hablábamos de películas y libros. Una tarde, me mostró una edición económica de *Los cantos de Maldoror* que

su madre le había regalado hacía poco tiempo pero que aún no comenzaba, me dijo, pues ese tipo de textos se arruinan cuando se leen en el verano. Era mejor esperar, según él, a que el viento corriera frío y las noches fueran largas.

Aquella temporada tan cómoda me recordó a mis años en la universidad, y mi única inquietud era que una vez terminados los diarios de Luis Björstrand se me pidiera irme de ahí. No me gustaba pensar en eso. Tenía qué comer y dónde dormir sin el inconveniente de pagar un centavo, como debe ser, así que nadie puede culparme por intentar extender mi estancia todo lo posible. Dejé pasar días sin tocar los diarios o hablar de ellos, una previsión tal vez sin fundamento, ya que el doctor Bosco no volvió a interesarse en mi opinión sobre su contenido ni quiso saber qué tan avanzado iba en su estudio. Al contrario, las pocas veces que le mencionaba algo, por lo general disgustos sobre lo aburridos que eran en su mayoría, cambiaba de tema. Prefería hablar de lo que fuera en lugar de discutir el supuesto genio de su amigo. Y es que, dígame la verdad, el doctor Bosco era un gran conversador. Podía disertar durante horas sobre ajedrez, mitología egipcia o arquitectura maya, interrumpido sólo por contratiempos como la hora de su siesta o las obligaciones por atender.

Pasaba sus mañanas encerrado en su oficina, aunque en ocasiones le gustaba tomar asiento bajo el manzano, junto con los pacientes. Por las noches me reunía en la sala con él y con Luis Björstrand. Ahí nos leía los pensamientos de filósofos y las memorias de científicos, los lamentos de los existencialistas y el razonamiento de los teólogos. Luis Björstrand le escuchaba con atención, o al menos eso parecía, paralizado como se encontraba. Tal vez él se

sentía tan decepcionado del genio de todos esos sabios como yo lo estaba de él. Incluso más que decepción, ya que esos hombres al menos habían dejado registro de las ideas por las que militaron, mientras que lo único que él hizo fue producir unos diarios desahogados, acompañados de una reputación inventada o exagerada por unos cuantos artículos de prensa y el boca-a-boca de los impresionados. El doctor Bosco le hablaba con tanta pompa, tanta solemnidad, que supe entonces cómo el poder de una persona no está en su carisma o en las ideas, que pueden ser geniales o estúpidas, sino en el fervor de quienes le siguen, gente por lo demás honesta e inteligente que, sola con sus angustias, creyó en las palabras de hombres tan extraviados como ellos. Como nosotros.

Una noche, el doctor Bosco me invitó a tomar café en su oficina. Hasta entonces no había entrado ya ahí. Era un espacio insípido, decorado sólo por algunos libros y unas fotografías sobre su escritorio, además de un retrato al óleo de su padre, un médico importante en su tiempo, además de filántropo, según me dijo. Hablaba más animado que de costumbre. Hacía un par de días que acababa de terminar su ensayo sobre los cátaros y quería que lo leyera para darle una opinión. No le prometí otra cosa que no fuera una impresión general. Mi conocimiento sobre el tema se limitaba a unos castillos ruinosos que cinco o seis años antes había visitado con una novia en Languedoc, cuando mi interés por lo medieval estaba en la arquitectura y no en sus personajes marginales. Tómese el tiempo que quiera, dijo. Sé que está ocupado en otras cosas. Lo imaginé entonces en la habitación de Luis Björstrand, repasando los detalles del texto, tal vez buscando aprobación en su mirada de cristal. Para él, yo debía ser un sustituto pobre, muy pobre, de su

amigo, aunque no por eso carecía de valor. Yo era la única persona con quien él podía discutir esos y otros temas, pues jamás lo vi hablar con Rubén o Agustino de otros asuntos que no fueran peticiones y encargos.

Mientras hablábamos de aquello, algunos de sus libros cayeron de la estantería. Lo mismo pasó con el retrato del padre, las fotografías en el escritorio y varias piedras dentro de un mostrador de vidrio. Me agarré a los brazos del sillón, el doctor Bosco se mantuvo en pie. Fueron sólo uno o dos segundos que, a juzgar por su risa, debieron dejar una expresión espantosa en mi cara. No se preocupe por esto, dijo. Los sismos son comunes en la Capital y usted debería estar agradecido de que éste ni siquiera fue una sacudida. Luego pasó a compararlo con otros más notables en la historia reciente, lo que hizo poco en tranquilizarme. Me dio una palmada en la espalda y le ayudé a recoger sus cosas.

Las piedras que habían caído de la vitrina, descubrí, eran fósiles de trilobites y otros invertebrados prehistóricos. También había huesos diminutos, huevos y otras estructuras que no supe identificar. El doctor Bosco me explicó de dónde venían y cómo había conseguido cada una de esas piezas. Dijo que le hubiera gustado tener el esqueleto de un tiranosaurio o un megalodón para colocarlo junto al manzano, pero no podía derrochar de esa forma el dinero. Luego los ojos se le pusieron histéricos y comenzó a teorizar sobre todas las demás formas de vida que alguna vez caminaron sobre la Tierra, vida de las que no se sabe nada, ni se sabrá jamás, por culpa de los caprichos de la fosilización. No sé qué piense usted, dijo cuándo se le relajó el ceño, pero algunas veces me parece que el problema de Luis es una condición del espíritu, que al estar afligido

petrifica la carne. Su sentimentalismo me sorprendió. Le recordé que Luis Björstrand padecía de un mal muy concreto y terrible, uno al que de ninguna manera se le podían atribuir intenciones o razones espiritistas. La amistad con él le hacía ver en su situación una pena poética, incluso mística, y lo velaba de lo que en realidad era: un trastorno más en el gabinete de las curiosidades médicas.

Guardó silencio y continuamos recogiendo sus cosas. Poco antes de marcharme, me dijo que había un problema con mis observaciones. Usted dice que Luis sufre de algo extraordinario, aunque natural, y en eso no se equivoca. Pero yo le digo esto: cuando cruzó la misma puerta por la que usted llegó, él aún era un hombre sano. No mostraba ninguna de las señales que preceden a la fibrodismia osificante, como dificultad en el movimiento o deformaciones que aparecen desde la infancia, muchas veces poco después del nacimiento. ¿A usted nunca le han brotado granos cuando se angustia o se deprime? ¿O curado de algún malestar cuando el médico lo engaña con un placebo? Recuerde, usted y yo somos cuerpos materiales en un mundo material. No espere que el otro mundo se manifieste en este sin usar condiciones materiales.

De eso yo no sabía nada y me molestó la manera tan sencilla con la que mitificaba el sufrimiento de una persona, aunque me guardé la opinión. Encontré mi habitación en desorden por culpa del temblor; me eché sobre la cama sin desvestirme y desperté a mitad de la madrugada. Pensaba en las palabras del doctor Bosco, en que nada de lo que dijo tenía sentido o sustancia, aunque en realidad nada ahí dentro lo tenía. Todavía desconocía el porqué de la devoción de él, y muchos allá afuera, por Luis Björstrand, que, a juzgar por lo que hasta entonces había leído en sus diarios, era un

hombre tan común y corriente como cualquiera de nosotros. Acaso sólo un poco más excéntrico. Admití, sin embargo, podía equivocarme y estaba dispuesto a darle el beneficio de la duda. Eso no me hizo conciliar el sueño.

Bajé al patio para tomar algo de fresco junto al manzano. Seguía pensando en esas cosas cuando se me acercó una de las pacientes. Parecía una hoja en invierno, pero de joven debió haber sido muy guapa e imponente, pues a pesar de lo encorvada que estaba era tan alta como yo. ¿Todavía tiene cigarros? Hasta entonces no había hablado con ninguno de los pacientes y la interrupción de aquel silencio me sorprendió más que la pregunta. Quise saber por qué pensaba que yo tenía cigarros y me dijo que nos había visto a Rubén y a mí fumando en el balcón. No le quiero pedir favores al vikingo ese, dijo, que se toma muy en serio su trabajo, y el moreno está enojado todos los días. En algo me recordaba a mi abuela. Debía seguir nerviosa por lo del sismo, por muy leve que hubiera sido, y le prometí que haría lo posible para conseguir una cajetilla, sólo para ella, si me prometía no contárselo a nadie. Me apretó la mano y dijo que ya no dormía como antes, así que podría encontrarla ahí mismo, a la misma hora, cualquier día.

Volví a mi habitación para intentar dormir de nuevo, pero sólo logré revolcarme sobre la cama. Más tarde me encontré con Rubén, que, por lo que me contó, ni siquiera se había dado cuenta de que la tierra se había sacudido un poco. Habló largo rato sobre su madre, de lo emocionada que estaba por un viaje que haría pronto al norte del país. Ahí no hay nada interesante que hacer, dije. Pues por eso, contestó, y los dos nos reímos y fuimos a fumar al balcón y no vi por ningún lado a la vieja con la que había hablado durante la

noche. Rubén quiso saber por qué estaba tan distraído, no recuerdo qué le dije, pero le hizo gracia. Cuando terminamos, le pregunté si tenía que salir de la casona ese día y si podía traerme una cajetilla, que se la pagaría cuando tuviera dinero. No prometa cosas que no va a cumplir, dijo. Por la tarde me entregó los cigarros junto con una caja de cerillos.

Esa misma madrugada, a la hora que había acordado con la vieja, volví al manzano. Esperé casi cuarenta minutos ahí parado, ya me preparaba para irme cuando al fin apareció. Perdona, nunca duermo, pero esta noche sí que me dio sueño, ni se lo imagina. La cara se le iluminó cuando le entregué los cigarros y ya no dijo nada durante el rato que le tomó saborear el primero. Viéndola así de alegre bajo la luna, disfrutando de uno de los placeres ton-tos de la vida, no parecía una demente. Sabe, dijo, ésta no es la marca que acostumbro, pero están ricos. La próxima vez que vea a mi hija le diré que me compré de estos. Yo sabía que sólo las enfermeras, además de Rubén y Agustino, eran quienes podían entrar y salir de la casona, así que le seguí el juego. Pregunté si su hija le traía cigarros cuando venía a visitarla y me miró como si yo fuera algo desagradable bajo sus pies. Primero me dijo que no le hablara como si ella fuera una niña. No soy una retrasada, agregó. Luego me explicó que salía de ahí cuando le daba su jodida gana. No se haga ilusiones, joven, que usted no es tan indispensable como se cree. Todos los viernes salgo a caminar para ver a mi hija, pero la semana pasada me dolieron las piernas y no pude ir a recoger mis cigarros. Su hija, continuó diciéndome, vivía en un bloque de apartamentos a media hora de ahí, pero desde que habían comenzado las obras públicas, unos trabajos viales que tenían apenas un par

de meses, debía dar un recorrido largo que la dejaba exhausta y de mal humor.

Eso último me llamó la atención. Hasta ese entonces, no había visto a ninguno de los pacientes recibir una visita del exterior, así que la única manera en la que alguien podía saber algo sobre las obras en construcción era mirándolas. Por órdenes del doctor Bosco, ni Rubén ni Agustino o las enfermeras podían hablar con los pacientes sobre lo que pasaba afuera. Además, la casona se encontraba aislada por completo de todo ruido venido de la calle, pero no quise preguntarle a la vieja por más detalles, que aún seguía indignada conmigo a pesar de mis buenas intenciones. Me dio las gracias por haberla ayudado y desapareció por uno de los pasillos.

El encuentro me incomodó un poco, pues ya no sabía qué clase de lugar era ése. Por la mañana busqué al doctor Bosco, pero le había dado una de sus manías de ermitaño y pasó el día entero encerrado en su oficina. A Rubén no le dije nada sobre la vieja. Sospecharía algo insensato; tal vez que me emocionaba perturbar la paz de los enfermos o que había comenzado a venderles bienes prohibidos. Lo último que necesitaba era perder su confianza. Esa misma tarde, cuando nos encontramos para fumar en balcón y le pedí un cigarro, me preguntó qué había sido de la cajetilla que me había regalado el día anterior. Me parece que no me creyó cuando le dije que me la había fumado toda durante la noche, presa de un ataque de nervios al imaginar que en cualquier momento podía ocurrir otro temblor.

Dos días después encontré en la terraza al doctor Bosco. Me saludó con un buen humor bastante exagerado. Quiso saber si ya había leído su ensayo sobre los cataros, y aunque sí lo había hecho,

no supe qué opinión darle. Era demasiado esotérico, lleno de referencias a filosofías y ocultismo del medioevo, así que me excusé por mi ignorancia sobre esos temas y mi incapacidad de ofrecerle una crítica digna de su trabajo. Ah, no se apure, dijo, puedo explicárselo todo. Pero lo interrumpí en cuanto comenzó a hablar. ¿Sabía que una de sus pacientes sale de aquí a escondidas todos los viernes para visitar a su hija?

La cara que puso fue más de fastidio que de sorpresa. Claro que sí, contestó. Y no es la única que lo hace. Hay otros cuatro o cinco que salen a cenar casi todas las noches. Incluso uno de ellos, no recuerdo quien, tendrá que preguntárselo a Agustino, tiene una novia tan mayor que podría ser su madre. No podemos negar el movimiento a la gente libre, por mucho que nos gustaría que se quedaran todos aquí dentro.

Hasta ese momento mi idea de aquel lugar había sido la de un asilo cualquiera, una casa de reposo para los perturbados. La sorpresa del doctor Bosco con mi ignorancia parecía sincera. Todos pueden salir si así lo desean, continuó. Pueden no volver también, pero ninguno tiene dónde quedarse, y los pocos que sí lo tienen carecen de la paciencia para convivir con todos esos detestables allá afuera. No fue siempre así, ¿sabe? En un inicio aquí cuidábamos a auténticos enfermos, algunos incluso que me traje del otro psiquiátrico donde trabajaba. Por unos años aquí estuvo lleno de gritos y llantos, algo espantoso; no quiere ni saberlo. Después llegó Luis a quedarse; estaba tan cansado del mundo, decía, y no le vendría mal desaparecer. Yo sabía quién era él, había leído sus teorías sobre el *Landgeist* y lo recibí encantado. Como se ha dado cuenta, aquí uno puede llegar a estar muy solo y nunca está de más

tener alguien con quien hablar. Con los años los enfermos fueron muriéndose; las habitaciones se vaciaron. Nos pareció entonces que podíamos hacer de la casa un refugio, algo así como un monasterio para personas con inclinaciones como las nuestras. Corrimos la noticia, la gente fue llegando, todos con uso pleno de sus facultades mentales y profundamente insatisfechos con la gente y con el mundo. Los jóvenes llegaron solos; a los viejos los trajeron sus propios hijos, que ya debían estar cansados de tanta misantropía. Luis, que se había vigorizado de nuevo en su aislamiento, tenía planes extravagantes para todos los llegados: sociedades filosóficas, grupos de discusión, pequeñas utopías sociales. Yo siempre he sido más pragmático y desde un inicio le advertí que esta gente lo único que quería era que la dejaran en paz. Y así fue como pasó. ¿Cree usted que alguno de estos marginados quiso juntarse con los otros para filosofar sobre tonterías? Claro que no. La única vez que logramos reunirlos a todos fue un desastre que pasó de los insultos a los golpes. Creo que ésa fue la última gran decepción de Luis, pero no puede culpar a esta gente. Aquí se les cuida y pueden quejarse todo lo que quieran de la humanidad sin el inconveniente de vivir rodeados por ella. Para fomentar el aislamiento los enfermeros tienen prohibido hablarles del exterior, pero dígame, ¿qué puedo hacer si de vez en cuando extrañan los parques, sus casas, o sólo quieren ver una película en el cine? No todos pueden ser tan herméticos como nosotros, incluso si así lo quieren. Me sorprende que usted creyera que se trataba de dementes. La misantropía, el desprecio por el mundo, la búsqueda del silencio, son todos sentimientos sofisticados, muy nobles incluso. Dijo todo eso y se disculpó con el pretexto de una siesta; después tendría que trabajar

en otros asuntos. No podríamos vernos a la hora de la cena, pero esperaba que nos encontráramos de nuevo al otro día para hablar sobre su ensayo.

Busqué a Rubén por toda la casona. Agustino me dijo que había salido a visitar a su madre y se tomaría el resto del día libre para preparar las maletas que llevaría en sus vacaciones por el norte. Era una mujer abandonada y mayor que necesitaba del único hijo que le quedaba para ayudarle en asuntos complicados como éstos, me dijo. Nada de lo que yo había visto hasta entonces me hacía creer que la relación entre ellos dos era tan íntima como para que uno le contara al otro ese tipo de detalles familiares. Pero luego pensé que si a mí, un extraño, Rubén me había hablado un poco sobre su vida, entonces no era inconcebible que fuera más abierto con un compañero de trabajo. Le pregunté desde hacía cuanto tiempo se conocían. Agustino escupió y dijo que eso no era asunto mío.

Esa noche continué con los diarios de Luis Björstrand. Eran los últimos, los que dictó al doctor Bosco cuando al fin perdió el control de sus manos por culpa de la osificación. No esperaba encontrar algo interesante, teniendo en cuenta los diarios anteriores. En verdad, lo único que quería era leer algo aburrido para dormir, y los libros en mi habitación estaban en idiomas que desconocía. Por la mañana saldría a dar un paseo, buscaría un trabajo sencillo que pagara lo suficiente y así comprar mis propios libros. El resto de las necesidades básicas, creía, las tenía cubiertas de sobra hasta que se agotara la fortuna privada del doctor Bosco o él se cansara de tenerme ahí como su invitado. Si eso llegaba a pasar, ya pensaría qué hacer.

El contenido del primer diario era una reflexión, una esperanza, más bien dicho, en la comunicación telepática después de la muerte,

interrumpida por quejas frecuentes sobre el endurecimiento de su cuerpo, así como la aparición de una complicación respiratoria que dificultaba aún más su vida, que ya de por sí era tan precaria. El segundo se ocupaba de sus sueños. La piedra, que ya antes se le había presentado como un bloque en el que se sugería el contorno de unos brazos y unas piernas, cada noche comenzó a tomar las formas definidas de un hombre en rodillas, como suplicante. Imaginé al doctor Bosco inclinado sobre su amigo e intentando descifrar lo que balbuceaba, un proceso seguramente penoso que duró hasta el día en que su voz desapareció. El último registro aparece a mitad del cuaderno, sólo tres semanas antes de mi llegada. No son palabras de Luis Björstrand, sino del doctor Bosco, poco más de dos páginas en las que ofrece una interpretación rebuscada sobre el significado de la piedra en la mitología y el folclore.

Eran casi las tres de la mañana, y aunque no estaba cansado, me obligué a dormir. Tenía que aprovechar las pocas horas antes del amanecer si quería salir temprano por la mañana. Di vueltas sobre la cama. Me concentré en una sola idea, conté números al revés, me imaginé dormido; técnicas que a nadie le funcionan, pero todos recomiendan como si así fuera. Pensé en mi propia vida comparada con la de Luis Björstrand, en mis padres que aún debían creer que yo vivía en Teranserí, en mi infancia privilegiada. Recordé a mi abuelo, la última vez que lo vi yo tenía veintinueve años, y un día se murió, así nada más. Porque sí. Porque podía. Porque era lo que se tenía que hacer, y yo no sabía siquiera dónde lo habían enterrado, pues ocurrió cuando yo aún trabajaba en San Onofre y no tenía intenciones de volver a este país, así que ni me molesté en preguntarle a mi madre dónde lo podía encontrar. Pensar en eso

me secó la garganta; fui a la cocina por un vaso de agua y lo tomé en el comedor. Alguien había dejado la ventana abierta; la luna era como una mancha de luz en lugar de la roca que flota sobre nosotros. Abajo, en el patio, el manzano se mecía y en el juego de sombras vi un montón de piedras que no estaban ahí antes. Piedras grandes. Me tomó más de lo habitual bajar las escaleras, cruzar los pasillos, como si caminara dentro de agua o sobre la arena de una playa. Cuando llegué al patio encontré lápidas, cientos de ellas, decoradas con motivos florales. Eran tantas que se perdían en el horizonte y creí, de verdad creí, que ése debía ser el cementerio del mundo. Vi la del doctor Bosco, la de Agustino, la de Rubén y la mía también, tan sencilla, tan sin gracia que me puse a llorar como un imbécil. El manzano se había desvanecido durante toda esa penuria y en su lugar apareció sobre un pedestal la estatua de un penitente que imploraba al cielo. Su cara era la de Luis Björstrand y el gesto el de un desgraciado. Entonces la luna se desmoronó como una pieza de pan y bajo sus escombros de plata quedé enterrado con el cementerio. La tierra a mis pies se sacudió hasta quebrarse; el mundo entero quedó hecho como una fractura.

Me despertó la vibración del suelo, los chillidos de mi habitación que comenzaba a caer. Los muebles se despedazaron, las paredes también. Afuera se escuchaban edificios que colapsaban, alarmas de autos, vidas que desaparecían así, sin más. Dentro de la casona la gente gritaba, unos tal vez de alegría. Otros, me parece, debieron de reencontrarse con la fe de sus padres y antepasados, esa de la que renegaron durante años. Al menos sé que yo lo hice, ahí en la cama, incapaz de moverme, convencido de que si cerraba los ojos y lo pedía con mucha fuerza el terremoto acabaría o

un ángel me llevaría a un lugar lejos. Sí, de esa manera funciona el pensamiento mágico, y me molesta ser un cínico al respecto, ahora que no corro un solo peligro y lo que me sobra es la retrospectiva, pero así es como somos todos: incrédulos en el bienestar, devotos en el hundimiento. De cualquier forma, lo último que recuerdo es escuchar un crujido horrible al que le siguió un golpe en la cabeza que llenó mis ojos de luz.

Hubiera muerto de no ser por Agustino. Me encontró sobre la cama con la cabeza ensangrentada y me cargó él solo hasta la calle. Lo sé por palabra de Rubén, la única visita que tuve en el hospital. Esa noche la pasé en casa de mi mamá, por eso no pude ayudar a nadie, dijo, y se le aguaron los ojos tanto que no supe cómo consolarlo. Le dije que no debía sentirse mal por eso; era su día libre, además, los compromisos filiales son más importantes que las obligaciones con el resto de los hombres. Se lo dije así, de esa manera tan rimbombante, pero de nada sirvió para alegrarle el humor. Llevaba con él su copia de *Los cantos de Maldoror*. Esa mañana había comenzado a leerlo, durante el trayecto al hospital en autobús.

—Pensé querías esperar hasta el invierno para leerlo.

—Eso qué importa ya.

No pasé mucho tiempo internado. Me dieron de alta un lunes y eso me fastidió mucho, pues aún tenía el resto de la semana por delante. El médico a mi cuidado, joven con pinta de futbolista, me explicó muy apenado que los heridos de gravedad no dejaban de apilarse unos sobre otros, por lo que era necesario evacuar a todos los sanos para dar más provecho al espacio y las escasas instalaciones. Apeló al patriotismo y la solidaridad con nuestra gente, junto con otros tantos sentimientos honorables en los que dudo que él

creyera de verdad. De la manera más discreta me deslizó algo de dinero, junto con la tarjeta de un lugar ahí cerca donde podía pasar la noche. Manténgase hidratado, agregó, y eso me sonó a una de esas frases hechas que no dicen nada, como abríguese bien o coma frutas y verduras.

La Capital estaba devastada y en el radio un cura culpaba a nuestros pecados por ese capricho de Dios. Las calles estaban atestadas de fantasmas. La gente iba de una montaña de escombros a la siguiente, otros tenían sus ojos en los vacíos y quién sabe qué cosas habrán visto asomándose ahí. La policía, desde luego, sólo estorbaba y el ejército lo único que hacía era fanfarronear. Soldadillos rasos que ni sus hijos respetaban en sus casas se pavoneaban dando órdenes, animados por las palabras de admiración de los más viejos, que no dejaban de exaltar las virtudes de la disciplina marcial. No faltaban los graciosos que pasaban un buen rato a expensas de los muertos. ¿Sabías, decía uno, que en chino crisis también significa oportunidad? Y el otro le contestaba que no fuera idiota y siguieran buscando a sus esposas.

Vagué durante horas hasta que encontré los restos de una librería. Me demoré ahí junto con otros curiosos que, como yo, no tenían algo mejor por hacer. Aquélla fue una excursión en vano, pues, aunque entre los escombros encontré algunos libros de Cioran y Schopenhauer, me sentí tan pretencioso de llevarlos conmigo que mejor los dejé. Más sencillo fue robar de un supermercado algunas barras de pan, jamón, galletas y sodas, que si no lo hacía yo, alguien más lo haría. Era difícil moverse por la ciudad con las calles rotas y el transporte público colapsado; la casona estaba tan lejos que me hubiera tomado días llegar hasta ahí. Con el dinero del médico alquilé

una habitación en el lugar anunciado en la tarjeta que me dio, un hotelucho lleno de prostitutas que por uno de esos misterios insondables no había sufrido un solo daño. Por la noche hablé con mis padres; les dije dónde estaba, pero no les expliqué por qué. Papá se puso furioso, como siempre. Mamá exageró sus preocupaciones, como debe ser. Prometí que volvería pronto, aunque no tenía con qué pagar el pasaje de autobús. Como había perdido toda mi documentación, les fue imposible transferir algo de dinero a mi cuenta, así que mamá pensó que lo mejor sería pedir prestado a esos tíos presumidos y engreídos que desde el inicio había intentado evitar.

Al día siguiente los autobuses comenzaron a circular por nuevas rutas y pude volver a la casona. Comparada con las demás construcciones, fue poco el daño que sufrió. Aún se mantenía en pie, a pesar de que parte de la fachada había colapsado, junto con algunas secciones de los pisos superiores. Supe después que sólo una persona había muerto ahí dentro, y era tan vieja que, de no haber fallecido entonces, lo hubiera hecho por edad algunos años después. Pensé en la mujer con la que me había encontrado bajo el manzano; la busqué en los pasillos, en las pocas habitaciones que quedaban, pero no la encontré ni volví a verla jamás. En realidad, sólo encontré a unos cuantos de los inquilinos, los que las autoridades no pudieron llevar a los hospitales, me dijo Rubén, y algunos que acababan de volver.

Era poco en lo que él y Agustino podían ayudar. El doctor Bosco seguía pagándoles su sueldo y todo lo que hacían era cargar piedras de un lugar a otro. Parece que quiere reconstruir la casa, dijo Rubén mientras fumábamos en las ruinas del balcón. Mi primo es ingeniero; dice que es más barato construir un edificio nuevo

o irnos a otra parte. Intenté explicárselo y no me escucha; ya sabe cómo es el doctor. Si puede, dígale algo cuando lo vea. A usted sí lo aprecia; puede ser que le haga caso. Me lo pidió con tanto sentimiento que no pude negarme a intentarlo.

En el patio, Agustino descansaba bajo el manzano, que a pesar de todo lo ocurrido, había perdido sólo unas cuantas ramas. Le di las gracias por haberme sacado de la habitación, de haber salvado mi vida. Le aseguré que, si algún día necesitaba algo, lo que fuera, sólo tenía que pedírmelo. Me miró como si nada de eso significara gran cosa para él. Luego pidió que me hiciera a un lado, pues le tapaba la luz del sol.

El doctor Bosco estaba en su oficina, desde donde la Capital se veía agrietada a través de un agujero enorme en la pared. Es usted, dijo al verme. No se quede parado, venga y ayúdeme con esto. Acomodamos el escritorio en su sitio, los libros en las estanterías, el retrato al óleo de su padre lo colgamos junto a la puerta. Hay tantas cosas por hacer, continuó diciendo, como si todo aquello hubiera sido un contratiempo pequeño.

Los fósiles estaban esparcidos por el suelo. Tomó una caja de plástico transparente y me dio otra. Guárdelos aquí. Continuamos en silencio y al final, como si hubiera leído mi mente, dijo que Luis Björstrand estaba muerto, no por lo que había ocurrido la noche del sismo, sino por asfixia. Agustino lo sacó de su habitación mientras la casona se resquebrajaba, aunque para ese entonces ya era tarde. En el hospital determinaron que había ocurrido entre dos y tres horas previas al terremoto, una osificación total de los músculos del tórax que había comenzado meses antes. Qué forma tan desgraciada de irse, dijo el doctor Bosco. Menos mal que fue mientras dormía.

Comenzaba a oscurecer. El doctor Bosco, frente a su escritorio, daba la espalda a la Capital. Aproveché para decirle que tal vez aquélla era una buena oportunidad para ir a otra parte. Salir de nuevo, ver cómo ha cambiado el mundo. Encendió unas velas y permaneció en silencio. Traté de convencerlo de que no valía la pena invertir dinero en ese lugar tan antiguo, que de todas formas se iba a venir abajo en cualquier otro momento. Continué así, explicándole las ventajas de un nuevo sitio, de salir de esas paredes deshechas, reinventarse incluso, y no estoy seguro de haber creído muchas de mis palabras. ¿Pero qué otra cosa puede hacerse en momentos como esos, además de repetirnos los mantras de siempre una y otra vez? El doctor Bosco me interrumpió. Todo eso que dice está muy bien, lo que no sé es de qué nos sirve a la gente como usted y yo.

No supe qué contestarle. Le dije que pasaría esa noche en mi habitación y me deseó muy buenas noches. Descanse y recuerde, continuó, hay muchas cosas por hacer aquí. Las velas en su escritorio iluminaban los fósiles que ambos habíamos apilado alrededor. Viejos y distantes, como las estrellas que iluminan la noche, allá donde comienza la eternidad.

Índice

11	Agradecimientos
13	Las piscinas vacías
27	Qlippoth
55	La mantis
65	Teoría de parques y jardines
91	Pliegues de papel
135	Lo inmenso y lo terrible
155	El principio de incertidumbre
187	Un simio acuático
193	El sueño y la piedra



Historias naturales, de

J. Antonio Támez-Elizondo, se terminó de imprimir en enero de 2020, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Erika Lucero Estrada Ruíz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Rogelio González. Cuidado de la edición: Ada Villanueva Ramírez, César Alan Malvárez Hernández, Erika Yanet Medina Trinidad (como parte de sus prácticas profesionales) y el autor.
Editor responsable: Félix Suárez.

